Rudolph Steiner
La Iniciación
PROLOGO DEL TRADUCTOR

Este libro de Rudolf Steiner, constituido por una serie de artículos escritos en diferente tiempo y ocasión, constituye sin embargo un todo unitario y, por supuesto, una de las obras, entre las del autor, que mejor sirven a las personas que se acercan por primera vez a la ciencia espiritual, al ocultismo, que está en la base de la doctrina antroposófica, creada por Steiner, después de separarse de la Teosofía.

Muchos de los lectores de este libro se habrán preguntado alguna vez cómo se adquiere el conocimiento de las vías de acceso a los mundos suprasensibles y como han adquirido quienes dicen poseerlo. Y se hacen estas preguntas con suspicacia, tan alejadas ven las afirmaciones de quienes se presentan como iniciados y los hechos de la cotidianidad.

Para vencer esta suspicacia, compuso el gran filósofo y pedagogo que fue Rudolf Steiner esta serie de textos y luego los recopiló, formando con ellos un tratado verdaderamente introductorio a la Iniciación.

El autor parte de la base de que todo hombre posee, en forma latente, facultades, merced a las cuales le es posible acceder al mundo suprasensible, a ese mundo espiritual, lugar propio del alma y del espíritu, tan real y consistente como el mundo físico, y de que, para acceder a él, lo que hace falta es llevar a cabo el entrenamiento necesario. Entrenamiento que para llevar a cabo hace falta una guía espiritual, pues intentar llevar a cabo el acceso a los mundos superiores por la propia cuenta y riesgo de cada uno puede conllevar auténticos peligros o, al menos la posibilidad de graves desviaciones difíciles de enderezar.

Ahora bien, ese guía necesario no tiene porque ser forzosamente una persona dedicada exclusivamente al alumno, y con la que este tenga que tener un encuentro o una serie de ellos. Precisamente una de las novedades importantes de esta obra, en esta edición que traducimos —en la primera, diez años anteriores, se afirmaba otra cosa— consiste en demostrar que la lectura y comprensión de un manual como el presente puede ser un vehículo idóneo y suficiente para adquirir la iniciación.

Paso por paso, va advirtiendo Steiner de los cambios que se pueden producir en el estudiante de ocultismo según vaya avanzando por el sendero, y lo hace con extremada claridad, con gran exactitud, pues, como es sabido, el fundador de la Antroposofía pensaba —y lo demostraba con hechos— que la investigación espiritual se basa en la precisión tanto como la matemáticas o las ciencias de la naturaleza. Más aún, él estaba convencido —y hasta tal punto, que lograba comunicar su convencimiento a los oyentes de sus conferencias y a los lectores de sus libros— de que allí donde la investigación científica encuentra sus límites comienza el trabajo de la investigación espiritual.

Haciendo gala de una gran honestidad, no hace falsas promesas, no promete <<milagros>>, sino que se deja bien sentado hasta que punto es necesaria una buena disposición, la colaboración de quien quiera llegar a convertirse en un iniciado, primero, y en un clarividente, después; poniendo el necesario énfasis en que todo cuanto se haga en este sentido debe hacerse con total desinterés. A quien busque adquirir determinadas facultades superiores para un provecho personal éstas les serán negadas. Sólo se beneficiará de ellas quien este dispuesto a ponerse al servicio del prójimo; en definitiva, de toda la humanidad.

Advierte Steiner sobre el encandilamiento que pueden producir ciertas obras falsamente ocultistas y, en consecuencia nada espirituales, y señala el camino recto, que solamente se puede alcanzar a través de la paz interior y de la armonía con la naturaleza y con los demás.

Aunque parte del conocimiento perfecto de unos saberes milenarios, escribe con clara conciencia de a quienes se está dirigiendo: a lectores del siglo XX, muchos de ellos habitantes de megalópolis deshumanizadas. Para ellos tiene un mensaje especial: si no se puede acceder a la suma serenidad que lograr comunicar el firmamento estrellado, contemplado desde la alta montaña o a la orilla del mar, búsquese en el recogimiento de una habitación alejada del ruido y el ajetreo constante de la vida moderna, mediante la lectura de los grandes maestros espirituales de la humanidad. Asentado en el carácter sincrético de su doctrina, él recomienda especialmente los grandes textos sagrados del hinduismo, los discursos de Buda y los evangelios, dando normas muy certeras acerca de la forma en que se deben leer.

Si el libro Antroposofía constituye una introducción teórica muy asequible, este sobre La Iniciación viene a ser un magnífico complemento. Se trata fundamentalmente de un libro práctico, en el que no sólo se explica con claridad la manera de adquirir conocimiento de los mundos superiores, sino en el que también se advierte sobre los escollos que se pueden encontrar en el sendero y la forma de sortearlos, sin que ello deba suponer un retroceso ni, mucho menos, una tentación de abandono. De hecho, como muy bien dice y repite Rudolf Steiner, quien en la vida ordinaria se comporta con honestidad hacia sí mismo y hacia los demás es ya un iniciado en potencia. A alguien así no le costará excesivo esfuerzo llevar a cabo los ejercicios que en esta obra se recomiendan, en la seguridad de que, sea cual sea el punto del sendero que se alcance, siempre se saldrá beneficiado, en el sentido de que se habrá llegado a ser mejor de lo que se era antes de empezar. Si no se hace trampa, si la conducta exterior se corresponde de veras con la disposición interior —esto, para el Maestro, resulta fundamental—se avanzará siempre; con mayor o menor esfuerzo, con mayores o menores dificultades, pero se avanzará.

Una de las virtudes de esta obra es su extraordinaria claridad. Que nadie confunda con falta de profundidad. Por otra parte, téngase presente que, en muchos pasajes, lo que, expresado en forma sencilla, parezca no corresponderse con la realidad de lo observable en el mundo físico, es porque está tratado simbólicamente, analógicamente, ya que las reglas y enseñanzas de la ciencia espiritual aluden a un mundo que no es el nuestro, pero al que no hay más remedio que aludir con un lenguaje que si pertenece a él.

En fin, si se toma este libro como lo que realmente es y el propio Steiner señala, es decir, como un diálogo entre el autor y el lector, se logrará extraer de él toda la riqueza espiritual que encierra y servirá de vehículo para el acceso al mundo supra—sensible, donde el alma y el espíritu encontrarán su morada.

¡DETENTE TU QUE PASAS...

Este libro que ahora tomas en tus manos, lector, no es un libro corriente.
Es un libro que tiene una vida, un destino, y quizá actuará sobre tu vida y tu destino.

¿No se te ocurrió nunca pensar que ese juego que realizas, esforzándote en vivir, pueda no ser más que el reverso de un decorado, porque finalmente se te presenta como irrisorio, comparado con lo que esperabas de él? Pero ¿tú dudas de que sea posible contemplar el anverso? ¿Y si hubiese una **VÍA ABIERTA** hacia él? ¿Si existiese ese **MUNDO DE LAS CAUSAS** en el que todo cae bajo nuestros ojos y que parece aberrante, encuentra su razón de ser, y nos fuera posible conocerlo? Quizá en él encontrarías el sentido de la existencia humana e inclusive el de la propia vida sobre la tierra. Pero, por desgracia, demasiados falsos profetas y magos han desacreditado a tus ojos <<lo oculto>>. Desconfías de las evasiones hacia un <<esoterismo>> que te deja desarmado ante las realidades de la vida. En el caso presente, aparta de ti, aleja de tu mente esos prejuicios. Si en este breve libro se habla de experiencias <<ocultas>>, es precisamente para <<desocultarlas>>. Ese y no otro, es su principal objetivo. Y si él revela el espíritu como algo real, no es con otro fin de volvernos de espaldas a lo terreno, sino, por el contrario, para hacernos captar mejor la vida. Porque, si no existiera el espíritu, ¿qué quedaría de la tierra?

Piensa también que una semilla encierra en sí más fuerza en potencia de la que realizará la planta, y que en ti se encuentra un potencial de espíritu latente mucho más grande de lo que puedes sospechar. Si quieres liberarlo, aparta de ti toda duda, toda desconfianza y ansiedad, y toma en tus manos este libro sabiendo que ya ha despertado a su vez a muchos hombres y mujeres en numerosos países; hombres y mujeres que, como tú, buscaban comprenderse a sí mismos y realizar plenamente su destino sobre la tierra. Abre pues el libro y comienza a leer...

PREFACIO A LA QUINTA EDICIÓN

Para esta nueva edición, se ha revisado en todos sus detalles la exposición que se redactó hace más de diez años. Esta revisión se impone por sí misma cuando se trata de revelaciones sobre experiencias y métodos psíquicos de la naturaleza de los que aquí se tratan. Todo en ellas permanece íntimamente ligado al alma que aquél que las ha comunicado y lo que ellas contienen continúa haciendo efecto en él. Por otra parte no podría ser de otra manera, porque a ese efecto interior se une la aspiración de una claridad y una precisión cada vez más perfectas. Esto es lo que me ha dictado los retoques que me he esforzado en hacer a esta nueva edición.

Las partes esenciales de la exposición ha permanecido, por supuesto, inmutables; pero, sin embargo, he llevado modificaciones importantes. En más de un punto he podido precisar determinados detalles, y esto me ha parecido bueno, porque si alguien desea aplicar a su propio desarrollo espiritual los consejos que se dan en este libro, es absolutamente necesario que pueda representarse, de la manera más precisa posible, el camino que en él se describe. Los malentendidos surgen con mayor facilidad en el caso de los fenómenos espirituales que cuando se trata de hechos pertenecientes al mundo físico. Porque la vida del alma es cambiante y nunca hay que perder de vista que es algo muy diferente de todos los demás aspectos de la vida tal como se desarrolla en el mundo físico. Pero también hay otras cosas que pueden dar lugar a malentendidos. En esta nueva edición me he esforzado precisamente en descubrir aquellos puntos en que podían surgir este tipo de malentendidos y a remediarlos.

Cuando escribí los artículos que se reúnen en este libro, muchas cosas tuvieron que ser redactadas de manera diferente a como deben serlo hoy, porque entonces no podía referirme a lo que se ha venido publicando durante diez años sobre los resultados del conocimiento espiritual. En otras obras, tales como La Ciencia de lo Oculto, Dirección Espiritual del Hombre y de la Humanidad, Un Camino hacia el Conocimiento de sí mismo y, Sobre todo, El Umbral del Mundo espiritual, aunque también en otros escritos, he reelaborado la

descripción de determinados hechos espirituales que este libro mencionaba hace ya más de diez años, pero en un lenguaje que me ha parecido más apropiado.

Por ejemplo, a propósito de muchas descripciones que aquí se hacen, hace diez años tuve que decir que se podían aprender por <<Comunicación oral>>. Ahora bien, hoy día, la mayor parte de lo que entonces se confiaba oralmente, está ya publicado. Pero los lectores quizá han concebido la errónea idea de que, era absolutamente necesario el contacto personal con un maestro, y no es así. En esta nueva edición espero haber conseguido demostrar, mediante la precisión de ciertos detalles, cual es la realidad de ese tema: en el fondo, el que busca un, podríamos llamar entrenamiento espiritual, conforme a lo que exige el espíritu del tiempo presente, tiene mucha más necesidad de entrar en una relación personal con un maestro. Por otra parte, éste adoptará siempre más la posición de un consejero que ayuda con sus consejos, como lo suelen hacer ordinariamente los maestros de cualquier rama del saber, conforme al espíritu moderno.

Espero haber demostrado que la autoridad del maestro, la fe en él, no desempeñan ya un papel más importante en el entrenamiento espiritual que en cualquier otro dominio de la ciencia o de la vida. Me parece muy importante que se posea una noción cada vez más clara entre el investigador espiritual y aquellos que se interesan por los resultados de sus investigaciones. Creo pues haber reelaborado este libro en todas aquellas partes que, al cabo de diez años, he comprendido que necesitan serlo.

A esta primera parte, se ha hecho preciso añadir una segunda, que aportará nuevos esclarecimientos sobre el estado de ánimo que permite al hombre llevar a cabo la experiencia de los mundos superiores.

Septiembre 1914

PREFACIO A LAS EDICIONES OCTAVA A UNDECIMA

Al revisar el texto para esta nueva edición he comprobado que tenía que hacer muy pocos retoques. En cambio, he añadido un apéndice en el que me he esforzado por dotar de mayor precisión lo concerniente a las bases de naturaleza Psicológica sobre las que reposa cuanto se comunica en este volumen, y esto a fin de evitar cualquier malentendido. Este apéndice puede igualmente, me parece a mí, hacer comprender a todos aquellos que tuviesen la tentación de criticar la ciencia espiritual antroposófica que sus críticas no estaban fundadas; porque ellos tomaban la ciencia espiritual por lo que no es y sin tener atisbo de lo que sí es en realidad.

¿CÓMO ADQUIRIR EL CONOCIMIENTO DE LOS MUNDOS SUPERIORES?

LAS CONDICIONES

En todo hombre duermen facultades latentes gracias a las cuales le es posible adquirir un conocimiento de los mundos espirituales.

Místicos, gnósticos, teósofos, han afirmado en todo tiempo y lugar la existencia de un mundo de las almas y de un mundo de los espíritus, para ellos tan consistente y tan presente como éste que puede ver físicamente con sus ojos y tocar con sus manos.

La ciencia secreta no es más misteriosa para el profano que pueda serlo el arte de escribir, de pintar o de esculpir para quién no haya aprendido sus reglas. Se podrá aprender a escribir o a pintar cuando se tomen medidas necesarias para ello. Del mismo modo, si se sigue el buen camino, se puede llegar a convertirse en un discípulo, y hasta en un maestro de la ciencia oculta.

Sólo en un punto de vista se distingue ésta de las demás ciencias humanas; se puede comprender que una gran pobreza o un medio muy primitivo puedan impedir a alguien que aprenda a escribir; en cambio, ningún obstáculo exterior podrá detener la marcha de quien aspire profundamente a adquirir los conocimientos y habilidades necesarios en los mundos superiores.

A menudo se piensa que es necesario buscar en algún lugar a los maestros del conocimiento superior para obtener sus consejos. Pero de hecho, más vale tener en cuenta dos cosas: en primer lugar, el que avance seriamente hacia el conocimiento no retrocederá ante ningún esfuerzo, ante ningún obstáculo, para llegar a descubrir a un iniciado que le pueda introducir en los secretos del universo. Por otra parte, si su aspiración al conocimiento es tan sincera como noble, el momento de la iniciación llegará para él cualquiera que sea la situación en que se encuentre. Porque a ningún espíritu que busca le puede ser negado el conocimiento a cuya conquista ha adquirido el derecho. Es ésta una ley natural para todo iniciado. Pero otra ley, igualmente natural,

prescribe no entregar ningún secreto a quien no esté preparado para recibirlo. Un iniciado está mucho más realizado como tal cuanto más rigurosamente observe estas dos leyes. El lazo espiritual que une a todos los iniciados no tiene nada de exterior; pero estos dos preceptos constituyen las sólidas ataduras que enlazan entre sí los cabos de esos dos lazos. Usted puede ser íntimo amigo de un iniciado, pero, en el fondo, estará separado de él hasta tanto no se convierta en iniciado también usted mismo. Puede gozar de todo su afecto, de toda su estima; sin embargo, él no le confiará un secreto hasta que usted no se encuentre maduro para recibirlo. Puede halagarle, puede amenazarle, puede torturarle; nada le hará traicionar la más mínima parcela de lo que no debe decir porque, en el grado de desarrollo en que usted se encuentra, esta revelación no despertaría aún en su alma la resonancia justa.

Los caminos que hay que recorrer para adquirir la madurez que exigen estas revelaciones están establecidos de una manera precisa. Ellos han sido trazados con anterioridad, en caracteres eternos e inefables, en los mundos espirituales donde los iniciados vigilan los misterios supremos.

En los tiempos antiguos, que han precedido a los tiempos históricos, los hombres podían ver externamente los templos del espíritu. Hoy día, al haber perdido la vida humana toda espiritualidad, estos templos ya no son visibles a nuestros ojos. Pero por todas partes existen bajo una forma espiritual y todo el que los busque los puede encontrar.

Sólo en el interior de sí mismo encontrará un hombre los medios necesarios para hacer hablar a un iniciado. Si lleva consigo determinadas cualidades interiores hasta un cierto grado de desarrollo, podrá tomar la parte que le corresponde de los tesoros de la sabiduría.

LA DEVOCION

Antes que nada, se debe establecer en el alma una cierta disposición fundamental. A esta fundamental disposición, el investigador espiritual la llama *sendero de la devoción*: devoción por la verdad, por el conocimiento. Solamente
esta actividad espiritual puede hacer de alguien un verdadero discípulo.

Quien posea experiencia en este dominio conoce perfectamente qué tipo de disposiciones se hacen notar desde su infancia en los verdaderos ocultistas. Desde la infancia, ya experimentan como una especie de veneración por las grandes personas que admiran. Las miran con un respeto que hace desaparecer hasta el fondo más profundo de su corazón toda idea de crítica o de oposición. Llegados a la adolescencia, todo cuanto pueda animar en ellos esta veneración les resulta beneficioso. Es entre este tipo de personas entre las que se reclutan numerosos discípulos de la ciencia espiritual. ¿No ha experimentado usted alguna vez temor ante el umbral de la puerta ni a franquear la entrada del "santuario"? Pues bien, en el sentimiento que ese ser le inspiraba entonces se percibía en germen lo que puede conducirle a seguir la senda del ocultismo. Es una auténtica felicidad para el ser en vías de crecimiento el poseer estas disposiciones y, en este orden de cosas, es preciso tener muy presente que no hay por qué creer que ellas se inclinan hacia ningún tipo de sumisión ni, mucho menos, de esclavitud. Este respeto del niño por los hombres mayores se metamorfoseará más tarde en un respeto por la verdad y por el conocimiento. La experiencia demuestra que los hombres que saben comportarse de la manera más libre en la vida son también los que han conocido la veneración para con quien de verdad la merecía. El respeto resplandece en todo aquello que brota del fondo del corazón.

Si no fortificamos en nosotros ese sentimiento profundo de que existe una realidad que nos sobrepasa, no encontraremos la energía necesaria para crecer de forma que podamos acceder a ella. El iniciado conquista la fuerza necesaria para elevar su pensamiento hacia las cimas porque su corazón, en contrapartida, ha penetrado en las

profundidades del respeto y de la devoción. Las cumbres del espíritu no pueden ser conquistadas más que después de pasar a través de la puerta de la humildad. Nadie podrá adquirir un justo saber si antes no ha aprendido a respetarlo. En principio, el hombre posee el derecho de mirar a la luz cara a cara; pero es preciso que se gane ese derecho. La vida espiritual tiene sus leyes, como las tiene la vida material. Frotad una varilla de vidrio con una substancia apropiada y se cargará de electricidad, adquiriendo la propiedad de atraer pequeños cuerpos. Se trata, ni más ni menos, que de la consecuencia de una ley muy bien conocida por los físicos. Se sabe igualmente, cuando se conocen las bases del ocultismo, que si se cultiva en sí la verdadera devoción, de ella nacerá una fuerza que, más pronto que tarde, nos elevará al conocimiento.

Aquel que posee naturalmente estos sentimientos de devoción, o que ha tenido suerte de adquirirlos mediante su educación, encontrará en ellos, durante el transcurso de su vida, un precioso auxiliar en el momento de buscar el acceso a los conocimientos superiores. Mientras que si no se posee esta preparación, desde los primeros pasos se ven surgir dificultades, a menos que se emprenda, a través de una enérgica disciplina, las tareas de hacer brotar en sí esta disposición.

En nuestra época, resulta verdaderamente importante insistir sobre este punto. La civilización actual está más inclinada a criticar, a juzgar, a condenar, que a confiar y a respetar. Nuestros propios hijos, en lugar de creer en lo que se les dice, se entregan con verdaderas ganas a la contestación, a la protesta. Ahora bien, toda crítica, todo juicio sin apelación, hace salir del alma unas fuerzas que la habrían podido llevar hacia el conocimiento superior, mientras que la devoción las hace crecer, aumentar. No se trata aquí de hacer un proceso a nuestra civilización. Por otra parte, ¿no debemos todos los grandes descubrimientos modernos al espíritu crítico, a la observación independiente, a la preocupación por experimentarlo todo para no quedarse más que con lo mejor? Nunca se hubiesen producido los progresos en las ciencias, la industria, los transportes, la legislación que todos conocemos, si el hombre moderno, según sus propias normas, no lo hubiese puesto todo en cuestión; pero lo que de este modo hemos ganado en las formas modernas de la civilización, hemos tenido que pagarlo con una pérdida proporcional de conocimientos superiores, de vida espiritual. Hagamos notar aquí con la debida fuerza

que este respeto por los conocimientos superiores se dirige no ya a personas concretas, sino a la verdad y al conocimiento en sí mismos.

Es preciso darse cuenta claramente de que el hombre que está completamente cogido por las formas exteriores de la civilización actual tendrá grandes dificultades para remontar la corriente y acceder al conocimiento de los mundos del espíritu. Esto no lo conseguirá más que trabajando enérgicamente sobre sí mismo. En una época en que las condiciones materiales eran más sencillas, era también más fácil lograr un proceso espiritual. La esfera de lo sagrado planeaba por encima de las contingencias de este mundo. Pero, en un siglo de espíritu crítico, el ideal ha descendido. Otros sentimientos han ocupado el lugar de la devoción, del respeto, de la veneración, de la admiración, virtudes éstas que nuestra época rechaza cada vez más. La vida corriente no suministra ya las ocasiones de ejercerlas sino en muy débil medida; por tanto, es necesario que cada uno las haga brotar dentro de sí. Se hace absolutamente necesario que cada uno impregne su alma de ellas si las quiere poseer. Y esto, no se puede hacer solamente mediante el estudio; hay que conseguirlo mediante la práctica de la vida. Es por esto por lo que todo aquel que quiera convertirse en estudiante del ocultismo deberá trabajar enérgicamente para educar en sí mismo la actitud devocional. Por todas partes, en su entorno, en las experiencias que lleva a cabo, deberá buscar todo aquello que pueda forzar su admiración y su respeto. Si, en los hombres con que me encuentro, no veo más que sus debilidades, para criticarlas, doy al traste con una fuerza de conocimiento superior. Por el contrario, si me aplico con amor a descubrir sus cualidades, concentro esta fuerza en mí. No debo pues perder ninguna ocasión de seguir este precepto si quiero seguir el buen camino. Ocultistas experimentados saben muy bien cuánto deben al hábito de ver el lado bueno de todas las cosas y de ser reservados en sus juicios.

Por otra parte, esta regla no debe aplicarse sólo a nuestras relaciones exteriores, sino que debe también gobernar las profundidades de nuestra alma. El hombre tiene entre sus manos el poder de perfeccionarse e inclusive, con el tiempo, de transformarse enteramente. Pero esta transformación debe alcanzar hasta su vida interior, sus pensamientos. No basta con que su comportamiento exterior testimonie, dé muestras de un cierto respeto por los demás; también en su interior debe vivir este respeto. El estudiante del ocultismo debe pues comenzar por introducir la devoción en su vida

mental; debe vigilar los movimientos de su conciencia para que entre ellos no aparezca el desprecio ni la crítica destructiva, sino que, por el contrario en ella, en su conciencia, sólo se cultive metódicamente la devoción.

Los momentos de calma en que, en un movimiento de retorno sobre uno mismo, se toma conciencia de la acción deformante que ejercen la crítica, las censuras, las prevenciones respecto a la vida del universo, estos momentos, iba a decir, nos acercan al conocimiento espiritual. Y progresaremos rápidamente si, en estas ocasiones, no dejamos que en nuestra conciencia se establezcan más que ideas impregnadas de admiración, de estima y de respeto hacia las cosas y los seres de este mundo.

Todo el que tenga experiencia en estas cuestiones sabe bien que, en instantes como los descritos, se despiertan en el hombre unas fuerzas que, de otro modo, hubiesen permanecido sólo latentes, pero no actuantes. Es así como se abre la mirada del espíritu. Realidades que nos rodean y que con anterioridad no habíamos sabido discernir, comienzan a revelarse. Se nos hace claro, diáfano, que, hasta entonces, no habíamos percibido más que una parte del mundo en que vivimos. Los seres humanos con los que nos encontramos entonces se nos aparecen igualmente bajo una nueva luz. Ciertamente, no basta con esta actitud devocional para percibir en un ser fenómenos tan sutiles como, por ejemplo, su aura; para conseguir esto, hace falta una disciplina mucho más fuerte y estricta. Pero el primer paso para adquirir esta imprescindible disciplina es dedicarse enérgicamente al aprendizaje de la devoción.

El ingreso del discípulo en la senda del conocimiento se cumple sin ruido, inadvertido por el mismo entorno. Nadie advierte el cambio que se opera en él. Asume sus deberes y continúa ocupándose de sus asuntos como de ordinario. La metamorfosis sólo tiene lugar en la intimidad de su alma, completamente sustraída a las miradas exteriores. La actitud devocional con respecto a todo cuanto es digno irradia sobre el conjunto de la vida afectiva; toda la vida afectiva de quien pasa por esta experiencia encuentra aquí su centro. De la misma manera que el sol anima con sus rayos todo lo que vive, esta facultad de venerar vivifica todas las fibras de la vida afectiva.

A primera vista, cuesta trabajo creer que sentimientos tales como el respeto, la estima, la veneración, tengan una relación con el conocimiento. La razón de ello no es otra que la de que solemos estar

inclinados a considerar el conocimiento como una facultad en sí, independiente de todo lo que acontece en la vida interior. Se olvida que es el alma la que conoce. Y los sentimientos constituyen los alimentos del alma de la misma manera que las viandas constituyen el alimento del cuerpo. Si al cuerpo se le dan piedras en lugar de pan, se extinguirá su actividad. Lo mismo sucede con el alma. El respeto, la estima, la devoción son substancias nutritivas que aseguran la salud y el vigor al conjunto de las actividades de uno y, antes que a ninguna otra, a la actividad del conocimiento. Por el contrario, el menosprecio, la antipatía, la denigración de lo que es por sí estimable paralizan y matan la fuerza de conocer.

Para el investigador espiritual, este hecho se traduce hasta en los colores del aura. En la del discípulo que asimila sentimientos de veneración y de devoción se produce una transformación. Determinadas tonalidades espirituales semejantes al rojo amarillento, al marrón rojizo desaparecen para dejar su lugar a un rojo azulado. Esta transformación es señal de que se ha abierto el poder de conocer; ciertos acontecimientos que hasta el momento hacían pasado inadvertidos para el discípulo, aunque estaban cerca de él, a su alrededor, se le vuelve repentinamente accesibles. Es que la devoción ha despertado en el alma una fuerza de simpatía mediante la cual atraemos, en los seres que nos rodean, la manifestación de cualidades que, sin esto, hubiesen permanecido ocultas.

LA VIDA INTERIOR

Lo que debe ser obtenido por medio de la devoción, se hace todavía más eficaz cuando se añade a ello otro tipo de sentimiento que consiste en lo siguiente: se aprende a entregarse cada vez menos a las impresiones del mundo exterior y a desarrollar a cambio una vida interior más intensa. El hombre que busca sin cesar sensaciones nuevas y corre de la una a la otra, que no busca otra cosa que distraerse, sería incapaz de encontrar el camino de la ciencia espiritual. Por el hecho de serlo, el discípulo no debe hacerse menos sensible con respecto al mundo exterior; pero su vida interior debe ser lo bastante rica para dictarle la manera justa de entregarse a las sensaciones exteriores.

El hombre cuyos sentimientos son intensos y profundos experimenta, ante un bello paisaje de montañas, por ejemplo, algo que no es capaz de experimentar otro con sentimientos más pobres. Unicamente lo que pasa en el interior de nosotros mismos puede suministrarnos la llave de las bellezas de este mundo. Mientras que a unos seres un viaje por mar les deja absolutamente indiferentes, a otros les revela el lenguaje eterno del espíritu del universo; los misterios de la creación se revelan entonces para ellos. Es preciso aprender a acercarse al mundo exterior con sentimientos e ideas dotados de una vida personal intensa, si de verdad se quiere desarrollar una relación real con él. En todos sus fenómenos, este mundo está lleno del esplendor divino; pero es preciso haber hecho, en el interior de la propia alma, la experiencia de lo divino para ser capaces de encontrarlo en todo cuanto nos rodea.

Por todo esto, es muy recomendable procurarse momentos de silencio y de soledad que nos permitan sumergirnos en el interior de nosotros mismos. Pero no se debe uno poner entonces, sin embargo, a la escucha del propio yo. El efecto sería completamente el opuesto del que se debería obtener. En estos momentos de silencio, se debe por el contrario dejar resonar en sí el eco de lo que el mundo exterior nos ha comunicado. Cualquier flor, cualquier animal, cualquier

acontecimiento nos va a descubrir, en medio de esta soledad y este silencio, secretos insospechados. De este modo se prepara uno, se pone en disposición de llevar adelante nuevas impresiones del mundo exterior con ojos distintos, con mirada diferente a la que antes se tenía. Si no se busca otra cosa que gozar de las impresiones, uno oculta a la otra y se termina perdiendo la facultad de comprender. En cambio, cuando se sabe extraer la lección de lo que el gozo puede revelar, se ejerce y, en consecuencia, se eleva el propio poder del conocimiento.

El ejercicio no consiste solamente en prologar el eco del goce que se experimenta; es preciso inclusive renunciar a este goce para dejar que la actividad interior elabore libremente las sensaciones. Y aquí se puede presentar un verdadero escollo, un auténtico peligro: en lugar de trabajar sobre sí mismo, se puede fácilmente, por el contrario, distraerse y permanecer en el intento de prolongar el disfrute de un gozo que en realidad ya ha pasado. No hay que subestimar esta posibilidad porque de ello pueden surgir infinitos errores. Es necesario continuar por el propio camino, a pesar de todo el cúmulo de tentaciones que pueda asaltar al investigador; tentaciones que tenderían a endurecer él yo y al encerrarlo sobre sí mismo. Y lo saludable es lo contrario: que se abra a todo lo que le llega de fuera.

Debe, ciertamente, buscar el gozo, porque es a su través como el mundo exterior viene a situarse delante de él, y si se cierra a sus incitaciones se convierte en algo semejante a una planta que no tiene fuerza para extraer de la tierra las savias nutritivas. Pero, por otra parte, si se detiene en el solo goce, se confina en sí mismo. A partir de entonces, no significará ya nada para el universo y no tendrá importancia más que para sí mismo. A quien continúe confinándose de este modo en sí mismo, a quien se limite a consagrar todos sus cuidados al propio yo, el universo lo repudiará; de él puede decirse que está muerto para el universo. El investigador no considera el gozo más que como un medio, como una manera de ennoblecerse para el universo. El gozo le sirve de información, una información que le ilustra sobre el mundo. Pero, una vez recibida la enseñanza, es preciso que uno mismo ponga manos a la obra por medio del gozo. Si se aprende, no es para acumular tesoros dentro de uno mismo, sino para poner todo lo que se haya adquirido al servicio del mundo.

Este es uno de los principales principios de la ciencia oculta; un principio que nadie tiene derecho a transgredir, sea cual sea el fin que

pretenda alcanzar. Debe imprimirse en el corazón de los neófitos de cualquier disciplina perteneciente al ocultismo.

Se enuncia de la siguiente manera:

Todo conocimiento que busques con el único fin de aumentar tu saber, de acumular tesoros en tu interior, se aparta de tu camino. Y, por el contrario, todo conocimiento que busques para estar dispuesto a servir mejor al ennoblecimiento del hombre y a la evolución del universo, te hace adelantar un paso.

Es ésta una ley que debe ser rigurosamente observada. Y no se será un auténtico discípulo antes de haber hecho de ella el eje de la propia existencia. Es ésta una verdad fundamental que se puede condensar en esta simple frase:

Toda idea que no se convierta para ti en un ideal mata una fuerza en tu alma; Toda idea que se convierte en un ideal crea en ti fuerzas de vida.

LA CALMA INTERIOR

Practicar el sendero de la devoción, desarrollar la vida interior, tales son las primeras indicaciones que se deben dar al debutante. Pero la ciencia espiritual provee además reglas prácticas cuya observación permite el acceso al sendero y la intensificación de la vida interior.

Estas reglas no han sido concebidas arbitrariamente. Reposan sobre una experiencia y un saber de los más antiguos y son dadas además por todas partes por donde se indica el camino hacia el conocimiento superior. Todos los verdaderos instructores de la vida espiritual están de acuerdo sobre el contenido de estas reglas, inclusive si no las enuncian siempre en los mismos términos. Por otra parte, las diferencias no son más que aparentes, y provienen de causas que no es el caso comentar aquí.

Ningún maestro de la vida espiritual intentará ejercer, mediante reglas, un dominio sobre sus semejantes, ni estorbarles en su independencia, porque nadie sabe mejor que un Maestro de la vida espiritual estimar y defender la autonomía personal.

Se ha dicho que el lazo que une a todos los iniciados es un lazo de naturaleza espiritual y que dos leyes conformes a la naturaleza de la cosa anudan entre sí los cabos de este lazo. Ahora bien, si un iniciado se sale de su dominio puramente espiritual para entrar en la vida pública, hay una tercera ley que se impone a él inmediatamente: “Haz de manera que ninguno de tus actos, que ninguna palabra pueda atentar al libre arbitrio de nadie”.

Un verdadero maestro de la vida espiritual está bien penetrado de este espíritu. Cuando, a través de él, se ha adquirido la convicción de que así deben ser las cosas, uno se da cuenta igualmente de que no se perderá nada de la propia independencia siguiendo las reglas prácticas indicadas por él.

He aquí cómo una de las primeras reglas prácticas puede revestirse del ropaje de la lengua de las palabras “Asegúrate la posibilidad de gozar de momentos de calma interior y sácales provecho para aprender a distinguir lo esencial de lo accesorio”. Es así, repetimos,

como se puede expresar, mediante el lenguaje, esta regla práctica. Bajo su forma original, todas las reglas y lecciones de la ciencia espiritual son dadas mediante un lenguaje de signos y de símbolos, no mediante un lenguaje de palabras. Para comprender el sentido y el alcance de esos signos y esos símbolos, para alcanzar toda su inteligencia, es preciso haber dado ya los primeros pasos en la ciencia oculta. Ahora bien, estos primeros pasos pueden ser cumplidos si se observan con exactitud estas reglas bajo la forma en que son expresadas aquí. El camino está abierto a todo hombre que esté firmemente resuelto a transitar por él.

La regla que ha sido enunciada más arriba, concerniente a los momentos de calma interior es muy simple, y también es sencilla su observancia. Pero no tendrá ninguna eficacia si no se aplica con un rigor que sea tan grande como su sencillez. Por el contrario, quien busque de forma exacta, justa, estos instantes de aislamiento, advertirá pronto que sólo ellos le procuran toda la fuerza necesaria para poder llevar a cabo con bien su tarea cotidiana. Y tampoco hay por qué creer que la observación de esta regla nos tiene que llevar forzosamente a sacrificar parte de tiempo que necesitamos para cumplir con nuestros deberes; porque, si verdaderamente no se dispusiera más que de cinco minutos por día, ellos ya serían suficientes. Todo depende de cómo se empleen esos cinco minutos.

Durante este tiempo, eso sí, es preciso abstraerse por completo de la vida que uno lleva diariamente. El movimiento de los pensamientos y los sentimientos deben tomar un matiz completamente diferente. Entonces se pasa revista ante la propia alma de todas las alegrías, todos los dolores, preocupaciones, experiencias y actividades....Y para poder hacerlo, es preciso acceder a un punto de vista que le eleve a uno por encima del nivel en que todas esas cosas— alegrías, dolores, preocupaciones, experiencias y actividades— se experimentan habitualmente. Piénsese sólo en hasta qué punto las cosas de la vida ordinaria se las puede presentar distintas según sea usted u otra persona quien pasa por ellas. Y no podría ser de otra manera, porque uno está comprometido con lo que siente, con lo que hace, mientras que lo que hace o experimenta otra persona únicamente se observa.

Ahora bien, en los momentos de aislamiento deberá uno esforzarse en encarar y juzgar los acontecimientos de la propia vida y las propias acciones como si no nos concernieran, como si fueran de otro. Imaginemos que alguien ha recibido un terrible golpe del destino, ¿no

es cierto que se ve de una forma completamente diferente que cuando un golpe del mismo tipo le ocurre a alguien del círculo más intimo?. Nadie podría considerar injustificada una conducta semejante. Es algo que pertenece a la naturaleza humana. Y esto lo mismo si se trata de casos excepcionales que si se trata de circunstancias ordinarias de la existencia. El discípulo debe intentar poseer la fuerza necesaria para saber situarse en determinados momentos frente a sí mismo como se situaría delante de un extraño. Debe considerarse con la serenidad de un juez. Si lo consigue, todas sus experiencias personales se le presentarán bajo una nueva luz. Mientras que estuviese prendido en sus redes, le sería imposible distinguir lo esencial de lo que no lo es. En cuanto se posee la calma interior que permite observar las cosas con distanciamiento y objetividad, lo esencial se presenta separado de lo accesorio. Preocupaciones y alegrías, pensamientos, sucesos, decisiones toman un aspecto completamente distinto para quién los contempla desde afuera.

Es como si, después de haber caminado durante toda una jornada a través de una comarca, observando igual de cerca las cosas pequeñas que las grandes, se subiera al final de la tarde a una prominencia del terreno desde la que se pudiera observar de un solo vistazo todo el panorama. Las relaciones entre tales o cuales puntos del paisaje adquieren entonces unas proporciones completamente distintas. Una mirada tan amplia, tan libre de prejuicios, no se puede obtener respecto a circunstancias del destino en las que se está personalmente inmerso, cosa que, por otra parte, no es absolutamente necesaria. Pero si es preciso tenerla de esa índole respecto a los acontecimientos pasados.

Lo que otorga su valor a la calma de la mirada interior que se lleva sobre uno mismo tiene por otra parte menos que ver con lo que se observa que con la fuerza que es preciso ejercer para hacer que dentro de uno mismo reine esa serenidad.

Porque todo ser humano porta en sí, junto a su personalidad de “todos los días”, una naturaleza superior. Este hombre superior sólo se manifiesta cuando se le logra despertar. Cada uno le puede despertar, pero él solo. Mientras que este hombre superior permanece dormido, todas las posibilidades de adquirir conocimientos suprasensibles duermen con él.

Por mucho tiempo que haga que no se hayan experimentado los frutos de la calma interior, hay que perseverar en la observancia de esta

regla. Y cuanto más tiempo haga, con más intensidad. Para quien persevere de este modo, llegará el día en que le penetre la luz espiritual, en que un ojo cuya presencia en uno se ignoraba verá abrirse ante sí un mundo completamente nuevo.

El investigador que comienza a seguir esta regla no tiene porque llevar a cabo ningún cambio en su vida exterior. Se ocupa de sus obligaciones como antes, sufre las mismas penas, experimenta las mismas alegrías. De ninguna manera se puede convertir en un extraño para la vida. Por el contrario, más bien puede tomar parte en ella, durante el resto de la jornada, con tanta mayor intensidad cuanto que en esos momentos privilegiados él se entrega a una vida superior. Esta va influyendo poco a poco en la vida corriente. La serenidad de estos instantes excepcionales se extiende sobre el conjunto de la existencia. El ser entero se hace más apacible, adquiere seguridad en todas sus acciones y no se deja desanimar por las contrariedades. Quien se compromete en esta vía, va sabiendo progresivamente cada vez mejor guiarse a sí mismo y, en consecuencia, cada vez también depende menos de las contingencias y las circunstancias exteriores. Muy pronto descubre hasta qué punto estos momentos privilegiados se convierten en un manantial de fuerza. Todo aquello que antes hacia montar en cólera, ya no le produce la menor irritación. Numerosos detalles que con anterioridad le aterrorizaban, ahora ya no le causan temor. Concibe las cosas de la vida desde un ángulo completamente nuevo. Antes, no emprendía determinadas tareas sin una secreta aprehensión. Se decía a sí mismo: “Nunca seré capaz de hacer esto como desearía hacerlo”. Ahora, un pensamiento semejante ya no se le pasa por la mente; por el contrario, se dice: “Quiero hacer acopio de todas mis fuerzas para llevar a cabo mi tarea tan bien como sea posible”. Reprime las dudas que en otro tiempo le debilitaban. Y es que, efectivamente, ahora sabe que el solo temor de no estar a la altura de las circunstancias le paralizaba; en el mejor de los casos, no ejercía precisamente una buena influencia sobre su actividad. De este modo, uno detrás de otro, pensamientos fecundos y estimulantes penetran su vida y la idea que él se hace de ella. Estos pensamientos positivos ocupan el lugar que antes ocupaban los que le paralizaban. Y la persona comienza a saber dirigir su barca de una manera segura, en lugar de dejarla ir a la deriva, a merced del empuje de las olas.

El efecto de esta calma segura y tranquila repercute sobre la totalidad del ser. El hombre interior crece y, al propio tiempo maduran esas

facultades del alma que conducen a los más altos conocimientos. Porque los progresos que va consiguiendo en esa dirección permiten al investigador ir determinando progresivamente por sí mismo en qué medida las impresiones del mundo exterior deben actuar sobre él.

Por ejemplo, alguien le dice unas palabras con intención de herirle, de molestarle, de irritarle; y no cabe duda de que sí le hubiese dicho lo mismo antes de haber seguido una disciplina interior, se habría sentido herido, molesto o irritado. Pero desde que sigue el sendero del ocultismo, se encuentra en disposición de desproveer a esas palabras de su matiz hiriente, molesto o irritante, antes aún de que haya encontrado el camino para llegar al fondo de su alma.

Y todavía otro ejemplo; una persona se impacienta con facilidad cuando tiene que esperar. Pero he aquí que comienza su aprendizaje interior. Entonces empieza a darse cuenta de la inutilidad de sus enervamientos, y esta idea se le impone con tal fuerza en los momentos de calma, que ante un hecho concreto que normalmente le produciría impaciencia, se le hace presente. En consecuencia, el enervamiento que comenzaba a despuntar se extingue y aquellos minutos que en otras circunstancias hubiese pasado estúpidamente rumiando los motivos de su nerviosismo, los puede usar provechosamente en otro tipo de observaciones o pensamientos fructíferos.

Reflexionad sobre el alcance de todo cuanto acabamos de decir. Pensad que el hombre superior está en constante evolución en el interior de vosotros. Pero únicamente la calma y la seguridad tal y como han sido descritas en las páginas anteriores aseguran su normal evolución. Los avatares de la vida exterior llegarían a perturbar el alma por todos sus costados, si el individuo, en lugar de regular esta vida y dominarla, se dejase gobernar por ella. Es lo mismo que esas plantas que deben pujar por entre los intersticios de unas rocas. Ellas se debilitan hasta que logran una salida al aire libre. Para el ser interior, ninguna fuerza exterior puede propiciar esa liberación; únicamente la calma interior puede proporcionarla. Las condiciones exteriores únicamente pueden modificar la forma de vida externa, pero jamás podrían despertar al hombre espiritual. El estudiante de ocultismo debe engendrar en sí al hombre nuevo por medio de su actividad interna.

Una vez nacido, el hombre superior toma en sus manos el timón y dirige con seguridad e comportamiento del ser exterior. Cuando era

éste el que gobernaba la barca, el hombre interior era su esclavo y, evidentemente, no podía expandir sus fuerzas; porque, mientras que una intervención externa pueda irritarme, no puedo decir que yo sea dueño de mí mismo o, por mejor decir, no se puede decir que haya logrado mi propio dominio. Debo desarrollar la facultad de no dejarme impresionar por el mundo exterior más que dentro de los límites que yo mismo haya fijado. Solamente entonces podré convertirme en un discípulo.

El discípulo no puede alcanzar su meta más que si busca conscientemente esta fuerza. Y lo esencial no es que alcance su objetivo en un tiempo determinado, sino sólo que tienda hacia él con perseverancia. Son muchos los que han luchado y perseverado durante años sin notar en sí ningún cambio apreciable; pero los que no han desesperado, los que no se han dejado perturbar, se han encontrado en un determinado momento, de golpe, conque habían logrado la victoria interior.

Ciertamente, es necesaria una gran energía para crear, en determinadas situaciones, algunos instantes de calma interior. Pero cuanto mayor es la fuerza que se necesita, más importante es también el resultado que se obtiene. En este terreno, todo depende de la siguiente condición; saber situarse enérgicamente frente a sí mismo como un extraño, para observar el propio comportamiento en su conjunto, con entera buena fe y con plena lucidez.

Mediante la descripción de nacimiento del propio ser superior no se ha descrito sin embargo más que un aspecto de la actividad interior. Es necesario añadir todavía otra cosa. Cuando uno se sitúa frente a sí mismo como frente a un extraño, no se considera todavía más que a sí mismo. Se vuelve a ver lo que se ha vivido y realizado, el medio en el que uno se ha comprometido. Es completamente necesario elevarse hacia una esfera globalmente humana que no dependa ya de una posición personal. Es preciso alcanzar el nivel de lo que le concierne a uno como ser humano en general, como si se llevase otra existencia distinta en condiciones completamente diferentes. Es así como llega a emerger una visión de las cosas que sobrepasa el elemento personal. El investigador dirige así sus miradas hacia mundos superiores a aquéllos en los que se desarrolla su vida cotidiana. Comienza a tener entonces la experiencia de pertenecer a estos mundos. Ciertamente, ni sus sentidos, si sus contactos ordinarios le enseñan nada al respecto. En adelante, es en su vida interior donde coloca su centro de gravedad.

Escucha entonces las voces que le hablan en los momentos de calma y cultiva en sí las relaciones con el mundo espiritual. Se abstrae del medio exterior, cuyo ruido ya no le alcanza. Todo se torna silencioso a su alrededor. Aparta de si los pensamientos que le recordarían las impresiones exteriores. En sus adentros, se colma de esta “apacible contemplación interior”, de este diálogo con las realidades del espíritu.

Una tal contemplación silenciosa debe convertirse en algo natural, en una necesidad vital para el investigador. Al principio, se encuentra enteramente sumergido en un mundo de pensamientos. A continuación debe experimentar, mediante este tranquilo movimiento de los pensamientos, un vivo sentimiento. Debe aprender a amar lo que el espíritu derrama dentro de él. Pronto deja de experimentar este mundo de los pensamientos como algo menos real que las cosas que le rodean en la vida; comienza a hacer caminar sus pensamientos como manejaría objetos en el espacio. Se aproxima el momento en que las verdades que se le revelan mediante este trabajo interior apacible de los pensamientos se le van a presentar bajo un aspecto mas real que el de los objetos materiales. Siente que una vida se expresa en este mundo de las ideas. Las ideas no son sombras, reflejo, sino que sirven para la expresión de entidades ocultas. Ellas comienzan a hablarle en medio del silencio. Con anterioridad, los sonidos no le llegaban más que desde el exterior, a través de los oídos; ahora resuenan dentro de su alma, un lenguaje interior— un verbo interior— se abre a él. Cuando vive por primera vez uno de tales momentos, se siente colmado de alegría. Sobre todo cuanto le rodea se expande la luz interior. Comienza, puede decirse, una segunda existencia. Un torrente de fuerzas divinas, de felicidad divina, le inunda. Solamente un ser que posea ojos y oídos puede percibir colores y sonidos. Y todavía el ojo no puede discernir nada si falta la luz que hace que las cosas sean visibles. La ciencia espiritual proporciona los medios necesarios para desarrollar oídos y ojos interiores, hacer surgir la luz del espíritu.

Estos medios de la disciplina interior comportan tres etapas: 1º. LA PREPARACIÓN, que desarrolla el sentido interior, 2º. LA ILUMINACIÓN, que hace brotar la luz espiritual; 3º. LA INICIACIÓN, que establece el contacto con las altas realidades del espíritu.

LOS GRADOS DE INICIACION

Las consideraciones que vamos a hacer a continuación constituyen los elementos de una disciplina espiritual cuyo nombre y naturaleza se presentarán claramente a todos aquellos que sepan aplicarlos como es debido.

Se relacionan con los tres grados que la escuela de la vida espiritual hace franquear para llevar a un cierto nivel de iniciación. Naturalmente, aquí sólo se encontrará lo que puede ser expuesto al público.

Se trata de indicaciones que han sido extraídas de un aprendizaje íntimo, mucho más profundo. El propio entrenamiento de lo oculto hace pasar por una formación muy precisa. Determinados ejercicios tienen por finalidad poner el alma del discípulo conscientemente en relación con el mundo espiritual. Estos ejercicios se relacionan con el contenido de este libro casi como la enseñanza de una escuela superior, cuyo reglamento es muy severo, se relaciona con los conocimientos elementales impartidos ocasionalmente en una escuela preparatoria. Y sin embargo, si se ponen en práctica con conciencia y perseverancia las indicaciones que aquí se encontrarán, el resultado será que se desembocará en una auténtica formación oculta, mientras que un intento prematuro, emprendido sin poseer estas cualidades de conciencia y perseverancia, no daría lugar al menor resultado apreciable.

El trabajo oculto no puede tener éxito más que si se tienen en cuenta las condiciones descritas más arriba y se continúa avanzando según estas premisas.

Los grados establecidos por la tradición a la que nos hemos referido son los tres siguientes:

1. La preparación.
2. La iluminación.
3. La iniciación.

No es absolutamente necesario que estos tres grados se sigan en un orden riguroso; no hace falta que el primero sea franqueado enteramente antes que el segundo, y éste antes que el tercero. En ciertos aspectos, se puede participar ya en la iluminación, inclusive parcialmente en la iniciación, mientras que en otros se encuentre uno todavía en la etapa de la preparación. Sin embargo, es necesario haber consagrado un cierto tiempo a la preparación antes de que pueda apuntar siquiera una iluminación. Y esta iluminación debe haberse producido por lo menos sobre ciertos puntos si se quiere abordar la iniciación. Pero, para simplificar la descripción, describiremos aquí los tres grados, uno a continuación del otro.

La preparación.

La preparación consiste en un entrenamiento muy particular de la vida de los sentimientos y de los pensamientos. Este entrenamiento dota al "cuerpo" del alma y al "cuerpo" del espíritu de instrumentos, es decir, de sentidos y de órganos de actividad de naturaleza superior, de la misma manera que las fuerzas de la naturaleza extraen de la materia viva indiferenciada los órganos de los que está provisto el cuerpo físico.

Para comenzar, hay que dirigir la atención hacia ciertos fenómenos del mundo que nos rodea. Estos fenómenos son, de una parte, los de la vida en estado de germinación, de crecimiento y de expansión; de otra parte, los que presentan una vida que se marchita, se mustia, languidece. Por todas partes por donde se mire aparecen semejantes fenómenos. Por todas partes despiertan naturalmente sentimientos y pensamientos. Pero, en las circunstancias ordinarias, el hombre no se entrega suficientemente a estos sentimientos y a estos pensamientos; experimenta con demasiado apremio la necesidad de pasar de una sensación a otra. Ahora bien, se trata ahora de dirigir su atención sobre estos fenómenos con intensidad y con plena conciencia. Allí donde encuentra el crecimiento y la floración bajo una forma bien caracterizada, el hombre debe desterrar de su alma toda impresión extraña y, durante algunos instantes, abandonarse exclusivamente a esta sensación única. Pronto constatará que un sentimiento que en otras circunstancias, anteriormente, no habría hecho más que atravesar su alma, crece dentro de él y adopta una forma poderosa y segura; que él deja ahora vibrar en sí con la calma requerida el eco de

este sentimiento y que logre que se instale en su alma un silencio perfecto; que se aísle del resto del mundo para seguir únicamente los que brotan en él como respuesta al fenómeno del crecimiento y de la expansión.

Pero que sobre todo no crea que el progreso consiste en embotar sus sentidos respecto al mundo. Por el contrario, antes que nada debe observar con toda intensidad y tanta exactitud como sea posible el objeto exterior. A continuación, sólo que se entregue a los sentimientos así despiertos, a los nuevos pensamientos que ascienden a su alma. El objeto del ejercicio es concentrar la atención simultáneamente sobre las dos cosas: el fenómeno exterior y su eco interior, y esto en un perfecto equilibrio de fuerzas. Si se encuentran la calma necesaria y con el tiempo, se abandona a los movimientos suscitados de esta forma en el alma, se tendrá la experiencia siguiente: se verá germinar en sí todo un nuevo orden de sentimientos y de pensamientos que nunca, antes, se había conocido. Cuanto más se dirija la atención, tanto sobre las cosas que se marchitan, languidecen y mueren, más también estos sentimientos adquirirán vitalidad. Gracias a estos sentimientos y a estos pensamientos se edificarán los órganos de la clarividencia, al igual que los oídos y los ojos del cuerpo físico se construyen, bajo la acción de las fuerzas de la naturaleza, con la sustancia que deviene materia viviente. Sentimientos de una forma completamente particular van unidos al crecimiento y al devenir; otros sentimientos no menos precisos van unidos al decrecimiento y al ajamiento, pero sólo cuando el cultivo de estos sentimientos se ha procurado de la manera descrita.

Es posible ofrecer una descripción aproximada de ellos. Cualquiera puede hacerse personalmente una representación completa de cómo son, si ha pasado por estas experiencias. Si usted ha aplicado a menudo su atención a los fenómenos del devenir, de la expansión, de la floración, experimentará algo que presenta analogías lejanas con la impresión que produce una salida del sol. Y, a la vista de lo que se marchita, languidece y se mustia, se experimentará un sentimiento que recuerda el lento ascenso de la luna por encima del horizonte. Estos dos sentimientos son dos fuerzas que, mediante un entrenamiento apropiado, mediante una práctica cada vez más viva, conducen a resultados espirituales de la mayor importancia.

El que se entrega a este entrenamiento con perseverancia, regularidad y método, ve abrirse ante él un mundo nuevo: el mundo

psíquico, lo que se llama el mundo astral, comienza a levantarse, a iluminarse como una aurora. El crecimiento y el decrecimiento no son ya para él, como anteriormente, unos hechos que le despiertan unas sensaciones vagas, sino realidades que se expresan en líneas y en figuras espirituales, cuya existencia no se había sospechado con anterioridad. Además, estas líneas y estas figuras adquieren nuevos aspectos para cada nuevo fenómeno: una flor en el momento de abrirse hace surgir mágicamente una figura precisa, de la misma manera que un animal en vías de crecimiento, o un árbol que se está marchitando, tienen también su figura correspondiente.

Poco a poco, el mundo psíquico (o astral) se despliega lentamente delante de él. En estas líneas y estas figuras no hay nada de arbitrario. Dos investigadores que se encuentren en el mismo grado de entrenamiento percibirán líneas y figuras idénticas para el mismo fenómeno. Del mismo modo que, con toda certeza, dos hombres que estén dotados de una visión normal ven redonda una mesa redonda y no es posible que uno la vea redonda y el otro cuadrada; del mismo modo, digo, podemos estar seguros de que la misma figura espiritual se le aparece a dos almas que contemplan una flor que se abre.

De la misma manera que la historia natural describe las formas de las plantas y los animales, un hombre versado en la ciencia de lo oculto describe o dibuja las formas espirituales de los seres en vías de crecimiento o de extinción.

Cuando es estudiante ha llegado al punto de poder contemplar bajo su forma espiritual fenómenos igualmente perceptibles por sus ojos físicos, no está ya muy lejos de poder ver cosas que no tienen ninguna existencia física y que, por consiguiente, permanecen íntegramente escondidas (ocultas) para todo aquel que ignora la ciencia secreta.

Es preciso insistir sobre un punto: el investigador no debe perderse en reflexionar respecto al significado de lo que ve. Este trabajo intelectual no le serviría más que para apartarle del buen camino. Lo que tiene que hacer es abrirse al mundo sensible sin prevención, con buen sentido, con penetración, y abandonarse después a sus propios sentimientos. En cuanto a lo que significan las cosas no es a él a quien le toca deducirlo con sus especulaciones; que intente más bien comprender lo que le dicen estas cosas en su lenguaje *.

Otro punto importante es el que la ciencia secreta denomina *orientación* en los mundos superiores. A ella se accede penetrándose enteramente de la conciencia de que los sentimientos y los

pensamientos son hechos reales, con el mismo derecho que las sillas, las mesas u otros objetos lo son en el mundo físico. En el mundo de las almas y en el mundo de las ideas se produce una reciprocidad de acciones y de reacciones como en el mundo sensible se producen entre las cosas físicas. Mientras no se esté completamente penetrado de esta convicción no se podrá creer que un pensamiento erróneo puede hacer tanto mal a los otros pensamientos que animan el espacio mental como el disparo de luna bala a ciegas sobre los objetos físicos que alcance con su impacto. Muchas personas que quizá no podrían jamás llevar a cabo una acción que consideren como contrarias a la razón, no verán ningún mal en alimentar pensamientos o sentimientos falsos que creen que no tienen ningún efecto sobre el resto del mundo. Sin embargo, no se progresará en la ciencia oculta si no se vigilan los propios pensamientos y sentimientos con tanta atención como en el mundo físico se tiene cuidado de dónde se pone el pie. Si usted ve un muro, con seguridad que no intentará avanzar a su través, sino que lo rodeará, dirigiendo sus pasos según las leyes que rigen el mundo físico

LOS GRADOS DE INICIACIÓN-II

Ahora bien, existen leyes semejantes en el mundo de las almas y los espíritus. Pero allí ellas no se imponen desde el exterior, sino que deben emanar de la vida del alma. La forma de observar esas leyes es abstenerse en todo momento de pensamientos y de sentimientos deformados. En adelante, hay que prohibirse pues dejarse llevar por las ensoñaciones, ceder al juego de la imaginación, al capricho de los sentimientos. No empobrecerse de ese modo la sensibilidad o, de lo contrario, se constatará que los sentimientos no se hacen lo suficientemente ricos y la imaginación no se hace verdaderamente creadora; esto sólo se consigue si se controla el curso de la vida interior. En lugar de un sentimentalismo pueril y de arbitrarias asociaciones de ideas, surgen sentimientos llenos de sentido y pensamientos fecundos. Estos sentimientos y estos pensamientos disciplinados permiten al hombre orientarse en el mundo espiritual. Aprender a establecer relaciones justas entre sí mismo y las realidades del espíritu. Esta disciplina tiene las consecuencias precisas. Del mismo modo que, en la vida física, se encuentra el camino a través de cosas físicas, ahora debe saberse orientar entre los fenómenos de crecimiento y de marchitamiento que acaba de profundizar de la manera descrita con anterioridad. En adelante se observara todo cuanto brota y se extingue, todo lo que florece y muere, como lo exige el propio bien del hombre y el del universo.

El investigador debe después cultivar las relaciones con el mundo de los sonidos. Hay que distinguir entre los sonidos debidos a objetos inanimados (un cuerpo que cae, el repicar de una campana, el sonido de un instrumento musical) y los sonidos emitidos por un ser viviente, animal y hombre. Oír el repique de una campana es percibir únicamente el sonido y experimentar por su causa un sentimiento agradable; pero oír el grito de un animal es, además de este sentimiento, discernir también, detrás de ese sonido, la manifestación de lo que el animal siente en su interior, placer o sufrimiento.

Es de este segundo tipo de sonidos de los que se debe ocupar el discípulo. Debe aplicar toda su atención para recibir, de aquel sonido que oye, una información sobre un acontecimiento que ocurre fuera de él mismo; debe sumergirse en un elemento extraño; debe ligar estrechamente su sentimiento al dolor o a la alegría que ese sonido le revela, hacer abstracción de sí mismo sin buscar si para él el sonido es o no agradable, placentero o antipático. Solamente una cosa debe ocupar al alma: lo que ocurre en el interior del ser que emite el sonido. Mediante estos ejercicios, concebidos metódicamente, se adquiere la facultad de vibrar, por así decir, al unísono con otro ser.

Un hombre dotado de sentido musical encontrará que este cultivo de su sensibilidad le resulta más fácil que para aquél que no lo está; pero, sobre todo, no hay que creer que el sentido musical reemplaza por sí solo la necesaria disciplina.

El estudiante debe aprender a experimentar, a sentir de este modo la naturaleza entera. Por este medio, siembra gérmenes nuevos en el mundo de ideas y de sus sentimientos. La naturaleza comienza entonces a revelar sus misterios por mediación de los sonidos que expresan la vida. Así, lo que con anterioridad no era para el alma más que un ruido ininteligible se convierte en un lenguaje pleno de sentido. Allí donde antes no se creía percibir más que un sonido— las resonancias de los cuerpos llamados inanimados — el discípulo comienza a percibir ahora un nuevo lenguaje del alma; si se progresa en este cultivo de los sentimientos, pronto se constatará que se pueden oír determinados sonidos cuya existencia ni siquiera se había sospechado antes. Es que se comienza a oír con el alma.

Para aquellos que alcanzan la cima de lo que se puede obtener en este dominio, hay que añadir un nuevo progreso. Para ellos, resulta muy importante la manera cómo escucha a los demás. Es preciso que se acostumbren a hacerlo de tal suerte que, durante el tiempo que están escuchando a quienes les hablan, todo se calle en su interior.

Por ejemplo, si alguien expresa una opinión y se le está escuchando, por lo general, en uno se despierta una reacción, sea de aprobación, de objeción, o de rechazo, y mucha gente se sentirá impulsada a expresar, su acuerdo, su crítica, o su total desacuerdo. Es necesario llegar a reducir al silencio tanto la expresión de asentimiento, como de refutación o de simple comentario.

Naturalmente, no se trata de cambiar completamente y de golpe la propia manera de ser, ni de intentar continuamente hacer reinar en el

fondo de sí ese perfecto silencio interior. Hay que comenzar por observarlo en ciertos casos particulares, elegidos con discernimiento. Después, poco a poco, esta manera de escuchar se implantará entre las costumbres de uno.

Este ejercicio se practica metódicamente en la investigación espiritual. Uno se obliga primero, a plazo fijo, a prestar oído atento a los pensamientos más contradictorios y a abstenerse, cuando se les está escuchando exponer, de todo juicio reprobador. Pero, entiéndase bien: no se trata solamente —y eso es lo verdaderamente importante— el prohibirse expresar un juicio razonado; es absolutamente necesario reprimir toda impresión de disgusto, de alejamiento e inclusive de atracción. El estudiante debe en particular observarse a sí mismo con penetración, a fin de evitar que estas tendencias, que quizá, aparentemente, han desaparecido, no persistan muy en el trasfondo del alma. Deberá, por ejemplo, oír hablar a personas que en un cierto sentido, le son muy inferiores (en preparación cultural, en especialización sobre un determinado tema), y reprimir durante todo ese tiempo cualquier sombra de sentimiento de superioridad, de suficiencia. En este orden de ideas, para todos resultará útil escuchar de esta manera a los niños. Hasta el hombre más sabio puede aprender de los pequeños una inmensa lección.

Así, el hombre llega a saber escuchar a otro con un desasimiento perfecto, un desprendimiento completo, una abstracción total de su propia persona, de su manera de ver y de sentir.

Si de este modo se ejercita en escuchar sin espíritu crítico, entonces, aunque se exprese delante de él la opinión más contraria a la que él pueda tener sobre una determinada materia, la idea más descabellada, la hipótesis más extravagante, poco a poco aprende a fundirse enteramente con la individualidad de otro ser, a penetrar completamente dentro de él.

A través de las palabras, pueden oírse la voz interior de otra alma. Si se perseverase en un ejercicio de este género, el sonido se convertiría para él en el mejor agente para percibir el alma y el espíritu. Para ello es preciso sin duda un gran dominio de sí mismo, y se termina siendo conducido a un fin elevado. Sobre todo, cuando este ejercicio se lleva a cabo, alcanzan a escuchar a la naturaleza mediante el arte de escuchar, un nuevo sentido del oído se despierta: se vuelve uno capaz de captar informaciones que emanan del mundo espiritual y que no logran expresarse a través de los sonidos exteriores, perceptibles por el oído

físico. Entonces se oye "el verbo interior" y se revelan a uno progresivamente verdades de origen espiritual. Se escucha "en espíritu" *.2

Todas las más altas verdades son accesibles a este "verbo interior"; es de esta manera como se puede llegar a tener conciencia de las enseñanzas que se pueden recoger de todo verdadero investigador.

Esto no quiere decir que sea inútil entregarse al estudio de obras concernientes a la ciencia oculta antes de haber logrado percibir este lenguaje interior. Por el contrario, leyendo estos escritos, escuchando la enseñanza de los Maestros, se prepara uno para acoger en sí mismo el conocimiento.

Todo elemento de ciencia oculta que se oye está hecho para dirigir hacia el objetivo, hacia la meta, una meta que se alcanzará si el alma hace verdaderos progresos.

A todo lo que llevamos dicho debe pues añadirse lo más pronto posible el estudio celoso de la ciencia comunicada por los ocultistas. En todo entrenamiento, este estudio forma parte de la preparación; y se haría muy bien en emplear todos los demás medios, pues no se lograría nada si no se lograra asimilar las enseñanzas ocultas. Porque ellas proceden del "verbo interior" viviente, ya que ellos vienen impulsados hacia las fuentes vivas de la revelación directa; por todo esto, digo, ellos poseen en efecto una vida espiritual.

Y éstas no son simples palabras, sin fuerzas de vida. Mientras que se sigan las palabras de un Iniciado, mientras que se lea un libro inspirado en una verdadera experiencia interior, una serie de fuerzas actuaran en cada uno, las cuales pueden hacernos clarividentes con tanta seguridad como las fuerzas de la naturaleza física han sacado de la substancia viviente los ojos y los oídos.

*-1 Es necesario hacer notar que la sensibilidad artística, si va unida a una naturaleza meditativa y concentrada, es la mejor condición para el desarrollo de las facultades espirituales. La sensibilidad artística tiene, en efecto, el poder de penetrar bajo las apariencias para descubrir el misterio de las cosas.

*-2 Sólo se puede oír la voz de los Seres superiores de los que habla la ciencia de lo oculto si se ha vuelto uno capaz de escuchar así, desde el interior, en medio de un total silencio, sin la menor ráfaga de opinión personal, lo que se dice delante de nosotros. Estos seres del mundo

espiritual se callan también durante tanto tiempo como se logra proyectar todavía sobre todos los sonidos que se oyen, la reacción de los sentimientos personales.

LA ILUMINACION

La iluminación es el resultado de ejercicios preparatorios muy sencillos. En este caso también, se trata de apelar a determinados pensamientos y sentimientos que dormitan en el hombre, en estado latente, y que deben ser despertados. Pero, al igual que en todo los tramos de la vida espiritual, solamente quien realiza esos ejercicios con una paciencia rigurosa y una perseverancia total puede desembocar en la percepción de la luz interior.

Los primeros pasos consisten en observar de una manera muy particular ciertos fenómenos y ciertos seres naturales; por ejemplo, un cristal transparente bellamente pulimentado, a continuación una planta, después un animal.... Se puede comenzar por ejemplo por concentrar toda la atención en la comparación de la piedra con el animal de la manera que se va a describir a continuación.

Los pensamientos indicados aquí deben apoderarse de toda el alma, acompañándose de sentimientos muy vivos. Ningún otro pensamiento, ningún otro sentimiento debe mezclarse con ellos ni perturbar la intensidad de la observación. Hay que decirse a uno mismo algo como esto: "La piedra tiene una forma. El animal también tiene una forma. La piedra permanece inmóvil en su sitio. El animal cambia de sitio. Es el deseo, el instinto el que impulsa al animal a cambiar de sitio, y es también a la satisfacción de sus instintos a lo que sirve la forma del animal; en efecto, los órganos y los miembros que le sirven de instrumento están conformados de acuerdo con esos instintos por el deseo, mientras que la forma de la piedra es la resultante de unas fuerzas de las que no forma parte ningún deseo". *

Si uno se sumerge intensamente en estos pensamientos y, al hacerlo, considera la piedra y el animal con una atención sostenida, surgen en el alma dos clases de sentimientos muy diferentes: el primero inspirado por la piedra, el segundo inspirado por el animal. Naturalmente, la cosa no resultará exitosa desde el principio, sino poco a poco, mediante ejercicios muy pacientes y constantes; es la única forma de que esos dos sentimientos se aclimaten en el alma. Para ello, insisto, sólo es

preciso continuar el ejercicio sin relajarse, concentrado completamente toda la atención. Al principio, estos sentimientos no se mantienen más que el tiempo que dura la observación; más tarde, subsisten más allá de esta duración, y finalmente podríamos decir que se instalan, que toman un camino en el que persistirán. Cuando se logra esto, en adelante ya solamente hace falta recordarlos para que estos dos sentimientos crezcan, inclusive sin el auxilio de la observación aplicada a un objeto exterior. De estos sentimientos y de los pensamientos ligados a ellos nace lo que podríamos llamar "órganos de la clarividencia".

Si a esta observación se añade la de la planta, se constata entonces que el sentimiento que inspira, tanto por su naturaleza como por su grado de intensidad, se mantiene en el término medio entre el sentimiento que hace nacer la piedra y el que provoca el animal.

Los órganos que se forman de esta manera son los "ojos espirituales". Progresivamente, se aprende a percibir a su través los colores del mundo del alma y del mundo del espíritu.

Mientras que solamente se ha asimilado lo que ha sido descrito para la "preparación", el mundo espiritual, sus líneas y sus figuras permanecen obscuras. Mediante la iluminación, ese mundo se aclara; sus líneas y figuras se tornan nítidas. Pero también en este caso, hagamos notar que las palabras "claro" y "oscuro", al igual que las demás expresiones que hemos empleado, no expresan nuestro pensamiento más que aproximadamente. Desde el momento en que no hay más remedio que servirse del lenguaje común, no podía lógicamente ser de otra manera. Porque nuestro lenguaje corriente sólo está hecho para describir las condiciones físicas.

La ciencia secreta califica de "azul" o "azul rojizo" los rayos que los órganos de la clarividencia ven irradiar de la piedra, y de "rojo" o "rojo amarillento", lo que se percibe como emanante del animal.

En realidad, los colores percibidos de esta forma son de "naturaleza espiritual". El que surge de la planta es "verde", de un verde que progresivamente tiende hacia un color claro, rojo rosado, etérico. Porque, de todos los seres vivientes, la planta es el único que, en los mundos superiores, recuerda en su forma el aspecto que tiene en el mundo físico. Algo muy distinto a lo que ocurre en el caso de la piedra o del animal.

Pero es necesario que se comprenda bien que los colores indicados aquí designan simplemente el matiz fundamental de los reinos

mineral, animal y vegetal. En realidad, todos los matices intermedios existen también. Cada piedra, cada planta, cada animal posee su color particular, su color propio, dentro de la coloración de su reino. Por otra parte, los seres de los mundos superiores, que no revisten jamás de un cuerpo físico, tienen también unos colores a menudo admirables, aunque también, en ocasiones, feos, horripilantes. De hecho, en estos mundos superiores, la riqueza de colorido es infinitamente más variada que en el mundo físico.

Si el hombre ha podido llegar a adquirir la facultad de ver con "los ojos del espíritu", más pronto o más tarde se encuentra con seres, los unos más altos, los otros más bajos que él, que no penetran jamás en la realidad física.

Cuando llega a este punto, muchas rutas se abren ante él. Pero no se debe aconsejar a nadie ir más lejos sin observar atentamente lo que dice el investigador espiritual, esto es, lo que él ha prescrito y enseñado. Inclusive para los ejercicios precedentes, esta dirección esclarecedora resulta excelente; y si el investigador tiene en sí la fuerza y la tenacidad suficiente para franquear los primeros grados de la iluminación, no dejará de encontrar la dirección apropiada.

En todo caso, se hace completamente necesario tomar una precaución, y quién no quiera tomarla hará mejor en renunciar a todo tipo de progresión dentro del ocultismo. Quien quiera de verdad comprometerse en esta vía no debe en modo alguno perder sus cualidades de nobleza, de bondad y de sensibilidad con respecto a todas las realidades físicas. Todavía más: su fuerza moral, su pureza interior, sus facultades de observación deben no sólo mantenerse, sino crecer en el curso del aprendizaje de lo oculto.

Por ejemplo, durante los primeros ejercicios de iluminación, debe tener cuidado, vigilar atentamente para procurar desarrollar por todos los medios su compasión y su simpatía hacia los animales y los hombres, su sentido de las bellezas de la naturaleza. Si no tuviera cuidado de hacer esto, sus sentimientos podrían extinguirse, su sentido de la belleza embotarse, perdiendo facultades bajo la acción de estos ejercicios. Su corazón se endurecerá, su sensibilidad se bloqueará, y de ello le pueden sobrevenir consecuencias lamentables.

¿Cómo se presenta la iluminación cuando se le eleva a través de la piedra, la planta y el animal hasta el hombre? Después de la iluminación, ¿cómo se va a cumplir la comunión del alma con el mundo espiritual y, a través de todos los obstáculos, desembocar en la

iniciación? Esto es lo que vamos a exponer a continuación en la medida de lo posible.

En nuestra época, muchas personas buscan el camino de la ciencia secreta, pero lo llevan a cabo de diversas maneras; y es el caso que muchos recurren a procedimientos peligrosos e inclusive reprensibles. Es por esto precisamente por lo que aquellos que están seguros de poseer la verdad en este dominio deben ofrecer a los demás la posibilidad de conocer determinados rasgos de la disciplina oculta.

Por nuestra parte, no vamos a hablar aquí de tema más que dentro de los límites de esta posibilidad; pero es necesario que alguna parte de la verdad sea revelada, para que el error no llegue a causar demasiados estragos.

El lector puede estar seguro de que, a través de los medios que indicamos aquí, nadie puede sufrir el menor daño, si no intenta, sobre todo, forzar las cosas.

Pero hagamos notar muy claramente por otra parte, que nadie debe consagrar a los ejercicios más tiempo ni más fuerzas de las que sus deberes y la situación que ocupa en la vida pongan a su disposición. Nadie debe, por el hecho de estar siguiendo el sendero, cambiar por el momento su vida; ni siquiera en el más insignificante de sus rasgos o características. Si se persiguen resultados serios, basta con que paciencia, ser capaz, después de unos minutos de aplicación, de interrumpir el ejercicio y volver tranquilamente a su trabajo acostumbrado. Es más: hay que tener buen cuidado de no mezclar ni siquiera el pensamiento, el recuerdo de los ejercicios con ese trabajo ordinario. El que no haya aprendido a esperar, en el mejor y más elevado sentido de la palabra, es que no vale para el entrenamiento y, por consiguiente, no alcanzará jamás resultados de valor apreciable.

En lo que concerniente a la contemplación de un cristal, el ejercicio aquí descrito es interpretado completamente del revés, por aquellos que no conocen más que el lado exterior (exotérico) de las cosas. Estas malas interpretaciones son las que han dado lugar a prácticas poco serias como la “lectura en una bola de cristal”, que evidentemente reposa sobre un malentendido. Hay muchas obras donde se encuentran descripciones de este tipo de “lecturas”, a las que se da un valor extraordinario. Hay que decir claramente que este tipo de prácticas no puede constituir el objeto de una verdadera enseñanza esotérica.

CONTROL DE LOS PENSAMIENTOS Y DE LOS SENTIMIENTOS

Si se busca el acceso a la ciencia oculta de la manera descrita en los capítulos precedentes, es absolutamente necesario fortificarse durante el curso del trabajo mediante un pensamiento particularmente estimulante. Es preciso tener continuamente en la mente la idea de que se pueden realizar progresos muy serios sin que tales progresos sean visibles precisamente bajo la forma que se esperaba. Si no se tiene en cuenta este hecho, se corre un alto riesgo de perder la paciencia y abandonar, al cabo de poco tiempo, todo tipo de tentativa. Las fuerzas y las facultades que se trata de desarrollar son el los comienzos de una naturaleza muy delicada y su esencia difiere completamente de todo cuanto el hombre se ha podido representar con anterioridad. Hasta aquí, él no conocía más que el contacto con el mundo físico. Las realidades del espíritu y del alma escapaban a su mirada como escapaban a sus conceptos. No hay pues nada de asombroso en el hecho de que no se advierta inmediatamente la presencia de las fuerzas espirituales y psíquicas que han hecho su aparición en él.

Hay un gran riesgo de error para el que penetre en el sendero sin tener en cuenta el cúmulo de experiencias amontonadas por investigadores expertos. Un ocultista constata los progresos experimentados por el discípulo mucho tiempo antes de que el propio interesado tenga conciencia plena de ellos. El sabe de qué manera se forma el ojo del espíritu en su delicada estructura, antes de que el discípulo sepa nada de ello. Una de las partes más importantes de las indicaciones que da consiste precisamente en expresar las reglas que permiten al estudiante no perder la confianza, la paciencia y la tenacidad, antes de haber obtenido el conocimiento. A decir verdad, el maestro no puede dar nada al alumno, si éste no lo posee ya, ni siquiera de una manera escondida, latente. En realidad, no se le puede conducir más que hacia el despertar de las facultades que yacen en él como dormidas. Pero la descripción del camino a través del cuál él

mismo ha pasado ya puede servir de apoyo a quien quiera ir desde la oscuridad a la luz.

Se da el caso de muchos que abandonan el sendero de la ciencia oculta después de poco tiempo, porque sus progresos no le parecen al principio lo suficientemente notables. E inclusive cuando sobrevienen las primeras experiencias superiores de las que el alumno tiene conciencia, a menudo considera ilusiones, porque se había imaginado que era una cosa completamente distinta la que debía sentir. Entonces se desanima, bien porque considera estas primeras experiencias como carentes de valor, o porque las encuentra demasiado pequeñas, insignificantes, como para que le conduzcan pronto a un resultado serio.

Ahora bien, el ánimo y la confianza en sí son dos luces que no se deben dejar extinguir en ningún momento cuando se transita el sendero del ocultismo. Si no se es capaz de repetir con paciencia y sin cansarse un ejercicio en el que se ha fracasado un incalculable número de veces, no se irá muy lejos.

Mucho antes de que se pueda tener una percepción neta de los progresos realizados, un confuso sentimiento advierte de que se está sobre el buen camino. Pues bien, hay que cultivar, alimentar este sentimiento porque se puede convertir en una segura guía.

Ante todo importa extirpar es sí la superstición de que se puede acceder al conocimiento superior con la ayuda de procedimientos extraños y misteriosos. Por el contrario, hay que tener bien claro que se pueden tener, que se pueden tomar como punto de partida los sentimientos y los pensamientos de la vida cotidiana, sólo que imprimiéndoles una nueva dirección. Cada uno puede decirse: en la esfera de mis sentimientos personales y de mis ideas se encuentran escondidos los más augustos misterios; pero hasta aquí no los he logrado percibir.

El problema reside pues finalmente en esto: el hombre lleva consigo por todas partes su cuerpo, su alma y su espíritu, pero no es consciente más que de su cuerpo, y no de su alma ni de su espíritu. Por el contrario, el ocultista llega a ser tan consciente de su alma y de su espíritu como el hombre normal lo es de su cuerpo.

Es por esto por lo que resulta tan importante orientar los sentimientos y los pensamientos en la buena dirección. Entonces se desarrollará en la vida ordinaria la facultad de percibir las cosas invisibles. Nosotros vamos a dar aquí uno de los medios de lograrlo. Se

trata de un método de extremada sencillez, como casi todos los que hemos descrito hasta el momento, pero produce los más grandes efectos cuando se le pone en práctica con continuidad y se le sabe acompañar de las disposiciones interiores necesarias.

Póngase delante de sí una pequeña semilla. Entonces se trata de hacer nacer con intensidad en uno mismo, en presencia de aquel minúsculo objeto, todos cuantos sentimientos se puedan relacionar con él y, a través de estos pensamientos, despertar ciertos sentimientos.

Antes que nada, hay que darse cuenta con mucha claridad, con absoluta nitidez, lo que perciben los ojos. Hágase después una buena descripción de la forma, el color y de todas las demás características de la semilla. A continuación, reflexione sobre esto: si esta semilla se introduce en la tierra, de ella nacerá una planta muy compleja. Represéntese uno esta planta con el mayor número de detalles posibles. Evóquesela en la imaginación. Y dígase uno a sí mismo entonces: lo que yo evoco actualmente en mi imaginación, las fuerzas de la tierra y de la luz lo van a hacer surgir con plena realidad, algún día, del seno de este grano; si lo que yo tuviese delante de mi fuese una imitación artificial del grano de semilla, que lo reprodujese con tanta exactitud que mis ojos no fuesen capaces de distinguirlo del verdadero, de hecho no existirá ninguna fuerza, ni en la tierra ni el la luz, que fuese capaz de hacer surgir de ella una planta.

Cáptese muy claramente este pensamiento, vívaselo en sí mismo, y se llegará a ser capaz de concebir lo que sigue añadiéndole el sentimiento apropiado.

Hay que decirse lo siguiente: en este grano reposa ya, aunque de una manera oculta, toda la planta en potencia, absolutamente todo el organismo que de ella surgirá más tarde. Esta fuerza no reside en la imitación de grano de semilla. Sin embargo, ante mis ojos, los dos resultan idénticos. En el grano real existe pues algo de invisible que no se encuentra en el objeto artificial. Pues bien, es sobre este algo invisible sobre lo que hay que dirigir ahora los pensamientos y los sentimientos. *

Represéntense ustedes bien esto: es este algo invisible lo que, más tarde, se transformará en la planta visible que yo podré contemplar en su forma y su color. Y tengan presente este pensamiento “lo invisible se convertirá en visible”. Si yo no fuera capaz de pensar lo que no será

visible sino más tarde no podría dárseme a conocer desde ahora mismo.

Pero hay que precisar muy bien un punto: lo que se piensa debe ser intensamente sentido. En medio de una auténtica calma, sin dejarse distraer por ningún otro pensamiento, se vive en uno mismo lo que acabamos de describir; y hay que darse el tiempo necesario por ligar los pensamientos y el sentimiento, a fin de que ellos dejen en el alma una profunda huella. Si se consigue de la forma conveniente, se llegará, después de un cierto tiempo, quizá solamente después de una gran cantidad de intentos, a tomar conciencia de una fuerza, una fuerza que propiciará una visión nueva de las cosas: la semilla aparecerá como situada en el centro de una ligera nube luminosa. A esta nube, se la puede sentir, de un modo sensorial y espiritual, como una especie de llama. Lo que se siente ante el centro de esta llama es lo mismo que se siente delante del color lila—malva, en tanto que el borde evoca la impresión que suele comunicar un color azulado. Entonces aparece lo que nunca se ha visto antes, pero que es lo que ha hecho nacer la fuerza del pensamiento y de los sentimientos despiertos en nosotros por la meditación. Una cosa, invisible para los sentidos físicos y que, en su estado de planta, no debería aparecer sino más tarde, se nos revela en el presente espiritualmente visible.

Es evidente que la mayoría de las personas considerarán este tipo de revelaciones como una pura ilusión. Muchas de estas personas se preguntarán: ¿qué significan estas visiones, estos fantasmas? Y más de uno se desanimará y no proseguirá transitando el sendero. La dificultad mayor está justamente en atravesar estas etapas tan arduas de la evolución humana sin confundir la imaginación con la realidad espiritual, y en encontrar además el valor necesario para continuar la marcha hacia delante sin temores ni aprehensiones.

Por otra parte, es preciso no dejar un solo instante de reforzar el buen sentido, esa capacidad tan importante que es la que faculta para distinguir la verdad de la ilusión.

Durante todos estos ejercicios, hay que tener cuidado de no perder, ni un solo instante, el pleno dominio consciente de uno mismo. Se debe pensar con tanta seguridad como si se tratara de las cosas y de los acontecimientos de la vida cotidiana. Porque sería verdaderamente lamentable que se cayera en un estado próximo a la alucinación. Las ideas deben permanecer claras, por no decir frías, y esto, además, sin el menor desfallecimiento. Si estos ejercicios llegaran a hacer perder el

equilibrio interior de tal manera que impidiesen juzgar sana y claramente las cosas y los acontecimientos de la vida ordinaria, como se venía haciendo hasta ese momento, ello significaría un gran fallo. El discípulo debe en tal caso examinarse a sí mismo concienzudamente, para verificar si este equilibrio permanece intacto y si él sigue siendo él mismo en el seno de las condiciones en que vive. Una calma inconmovible, un claro sentido de todas las cosas y acontecimientos: he aquí lo que hay que saber conservar. Por otra parte, hay que tener mucho cuidado de no dejarse arrastrar a ningún tipo de vagabundeo de las ideas y no entregarse al primer ejercicio que a uno se le ocurra. Las directrices que hemos dado aquí respecto a la mejor forma de llevar a cabo la meditación han sido experimentadas y practicadas desde la más remota antigüedad en las escuelas de ocultismo, y éstas y solo éstas son las que nosotros comunicamos. Por tanto, nada de improvisaciones ni de iniciativas personales. Quien quiera aplicar métodos de otra naturaleza, forjarse para sí mismo su propia manera de hacer las cosas o tomar de este o aquel libro, de noticias fragmentarias que le llegan al azar, quien haga esto, caerá fatalmente en el error y no tardará en dejarse arrastrar por divagaciones sin fin.

El ejercicio que acabamos de describir tiene que ser completado por otro.

Se trata de ponerse delante de una planta en estado de pleno desarrollo y penetrarse del pensamiento de que llegará un día en que esa planta perecerá; de que eso que yo veo ahora tan plenamente delante de mí un día ya no existirá. Pese a esto, esa planta habrá madurado en sí semillas capaces de dar vida a otras plantas nuevas.

Heme aquí pues llegado de nuevo a la constatación de que, en el seno de todo cuanto veo, existe algo que yo no veo, algo oculto que no se hace presente a mis sentidos.

Yo lleno mi espíritu con el pensamiento de que esta planta, con su forma y sus colores, morirá un día; pero la representación intensa que ella lleva consigo de un germen de futuro me enseña que no desaparecerá absolutamente en la nada. Lo que la preserva del aniquilamiento total escapa por completo a mi visión como anteriormente escapaba la planta que existe en potencia en la semilla. Hay pues en esta planta algo que yo no veo con mis ojos. Si yo hago vivir en mí este pensamiento, uniéndolo al sentimiento que le corresponde, después de un cierto tiempo se desarrollará en mí una fuerza que provocará un nuevo modo de visión. Veré entonces cómo

sale de la planta una especie de forma espiritual semejante a una llama. Pero esta llama es naturalmente más grande que la que hemos descrito con anterioridad; puede dar una impresión semejante a la del azul verdoso en su parte media y al rojo amarillento en sus bordes exteriores.

Subrayemos aquí expresamente que no se ven estos que hemos llamado colores de la misma manera que los ojos físicos ven los colores de las cosas; lo que queremos decir es que la percepción espiritual comunica una impresión análoga a la que se siente ante un color físico. En este orden de ideas, tener la percepción espiritual del "azul" significa lo siguiente: sentir una impresión análoga a la que el color azul transmite por mediación del ojo físico. Hay que tener mucho cuidado con esto, si se quiere realmente llegar a conseguir un progreso en la percepción espiritual. En otro caso, no se alcanza de lo espiritual más que una repetición del fenómeno físico, lo que puede llegar a proporcionar decepciones verdaderamente amargas.

Si se llega a adquirir esta facultad de ver en espíritu, se habrá dado un gran paso hacia delante, porque las cosas se revelan entonces, no sólo en su existencia presente, sino en sus fases de crecimiento y de decadencia.

Se comienza a ver por todas partes el espíritu, de que los sentidos físicos no pueden saber nada. Se cumplen los primeros pasos hacia la contemplación de un misterio: el misterio del nacimiento y de la muerte. Para los sentidos exteriores, los seres aparecen con el nacimiento y desaparecen con la muerte. Si esto es así, es porque los sentidos no saben percibir el espíritu oculto de los seres. Para el espíritu, el nacimiento y la muerte no son más que una metamorfosis, como la floración que, a partir del capullo, hace surgir la flor, es igualmente una metamorfosis que se opera ante nuestros ojos. Pero si se quiere penetrar por sí mismo en la esencia que se transforma, hay que trabajar en el despertar de los sentidos superiores mediante el método que hemos indicado.

Con ideas de soslayar enseguida otra objeción que se nos podría hacer por parte de personas dotadas de alguna experiencia psíquica añadamos todavía lo siguiente: no se puede negar que existen caminos más cortos y más sencillos, ni, por otra parte, que existen personas que, por sí mismas, adquieren el sentido del crecimiento y la decadencia, del nacimiento y de la muerte, sin necesidad de haber practicado

ninguno de los ejercicios que acabamos de describir. Hay en efecto, seres humanos que poseen naturalmente disposiciones y facultades psíquicas muy notables, personas a las que les basta un ligero impulso para desarrollarse espiritualmente. Pero, hay que decirlo; son las excepciones. No es normal encontrarse con esta posibilidad de desarrollo espiritual; en cambio, el camino que nosotros hemos indicado es seguro y está abierto a todos. Tampoco es absolutamente imposible adquirir por ejemplo nociones de química por medios excepcionales. Por supuesto, pero si uno quiere llegar a convertirse en un químico no tiene más remedio que transitar la ruta común y verificada.

Se cometería un gran error, de graves consecuencias, si se pensara que se puede alcanzar la meta más fácilmente contentándose con representarse, con imaginar la semilla o la planta. Procediendo de esta manera, se puede también obtener un resultado, pero con menos seguridad que mediante al método señalado. En la mayoría de los casos, la visión que se obtenga no será más que una especie de espejismo de la imaginación, y será preciso esperar a que se transforme en una visión verdaderamente espiritual. Porque lo esencial es no inventarse para sí mismo, a la medida del propio capricho, percepciones nuevas, sino de dejar a la realidad que las cree en sí. La verdad debe brotar de las profundidades de mi alma, ciertamente, pero no es a mi yo ordinario al que le corresponde representar el papel de mago que extrae esta verdad de la nada. Los mismos seres, cuya realidad espiritual yo quiero contemplar, son los que deben cumplir la función de este mago.

Si, mediante esta disciplina, se ha hecho nacer en sí los rudimentos de la percepción espiritual, se podrá llegar a conseguir elevarse hasta la contemplación del ser humano mismo, eligiendo de él, en primer lugar, las manifestaciones más sencillas de la vida humana.

Pero, antes de llegar a esto, es necesario trabajar enérgicamente en la completa purificación del propio ser moral. Hay que vencer, apartar de sí toda tentación de utilizar para el provecho personal el conocimiento así adquirido. Es preciso comprometerse con uno mismo a no hacer *jamás* un mal uso del poder, sobre los semejantes, que se puede llegar a adquirir. Igualmente, todos aquellos que buscan penetrar por sí mismos en los secretos de la naturaleza humana deben observar la “regla de oro” del verdadero ocultismo, una regla que se expresa del siguiente modo: “Cuando se intente dar un paso hacia delante en el

conocimiento de las verdades ocultas, debe darse al mismo tiempo tres pasos en orden al perfeccionamiento del carácter en el sentido del bien". El que observa esta regla puede emprender ejercicios del género del que acabamos de describir.

Evoquen ustedes la imagen de un hombre que, un día ha observado que deseaba, que codiciaba la posesión inmediata de un objeto, y concentren su observación sobre ese deseo, sobre esa ansia posesiva. Es preferible evocar el momento en que ese deseo alcanzaba en su más alto grado de intensidad, pero cuando todavía se podía uno preguntar si el hombre podría realmente llegar a satisfacerlo. Y ahora entréguense todos enteros a la representación de lo que les evoca su recuerdo. Hagan reinar en su alma una tranquilidad, una calma tan absoluta como sea posible; intentad convertiros en ciegos y sordos ante todo cuanto os rodea; vigilad atentamente para que la representación evocada os despierte un sentimiento en el alma. Dejad que este sentimiento ascienda por vuestro ser como una nube asciende en el horizonte de un cielo perfectamente límpido. Naturalmente, por regla general, la observación será suspendida por el hecho de que no se pueda observar durante el tiempo necesario, en su estado de deseo, al hombre sobre el que se dirige la atención. Es preciso recomenzar cien veces, si hace falta este ejercicio, si no se obtienen resultados; pero no hay que perder la paciencia. Finalmente, sentid cómo asciende en vuestro interior el sentimiento correspondiente al estado de ánimo de aquél a quien están observando. Después de un cierto tiempo, advertirán que este sentimiento desarrolla en vuestra alma una fuerza que dará nacimiento a la "visión espiritual" de los estados interiores. Verán aparecer en su campo visual una imagen que produce una impresión luminosa; esta imagen luminosa, de naturaleza espiritual, constituye la manifestación "astral" del estado del deseo observado. También en esta ocasión podemos comparar esta imagen con una llama que experimentada como de una coloración roja amarillenta en el centro y azul rojiza o lila en su contorno. Todo depende a continuación del tacto con que se rodeen estas visiones espirituales. En primer lugar, lo mejor es no hablar de ellas a nadie, salvo, eventualmente, al propio guía, si es que se tiene un guía. Porque se intenta describir torpemente, mediante palabras, un fenómeno de este género, a menudo se puede ser presa de muy crueles desilusiones. Porque se emplean palabras corrientes que no convienen en absoluto a semejantes temas, a cuyo respecto resultan demasiado groseras. Por

consiguiente, al intentar describir así estas experiencias, se siente uno tentado a mezclar visiones auténticas con espejismos de toda laya.

Una vez más, se impone el discípulo, en este punto, una regla importante: aprende a *guardar silencio* sobre tus visiones. Sí, has de saber callarte incluso delante de ti mismo. Lo que hayas visto en espíritu, no intentes ni expresarlo en palabras ni interpretarlo mediante torpes razonamientos. Entrégate sin prejuicios a tu visión espiritual, y cuida de no turbarla con demasiadas reflexiones. Piensa que, en efecto, tus reflexiones no estarán al principio, en modo alguno, en armonía con lo que hayas visto. Hasta este momento, no han sido alimentadas más que por impresiones limitadas al mundo de lo físico. Ahora bien, tus experiencias actuales superan con mucho esos límites. No intentes pues aplicar a estas nuevas y más elevadas experiencias una medida adaptada a las antiguas. Es necesario haber adquirido mucha firmeza y seguridad en la experiencia interior para poder hablar de ella de una forma que resulte provechosa para los demás.

A este ejercicio, debe venir a unirse otro que lo completa. Es preciso observar de la misma manera cómo se comporta un hombre que acaba de satisfacer uno de sus deseos, de colmar una de sus esperanzas.

Si se observan las mismas reglas y las mismas precauciones que hemos aconsejado para el caso precedente, se accederá igualmente a una visión espiritual del fenómeno. Se observará una forma espiritual semejante a una llama, que comunica el sentimiento de ser amarilla en el centro y verdosa en su contorno.

Mediante una observación de este tipo, aplicada a los semejantes, se puede fácilmente caer en una falta moral grave: se puede volver uno insensible, incapacitado para el amor. Evitar a toda costa que ocurra así. Para llevar a cabo semejantes observaciones, es preciso haber alcanzado el punto de evolución en que se posee una certidumbre absoluta: el punto en el que los pensamientos son realidades.

Si se está convencido de esto, ya no se debe uno permitir tener, con respecto a los demás, pensamientos que no sean conciliables con el más profundo respeto por la dignidad y la libertad humana. La idea de que un hombre pueda convertirse para nosotros en nada más que un objeto de observación no debe poseernos un solo instante. La educación de uno mismo debe siempre caminar pareja con la observación ocultista del ser humano. Esta educación es la que nos permitirá afirmar sin reserva el derecho de cada hombre a ser él

mismo; consideraremos el alma de otro como un santuario, inviolable por nosotros tanto en pensamiento como en sentimiento; un sentimiento de respeto sagrado nos penetra con respecto a todo fenómeno humano, inclusive cuando sólo es evocado a través del recuerdo.

Por el momento, todavía no es posible dar aquí más que dos ejemplos de lo que se debe a la iluminación en lo concerniente la naturaleza humana; ello basta, por otra parte, para demostrar el camino por el que hay que avanzar.

Quien pueda asegurarse ese silencio y esa calma interior que son indispensables para llevar a cabo con éxito estos ejercicios, logra ya, por esto sólo, operar una gran transformación en sí. Y esta transformación enriquece hasta tal punto su vida interior que confiere tranquilidad y seguridad hasta en el comportamiento externo, que, a su vez, tiene su repercusión sobre el alma.

Será así como esta persona avanzará, y como encontrará los medios de descubrir cada vez más los aspectos de la naturaleza humana que permanecen ocultos para los sentidos externos. Y alcanzará un día la madurez requerida para sumergir su mirada hasta en aquellas relaciones misteriosas que ponen al hombre en armonía con todo cuanto existe en el universo.

Situado en esta vía, el hombre no deja de aproximarse al momento en que va a poder dar sus primeros pasos en al *iniciación*. Pero, antes de que pueda darlos, todavía es necesaria otra cosa; una cosa cuya necesidad el discípulo es posible que no comprenda hasta más tarde. Pero llegará a comprenderla, eso es seguro.

En efecto, lo que el candidato a la iniciación debe llevar consigo es un valor perfecto y, en una cierta medida, una ausencia total del miedo. Por tanto, se deben buscar las ocasiones favorables para el desarrollo de estas virtudes. Deben ser sistemáticamente cultivadas en el curso del entrenamiento oculto. De hecho, la vida misma es una excelente escuela para esto, tal vez la mejor. Saber mirar de frente al peligro, intentar superar las dificultades sin vacilación, de todo esto hay que ser capaz.

Por ejemplo, frente a un peligro, él debe inmediatamente aferrarse a un sentimiento como éste: “Mi angustia no servirá para nada; tengo que liberarme de ella para concentrarme en lo que debo hacer”. Debe llegar por este medio a un estado que le permita, frente a situaciones que antes le causaban ansiedad, sentir en lo más profundo de su ser

que la ansiedad y el desánimo se han convertido para él en algo completamente imposible. Mediante esta educación de sí mismo, el discípulo despierta en sí determinadas fuerzas de las que tiene necesidad para ser iniciado en los misterios más elevados. De la misma manera que el hombre físico tiene necesidad de fuerza nerviosa para emplear sus sentidos físicos, el hombre psíquico tiene necesidad de una fuerza que no se desarrollaba más que en las naturalezas intrépidas y animosas. Aquel que penetra en los misterios superiores ve un cierto número de cosas que las ilusiones de los sentidos ocultan a la visión ordinaria. Y, precisamente, cuando los sentidos físicos nos impiden ver las verdades superiores, estas trabas constituyen un beneficio para el hombre ordinario. Gracias a ellas, efectivamente, permanecen ocultas determinadas cosas que podrían producir perturbaciones sin límites en aquellos que, por no estar preparados, no podrían soportar su vista.

El investigador espiritual debe volverse capaz de soportar estos espectáculos. Pierde un cierto número de apoyos en el mundo exterior. El era justamente deudor de estos apoyos en la ilusión sensible que le cautivaba. Las cosas pasan literalmente como si se le señalara bruscamente a alguno un peligro al que se encontrase expuesto desde hacia mucho tiempo pero sin saberlo. Anteriormente, no temblaba; pero, ahora que lo sabe, el miedo le sobrecoge, aunque el peligro no haya empeorado por el hecho de que se haya tomado conciencia de él.

Las fuerzas del universo son una naturaleza que a la vez destruye y edifica; el destino de todo cuando existe exteriormente es nacer y morir. Quien posee el conocimiento debe sumergir su mirada en el juego de las fuerzas, el movimiento de este destino. Para esto es preciso que aparte el velo que habitualmente oscurece su visión espiritual. Pero el hombre mismo está mezclado a la acción de estas fuerzas y de este destino. Estas fuerzas, constructivas y destructivas, las encuentra en su propia naturaleza. Tan desnuda como se le aparezca al vidente la vida, se le aparecerá también su propia alma. Frente a este conocimiento de sí mismo, el estudiante no debe perder sus fuerzas. Para que no le falten, es necesario que las tenga sobreabundantemente; y a tal fin debe aprender a conservar la calma y la tranquilidad interiores en las circunstancias más difíciles de la vida. Debe edificar en sí mismo una confianza inconmovible en las fuerzas positivas, buenas, de la existencia, y tomar la determinación de perder

un cierto número de impulsos que hasta entonces le hacían actuar. Se da cuenta de que a menudo ha pensado y actuado por pura ignorancia y que los móviles que antes le impulsaban en adelante le faltan.

Por ejemplo: a menudo ha actuado por vanidad y por amor propio; ahora constata que ni la vanidad ni el amor propio tienen ningún valor para el que *sabe*. A menudo ha actuado por codicia y ambición y ahora constata que tal tipo de deseos y motivaciones causan verdaderos estragos. Necesitará pues de nuevos móviles para sus acciones, para sus pensamientos, y es en estos momentos cuando deben intervenir el valor y la ausencia total del miedo.

Principalmente conviene cultivar este valor y esta intrepidez en lo más profundo de la vida de los pensamientos. Nunca un fracaso debe arrastrar al desánimo. Cada vez, debe recurrir a este pensamiento: "Olvidaré que a menudo he fracasado ya en esta empresa y voy a recomenzar mi tentativa como si nunca lo hubiese intentado hasta ahora". De este modo, adquiere la convicción de que la fuente de la que puede sacar fuerzas es inagotable en el universo. Aspira al mundo espiritual que está dispuesto a ayudarle, a sostenerle, tan pronto como se haya revelado a sí mismo la debilidad de su ser terreno. Se vuelve capaz de encaminarse hacia el porvenir y no se deja turbar en su marcha hacia delante por el recuerdo de ninguna experiencia del pasado.

Si alguno posee, hasta cierto grado, las cualidades que acabamos de describir, es señal de que está maduro para entender *los verdaderos nombres* de las cosas que constituyen la clave del conocimiento superior. Porque la iniciación consiste en conocer las cosas del universo por el nombre que ellas tienen en el espíritu de sus divinos autores. En estos nombres residen los misterios de las cosas. Si los iniciados hablan una lengua distinta a la de los profanos es porque pueden dar a los seres el apelativo que sirvió para crearlos.

Nuestro próximo capítulo tratará de la iniciación misma, en la medida, naturalmente, en que esto es posible.

*- Si se objetase por alguien que, al examen microscópico, el objeto real llega a distinguirse de la imitación, con ellos se demostraría solamente que no se ha comprendido el verdadero objetivo de estos ejercicios; lo esencial no es tanto el objeto real, sensible, que se tiene ante sí, cuanto

el impulso de desarrollar a partir de él las fuerzas latentes en el alma y en el espíritu.

LA INICIACIÓN

La iniciación es el grado supremo de una disciplina oculta sobre la cuál se pueden dar, en un libro, *indicaciones* que todavía pueden ser accesibles a todos. Lo que se podría decir sobre los grados que están más allá de la iniciación apenas sería comprensible. Pero se puede encontrar el camino, si a través de la preparación, la iluminación y la iniciación, se ha penetrado hasta los misterios menores.

Sin la iniciación, el hombre no podría adquirir el saber y el *savoir-faire* que ella confiere, más que un futuro muy lejano y después de numerosas encarnaciones, por un camino y bajo una forma completamente diferente. La persona que es iniciada hoy experimenta al presente lo que no habría sido llamada a conocer sino mucho más tarde y en unas circunstancias muy distintas.

Cada persona solamente puede descubrir, sobre los misterios de la existencia, aquello que corresponde a su grado de madurez. Es por esta sola razón por la que va encontrando obstáculos a medida que avanza hacia los grados superiores del saber y de *savoir-faire*. Nadie pondría un arma de fuego entre las manos de un individuo antes de que el tal individuo tuviese la experiencia suficiente como para poder servirse de ella sin causar una desgracia.

Si en estos momentos alguien fuera iniciado de buenas a primeras, le faltaría la experiencia que todavía tiene que adquirir en el transcurso de sus futuras encarnaciones, hasta el momento en que le sean desvelados los misterios correspondientes a su evolución normal. Es por esto por lo que, en el umbral de la iniciación, es preciso que, mientras se espera tener esta experiencia, tenga lugar una cosa de otro tipo.

Las primeras instrucciones que recibe el candidato a la iniciación están pues destinadas a compensar provisionalmente la experiencia por venir. Estas son las llamadas “pruebas probatorias”, por las cuales es preciso pasar. Ellas constituyen el resultado normal del trabajo interior si los ejercicios han seguido correctamente el camino descrito en los capítulos precedentes.

Ciertamente, con frecuencia se encuentran libros que aluden a "pruebas". Pero ellos solamente pueden evocar una falsa imagen de la realidad. Porque el que no haya pasado por la preparación y la iluminación, ni haya tenido jamás la experiencia de estas pruebas, está absolutamente incapacitado para ofrecer una información verídica de ella.

Ante el alma del candidato se presenta un cierto número de cosas y de fenómenos provenientes de los mundos superiores; pero, naturalmente, él no puede verlas ni entenderlas más que si es capaz de comprender las figuras, los colores, los sonidos, etc., de los que hemos hablado al tratar de la preparación y de la iluminación.

La primera "prueba" consiste en adquirir, respecto a las propiedades materiales de los cuerpos inanimados, después de las plantas, a continuación de los animales y finalmente del hombre, puntos de vista más exactos que los habituales. Y aclaramos que entendemos por "puntos de vista habituales" lo que hoy día se llama conocimiento científico. No se trata de ciencia, sino de visión.

Lo que se produce generalmente es que el candidato a la iniciación aprende a reconocer de qué manera las cosas de la naturaleza y de los seres vivos se manifiestan a los ojos y a los oídos espirituales, de suerte que, en una cierta medida, estos fenómenos se le presentan al observador como desvelados y desnudos. Lo que él ve y entiende escapa a los ojos y los oídos físicos. Para la visión sensorial, se muestran recubiertos de un velo. Este velo cae, sin embargo, delante del candidato, según un proceso que se puede considerar como un fenómeno espiritual de consunción. Esta es la razón por la que a esta primera prueba se le denomina "prueba de fuego".

Para muchos hombres, la vida ordinaria constituye ya por sí misma, de manera más o menos consciente, una prueba de iniciación por el fuego. Estos hombres llevan a cabo experiencias enriquecedoras, gracias a las cuales ellos ven crecer, de una manera sana y normal, la confianza en sí mismos, su valor, su decisión y su firmeza; por consiguiente, llegan a ser capaces de soportar el dolor, las decepciones y los fracasos de sus empresas con una entereza, una grandeza de alma, una fuerza y una calma inconmovibles. Quien ha pasado por tales experiencias es a menudo ya, sin que él mismo lo sepa, un iniciado. Cualquier cosa basta para abrir sus ojos y sus oídos espirituales y hacer de él un clarividente. Porque hay que hacerlo notar bien: una verdadera "prueba de fuego" no tiene por objetivo satisfacer

la curiosidad del candidato. Cierto que él descubre hechos infrecuentes de los que de ordinario no se tiene la menor idea. Pero este descubrimiento no es el objetivo de las pruebas, no constituye la meta del candidato; este descubrimiento no es más que el medio necesario para alcanzar ese objetivo, esa meta, que no es otra que adquirir, mediante este conocimiento de los mundos superiores, una confianza en sí más profunda y mejor fundada, un valor más firme, una grandeza de alma y una perseverancia completamente distintas a las que generalmente se adquieren sobre la tierra.

Después de la "prueba de fuego" todavía es posible para todo candidato volver atrás. Continuará su existencia, fortificado en su cuerpo y en su alma, y no reemprenderá su camino iniciático hasta la próxima encarnación. En la actual encarnación será un miembro más útil para la comunidad humana que lo era antes de haber pasado la prueba. En cualquier situación que se encuentre, su firmeza, su claridad de juicio y raciocinio y su beneficiosa influencia sobre sus semejantes, tanto como su espíritu de decisión, habrán hecho notables progresos.

Si el candidato que ha sufrido la prueba de fuego quiere continuar avanzando en su entrenamiento, es preciso que le sea revelado el "sistema de escritura particular" que se utiliza en la disciplina ocultista. Las verdaderas enseñanzas ocultas están redactadas en esta escritura, porque lo que constituye el carácter *escondido* (oculto) de las cosas no puede expresarse, por definición, ni mediante las palabras del lenguaje corriente ni mediante los signos de la escritura ordinaria. Aquellos que han recibido la enseñanza de los iniciados *traducen* de la mejor manera posible, en lenguaje común, las lecciones de la sabiduría. La escritura oculta se revela al alma que adquiere la percepción espiritual; sus caracteres están siempre más grabados en el mundo del espíritu. No se aprenden como los de una escritura artificial. En el alma donde crece el conocimiento clarividente, objetivo, se desarrolla una facultad, una fuerza que la impulsa a descifrar los fenómenos y los seres espirituales como los caracteres de una escritura.

Podría ocurrir que esta fuerza, con la "prueba" que ella comporta, se despertase de manera enteramente natural en el curso del desenvolvimiento interior. Se accede sin embargo con más seguridad a la meta siguiendo las indicaciones de los ocultistas versados en la lectura de estos caracteres.

Los signos de la escritura escondida no están compuestos arbitrariamente, sino conforme a las fuerzas que actúan en el universo. A su través se aprende el lenguaje de las cosas. El candidato constata muy pronto que los signos que va descubriendo corresponden a la figuras, los colores, los sonidos, etc., que ha aprendido a percibir en el curso de la preparación y de la iluminación. Se da cuenta de que todavía no ha hecho más que deletrear el alfabeto. Solamente ahora, va a comenzar a leer en los mundos superiores. Como un majestuoso conjunto, se descubre lo que antes no aparecía sino a través de fenómenos aislados. Solamente ahora son verdaderamente auténticas sus observaciones espirituales. Antes, no podía nunca tener la completa certeza de que las cosas que creía haber visto las habría visto realmente. Sólo ahora puede existir un acuerdo seguro entre el candidato y el iniciado en los dominios de la ciencia superior. Porque, cualesquiera que sean las relaciones de un iniciado y otro hombre en la vida ordinaria, el iniciado no podrá comunicar su ciencia bajo una *forma inmediata* más que mediante el lenguaje de los signos. A través de esta lengua, el discípulo se familiariza igualmente con un cierto número de reglas de conducta. Toma conciencia de ciertos deberes de los que con anterioridad no tenía la menor idea. Y cuando sabe poner en práctica estas reglas de conducta, puede llevar a cabo acciones cargadas de un sentido que en ningún caso pueden tener las de un hombre que no haya sido iniciado. Su conducta se inspira en los mundos superiores. Estas inspiraciones no pueden ser captadas más que en esta lengua de que hablamos.

Hay que dejar bien sentado, sin embargo que determinados seres pueden llevar a cabo inconscientemente acciones inspiradas, aunque no se hayan entrenado nunca en el ocultismo. Estos auxiliares de la humanidad y del universo atraviesan la vida repartiendo favores y bendiciones. Por razones que no podemos explicar aquí, ellos han recibido unos dones que parecen naturales. La única cosa que les distingue del investigador es que este último actúa a conciencia y con discernimiento respecto a lo que quiere realizar con relación al conjunto; él conquista, mediante la disciplina, lo que las potencias superiores entregan a los demás para el bien del mundo. Estos hombres de Dios merecen veneración, pero no por eso hay que considerar el entrenamiento como algo superfluo.

Cuando el discípulo ha aprendido la lengua de los signos, se va a encontrar frente a otra “prueba”; una prueba que debe revelar si está

en disposición de evolucionar en los mundos superiores con libertad y seguridad. En la vida ordinaria, los impulsos que llevan al hombre a actuar le llegan de fuera. El cumple tal o cual tarea, porque las circunstancias se la imponen como un deber. Y en este punto, se nos hace necesario hacer notar que el estudiante no debe abandonar ninguno de sus deberes cotidianos so pretexto de que participa en una vía superior. Ningún deber, absolutamente ninguno, asumido con respecto al mundo espiritual puede forzar a nadie a descuidar una sola de sus obligaciones prácticas. El padre de familia debe permanecer siendo tan buen padre de familia como antes y la madre, tan buena madre. Ni el funcionario, ni el soldado ni ningún ciudadano de ninguna clase deben volver la espalda a sus deberes por causa de la práctica del ocultismo. Por el contrario, todas las cualidades que confieren valor a una persona en la vida ordinaria deben aumentar en el estudiante en una medida de la que el profano no podría hacerse ni una remota idea. Y si los no iniciados tienen a veces otra impresión, cosa poco frecuente e incluso rara, ello es consecuencia de que no están en absoluto capacitados para emitir un juicio sobre un iniciado; lo que trae como consecuencia que las actitudes de éste resulten a veces inexplicables para ellos.

Para quien haya alcanzado el grado anteriormente citado de la iniciación, existen unos deberes que ya no están determinados por ningún móvil exterior. No son las circunstancias de fuera las que le guían en este dominio, sino una serie de reglas de conducta que le han sido reveladas por el lenguaje “escondido”. Mediante la segunda “prueba”, debe demostrar ahora que estas reglas le dirigen con tanta seguridad y firmeza como un funcionario sometido a su reglamento es dirigido por éste. Para que esto sea así, el candidato debe, sentirse situado, en un determinado momento de su entrenamiento, frente a una cierta tarea. Debe cumplir una actividad inspirándose en lo que ha percibido durante los períodos de preparación y de iluminación. Y esta misma actividad debe descifrarla en el lenguaje de los signos. Si sabe reconocer su deber y actuar en consecuencia, es señal de que ha superado victoriosamente la prueba. El éxito se reconoce en el cambio provocado por la acción en las figuras, los colores y los sonidos que perciben los oídos y los ojos espirituales. A medida que se progresa en el entrenamiento oculto, se ve perfectamente cómo estas figuras, colores y sonidos producen otra impresión según la acción cumplida. Y el candidato debe saber ocasionar este cambio.

A esta prueba se le llama “prueba del agua”, porque se pierde el terreno firme que procuran las condiciones exteriores, del mismo modo que a aquel que nada en un lugar de aguas muy profundas le falta todo tipo de apoyo. La prueba debe ser renovada hasta que el candidato haya conquistado una perfecta seguridad.

Mediante esta prueba, también se trata de adquirir una cualidad nueva y, a través de estas experiencias en los mundos superiores, se puede llevar en poco tiempo esta cualidad hasta un grado que normalmente no se habría podido alcanzar sino después de numerosas encarnaciones.

El punto esencial es el siguiente: para obtener la transformación requerida en esta región superior de la existencia, el candidato no debe seguir ninguna otra indicación que su percepción espiritual y lo que haya descifrado mediante el lenguaje secreto. Si, en el curso de la acción que debe cumplir, sus deseos, sus opiniones, etc., ejercitan sobre él la menor presión y olvida un solo momento conformarse a las leyes que personalmente ha reconocido como verdaderas, entonces ocurrirá una cosa completamente distinta a la que debe ocurrir. El candidato dejará muy pronto de orientarse hacia el fin de su acción y la confusión le extraviará. Mediante esta prueba, al hombre se le presenta también una ocasión excepcional para desarrollar el dominio de sí. Y en este punto hay que llamar la atención otra vez: esta prueba será superada con mayor facilidad por aquellos que, antes de la iniciación, hayan llevado una existencia capaz de brindarles el dominio de sí mismos. El que haya conquistado el poder de poner de lado sus caprichos y sus voluntades personales para servir un ideal y unos principios elevados; el que sepa siempre cumplir con su deber, inclusive cuando este cumplimiento vaya en contra de sus inclinaciones naturales y sus simpatías, éste es ya, inconscientemente, en la vida ordinaria, un iniciado. Y ya le falta muy poco para poder triunfar en la prueba descrita.

Digamos inclusive que es indispensable haber adquirido ya inconscientemente en la existencia un cierto grado de iniciación para afrontar con éxito la segunda prueba.

En efecto, las personas que no han aprendido desde su juventud a escribir correctamente experimentan grandes dificultades para hacerlo en la edad madura. Del mismo modo, será difícil, en presencia de los mundos superiores, alcanzar el grado necesario de dominio de sí, si no se posee un cierto grado de él en la existencia cotidiana. Las

cosas del mundo físico permanecen siendo lo que son cualesquiera que sean nuestros deseos, pasiones y tendencias modifican el entorno; si nosotros queremos pues obtener en nuestros dominios un resultado cierto, es preciso que tengamos un completo dominio de nosotros mismos y sigamos únicamente la regla de conducta perfecta, sin ceder jamás a la arbitrariedad.

Una cualidad esencial en este estadio de la iniciación es, sin discusión, un juicio seguro y sano. Hay que tener buen cuidado de desarrollarlo desde los primeros grados, porque en estos momentos el candidato debe demostrar que lo posee en la medida suficiente como para penetrar en la verdadera senda del conocimiento. Es imposible que progrese si no tiene el discernimiento que le permita distinguir la verdad de todo cuanto es ilusión, fantasmagoría, superchería, superstición o espejismo. En los grados superiores de la existencia, este discernimiento es mucho más difícil que en el mundo físico. Todo prejuicio, toda opinión obstinada debe desaparecer ante la importancia de lo que se aborda; la verdad única debe servir de brújula. Se debe estar completamente preparado para abandonar un pensamiento, una opinión, una visión personal si el pensamiento lógico lo reclama, porque no se pueden adquirir certezas en el mundo superior más que si se renuncia para siempre a halagar la propia opinión.

Los hombres inclinados a las fantasías, las ensoñaciones, las supersticiones no pueden hacer ningún progreso en el sendero. El investigador debe adquirir un bien precioso: el de librarse de toda duda respecto a los mundos superiores. Estos se van a revelar a su mirada en su esencia y según sus leyes. Pero ello no ocurrirá mientras la persona en cuestión se deje prender por espejismos e ilusiones. Sería peligroso para ella que su imaginación o sus prejuicios ofuscasen su razón. Los fantasiosos y los soñadores no tienen condiciones para el ocultismo, como tampoco las tienen los supersticiosos. Nunca se repetirá esto bastante. La ensoñación, la imaginación desbocada, la superstición son los peores enemigos que acechan al discípulo en su tránsito por el sendero del conocimiento espiritual. No se figuren ustedes, sin embargo, que la poesía de la vida, el don de entusiasmo se les va a escapar por haber leído sobre el umbral de la puerta que lleva a la segunda prueba estas palabras. “Abandona todo prejuicio”, y sobre la

puerta que conduce a la primera, estas otras: “sin buen sentido a toda prueba, todos los pasos son vanos”.

Si el candidato ha progresado suficientemente en este sentido, le espera la tercera prueba. Aquí, él no percibe ya ningún objetivo exterior. Todo está en sus manos. Se encuentra en una situación donde nada le impulsa a actuar. Está completamente solo para encontrar su camino y no hay en torno suyo ningún ser ni ninguna cosa que le pueda influenciar. Nada ni nadie podrán darle fuerza dentro de sí, pronto se encontrará en el mismo lugar en que se encontraba antes. Pero es preciso decir que, entre los que han salido airosos de las pruebas anteriores, hay pocos que no sean capaces de encontrar esta fuerza. O bien se ha quedado uno en el camino en una de las etapas precedentes, o bien se triunfa también ahora. Lo esencial consiste en ver con claridad sobre el terreno, porque aquí es preciso encontrar su Yo superior en el verdadero sentido de la palabra. Hace falta decidirse rápidamente a seguir en todo la indicación del espíritu. Ya no hay tiempo para deliberar o para plantearse dudas. El más breve momento de vacilación demostraría que todavía no se está maduro. Todo lo que impida prestar oídos a los consejos del espíritu debe ser esforzadamente superado. La cualidad de la que es absolutamente necesario dar testimonio en esta situación es la presencia de ánimo, que es precisamente también la cualidad que, en esta fase de la evolución, se trata de llevar a la perfección. Todo lo que conduzca a pensar o a actuar por costumbre o por reflejo desaparece. Para no sentirse paralizado es necesario *no perderse a sí mismo*, porque no le queda a uno más punto de apoyo que uno mismo. Ninguno de aquellos que lean estas líneas sin estar familiarizados con estos temas debe dejarse desanimar por la prueba de verse arrojado sobre sí mismo de esta manera. Porque el que la supera conoce una profunda felicidad.

Aquí, al igual que en los otros casos, la vida ordinaria es ya para muchos hombres una disciplina oculta. Para aquellos que en la vida se han vuelto capaces de tomar una rápida decisión sin vacilar ante situaciones que se presenten de improviso, la propia existencia constituye de por sí una escuela. Las situaciones más favorables son aquellas de las que es imposible salir si no se toma una decisión sobre la marcha. Si, en un caso en que un minuto de vacilación podría causar una desgracia, ustedes son capaces de tomar una decisión inmediatamente, y si esta rapidez de decisión se ha convertido en

parte integrante de vuestro ser, ya han adquirido ustedes, inconscientemente, la madurez necesaria para afrontar la tercera prueba, porque ésta está destinada precisamente a perfeccionar la presencia del ánimo.

En las escuelas de ocultismo a esta prueba se la denomina “la prueba del aire”, porque el candidato se encuentra privado tanto del apoyo sólido de los impulsos venidos de fuera como de la ayuda de las percepciones espirituales de formas, colores, sonidos, etc., adquiridos en el curso de la preparación y de la iluminación. Queda reducido exclusivamente a sí mismo, a sus propias fuerzas.

Si el discípulo ha pasado satisfactoriamente esta prueba, entonces adquiere el derecho a penetrar en el “templo de los conocimientos superiores”. No haremos más que rozar someramente lo que habría que decir en este punto. Lo que espera al discípulo es a menudo representado como una especie de *juramento* que debe prestar; un juramento de no traicionar las enseñanzas secretas. Pero estas expresiones de “juramento” y “traición” no son en absoluto conformes a la realidad; pueden inclusive inducir a error. Porque en ningún modo se trata de un juramento en el sentido ordinario de la palabra: se trata más bien de una experiencia que afecta a esta etapa del desarrollo. Se aprende como poner en práctica, al servicio de la humanidad, las enseñanzas recibidas. Sólo entonces se empieza a comprender el verdadero sentido del universo. No se trata de callar las verdades superiores, sino más bien de saber cómo defenderlas con todo el tacto necesario.

Saber lo que es preciso callar es algo muy diferente. Esta notable cualidad se adquiere muy especialmente respecto a temas de los que hemos hablado con anterioridad y sobre todo de la manera en que se ha hablado de ellos. Sería un mal iniciado el que no pusiese sus conocimientos ocultos al servicio de la humanidad en la mayor medida posible. En este dominio, no hay otro obstáculo para las comunicaciones que se pueden hacer que la incomprensión de aquél a quienes se dirigen. Sin duda alguna, los misterios superiores no están ahí para servir de tema de cualquier discurso, pero no está “prohibido” hablar de ellos a quien se haya elevado hasta este grado de evolución. Ningún hombre, ningún ser le impone en este sentido un juramento. Todo se pone en manos del sentido de la responsabilidad del iniciado. En cada situación, es a él mismo a quien toca resolver sobre lo que debe hacer con lo que sabe, y la palabra “juramento” significa

simplemente que ha alcanzado la madurez necesaria para tener esta responsabilidad.

Si el candidato adquiere esta madurez, recibe lo que simbólicamente se llama "bebida del olvido", es decir, que llega a poseer el secreto de actuar sin dejarse en ningún instante turbar por la memoria inferior. Es indispensable para el iniciado, porque siempre debe tener plena confianza en el presente inmediato; debe poder rasgar el velo del recuerdo que se interpone entre el hombre y los hechos en cada instante de su vida. Si juzgo lo que se me presenta hoy según mis experiencias de ayer, me expongo a múltiples errores. Naturalmente, esto no quiere decir que sea preciso renunciar a la experiencia que la vida nos ha dado. Hay que servirse de ella de la mejor manera posible. Pero, como iniciado, se debe poder juzgar por sí mismo cada nuevo acontecimiento, y dejarlo actuar libremente sobre el espíritu, sin dejarse turbar por los recuerdos del pasado. Es necesario, que a cada instante yo esté dispuesto a lo que un ser o una cosa me pueda aportar como revelación enteramente nueva. Si evalúo lo nuevo según lo antiguo, estoy sujeto a error. Sin embargo, el recuerdo de las experiencias antiguas me resulta de una extrema utilidad, porque me permite ver lo nuevo. Si yo no tuviese ya una cierta experiencia de las cosas, es probable que determinadas cualidades de un objeto o de un ser que se presenten a mí se me escapasen por completo. La experiencia debe servir precisamente para ver lo nuevo, pero para juzgarlo según lo antiguo. El iniciado adquiere a este respecto facultades muy precisas que le revelan muchas cosas que permanecen enteramente ocultas para el no iniciado.

La segunda bebida que se ofrece al iniciado es la "bebida del recuerdo". Gracias a ella, le resulta posible tener siempre presentes en el espíritu las verdades superiores. La memoria ordinaria no bastaría para ello. Es preciso "hacerse uno" con estas verdades. No basta con conocerlas, deben integrarse con toda naturalidad en la acción viva como el alimento o la bebida en la vida física. Deben convertirse en ejercicio, en costumbre, en inclinación. Ya no debe ser necesario reflexionar sobre ellas en el sentido ordinario de la palabra. Deben expresarse por lo que es el hombre mismo, expandirse por todo su ser y convertirse en algo así como las funciones vitales de su organismo. De esta manera, realizará cada vez más espiritualmente el objetivo para el que la naturaleza le ha constituido físicamente.

ALGUNAS IDEAS PRÁCTICAS

Cuando un hombre trabaja en perfeccionar sus sentimientos, sus pensamientos, sus disposiciones interiores según los métodos descritos en los capítulos que hemos dedicado a la preparación, la iluminación y la iniciación, dota a su alma y a su espíritu de una estructura semejante a aquélla de que la naturaleza ha dotado a su cuerpo físico. Antes de que tenga lugar esta formación, el alma y el espíritu son masas no estructuradas. El clarividente las percibe bajo el aspecto de unos torbellinos nebulosos, de espirales que se entremezclan, dando la impresión de colores apagados que tiran a menudo hacia el rojo, el marrón rojizo o, a veces, el rojo amarillento. Una vez organizadas, estas masas comienzan a tomar un resplandor espiritual, matizado de verde-amarillo o de azul-verde, al mismo tiempo que presentan una estructura regular. El hombre accede a esta regularidad de estructura y, a través de ella, a los conocimientos superiores, ordenando sus sentimientos, sus pensamientos, sus disposiciones psíquicas, como la naturaleza ordena en él las funciones corporales para permitirle ver, oír, digerir, respirar, etc. Poco a poco, aprende a respirar y a ver por el alma, a oír y a hablar por el espíritu.

Citemos todavía aquí algunos aspectos *prácticos* más precisos de esta educación del alma y del espíritu. Son éstas, en el fondo, reglas que cada uno puede observar inclusive si no sigue las otras y que hacen avanzar en la ciencia del espíritu.

Particularmente, es preciso esforzarse en cultivar la *paciencia*. Cada movimiento de impaciencia paraliza y puede inclusive destruir las facultades superiores que duermen latentes en el hombre. No se debe esperar que de un día para otro se abran vastos horizontes sobre el mundo espiritual, porque así no se consigue nada en absoluto. Hay que saber estar contento del menor progreso, permanecer tranquilo y sereno hasta el fondo del alma. Es comprensible que el estudiante espere con impaciencia obtener resultados; sin embargo, nada se producirá hasta tanto no haya dominado esta impaciencia. De nada sirve combatirla, en el sentido ordinario de la palabra; por el contrario, eso no hace más que acrecentarla. De este modo no se conseguiría

más que ilusionarse hasta el punto de creerla desaparecida cuando en realidad no sería sino más fuerte en el fondo del alma. Para tener éxito, es preciso sumergirse continuamente en un pensamiento bien definido, haciéndolo totalmente suyo. Este pensamiento es el siguiente: "Ciertamente, yo debo hacer todo lo necesario para desarrollar mi alma y mi espíritu; pero esperaré con serenidad que las potencias superiores me juzguen digno de la iluminación que me corresponda". Si este pensamiento se enraíza en el hombre con la suficiente profundidad como para convertirse en un rasgo de su carácter, está en el buen camino. Esta disposición se refleja inclusive en su aspecto exterior: la mirada se vuelve tranquila; los movimientos seguros; las decisiones precisas; y todo eso que se llama nerviosismo va desapareciendo poco a poco. Así las pequeñas reglas de conducta que aparentemente son insignificantes pueden ejercer una acción considerable. Por ejemplo, alguien nos causa una ofensa; antes de nuestro ingreso en el camino, nos habríamos levantado contra el ofensor y la cólera habría invadido nuestra alma. Un discípulo, por el contrario, en situación semejante, se siente dominado por un solo pensamiento: "Esta ofensa no me quita nada de mi valor personal". Y toma las medidas necesarias para afrontar la situación con calma, serenidad, sin irritación. Naturalmente, no se trata de dejarse ofender sin protestar, sino simplemente de comportarse con tanta calma y sangre fría en el caso de una ofensa que nos alcanza personalmente como si ella hubiese sido dirigida contra otra persona en circunstancias tales que nosotros hubiésemos tenido derecho a reprobarla. Nótese una vez más que el progreso oculto no se manifiesta mediante un cambio llamativo de nuestro comportamiento, sino a través de una transformación sutil y silenciosa de nuestros sentimientos y de nuestros pensamientos.

La *paciencia* ejerce un verdadero atractivo sobre los tesoros del saber oculto, mientras que la impaciencia los rechaza. Con fiebre y agitación, no se puede adquirir nada en los dominios superiores de la existencia. Ante todo es preciso imponer silencio al deseo y a la avidez, actitudes del alma que espantan todo conocimiento superior. Por precioso que sea el conocimiento oculto no hay que desearlo; debe ser él el que venga a nosotros. Quien lo desea para hacer de él un bien propio no lo obtiene jamás.

A este objeto, es preciso ante todo ser *sincero* con uno mismo, no permitirse hacerse ilusiones respecto a las propias cualidades. Se debe

saber mirar de frente, con franqueza, las faltas de uno, sus debilidades, sus incapacidades. Desde el instante en que tú buscas una excusa para tus debilidades, levantas un obstáculo en el camino de tu progreso espiritual. De hecho, no se pueden evitar estos obstáculos sino mediante una mirada franca sobre uno mismo. No hay más que un medio de despojarse de los defectos y las debilidades, y este medio es mirarlos cara a cara. En el hombre duermen todas las posibilidades y se las puede despertar. El entendimiento y la razón son susceptibles de ser mejorados si se les estudia con sangre fría y con la calma necesaria para darse cuenta exacta de sus imperfecciones. Este conocimiento de sí mismo es naturalmente difícil porque la tentación de ilusionarse por cuenta propia no tiene límites. Pero el que se acostumbra a ser franco consigo mismo se abre las puestas de la percepción superior.

Todo tipo de vana curiosidad debe asimismo desaparecer en el investigador. Hasta donde sea posible, debe perder la costumbre de plantear preguntas por el solo deseo de apaciguar un deseo personal de conocimiento. No debe informarse más que de lo que puede perfeccionar su ser al servicio de la evolución. Esto no debe frenar por supuesto la alegría, el entusiasmo por el conocimiento. Todo cuanto sirva a este fin debe ser para él una exhortación que no sólo escucha con devoción, sino que debe buscar.

La formación oculta exige particularmente una educación del *deseo*. No se trata de procurar no desear ya nada, porque es natural que aspiremos a lo que debemos alcanzar, y un deseo se realiza tanto mejor cuanto más fuerza se pone en él; pero esta fuerza debe provenir del verdadero *conocimiento*.

"No ambicionar nada en un dominio antes de haber aprendido a conocer lo que es justo en él", tal es la regla de oro que debe seguir el discípulo.

El sabio aprende antes que nada cuáles son las leyes del universo; a continuación, sus deseos se transforman en fuerzas de realización. He aquí un ejemplo que lo prueba: Muchos hombres desean saber lo que ha podido ser su vida antes de su nacimiento. Un tal deseo no tiene objeto ni sentido mientras no se haya asimilado, mediante el estudio de la ciencia espiritual, el conocimiento de las leyes, así como la naturaleza de las cosas eternas, y esto bajo su forma más sutil. Cuando se ha adquirido realmente este conocimiento y a continuación se

quiere ir más lejos, entonces os colma un deseo ennoblecido y purificado.

Tampoco sirve de nada decir: “Pero yo quiero a toda costa conocer mi vida anterior, y es justamente con esta intención con la que trabajo para instruirme”. Más vale ser capaz de apartar de sí este deseo personal, eliminarlo totalmente y trabajar desde el principio con esta intención. Es preciso alimentar la alegría y el don de sí mediante el estudio, sin esta intención de índole personal. Solamente así se aprende al mismo tiempo a desarrollar el género de deseo que entrañará una realización.

ALGUNAS IDEAS PRÁTICAS-II

Desde que monto en *cólera* o me irrito, levanto una barrera que me aísla en el mundo físico, y las fuerzas que deben edificar mis órganos espirituales no pueden ya llegar hasta mí.

Por ejemplo, alguna persona me causa irritación. Mientras que estoy encolerizado, me es imposible percibir la corriente que su alma emite en el mundo físico. Hasta tal punto no le percibo, que soy todavía capaz de enfadarme. Mi irritación me la oculta. Pero tampoco hay que creer que basta con que no me irrite para percibir enseguida un fenómeno psíquico. Será necesario todavía que en mí se abra el ojo del alma. Ahora bien, en todos los seres humanos existen los rudimentos de este ojo. Pero permanece, sin embargo, inerte durante todo el tiempo en que el hombre tiene todavía capacidad de irritación. Por otra parte, no basta para activarlo con haber combatido un poco el sentimiento de la cólera. Es preciso continuar la lucha sin desmayo y proseguirla con paciencia. Y un día, repentinamente, se advertirá que el ojo interior se acaba de abrir.

A decir verdad, para llegar a esta meta, no basta únicamente con combatir la irritación. Muchos se abandonan a la impaciencia y a la duda porque, durante años, han combatido ciertas disposiciones del carácter y, sin embargo, no han adquirido la clarividencia. Efectivamente, han perfeccionado ciertos aspectos de su naturaleza, pero muchos más han dejado proliferar otros. El don de la clarividencia no aparecerá antes de que se haya dominado todo lo que representaba un obstáculo para el despertar de las facultades que permanecían aletargadas. Seguramente, la clarividencia y la clariaudiencia comienzan a despuntar antes, pero se trata de brotes infinitamente delicados, fácilmente sometidos a todos los errores, o bien que se marchitan muy deprisa si se les priva de los cuidados necesarios.

Entre las disposiciones adversas que hay que combatir tanto como la cólera y la irritación, citemos la tendencia al miedo, la superstición y los prejuicios, la vanidad y la ambición, la curiosidad y las confidencias desconsideradas, las barreras que se establecen entre los seres según

su rango, su raza o su origen. En nuestra época, apenas se puede comprender que combatir estos defectos tenga nada que ver con la purificación y pudiéramos decir, puesta a punto de las facultades de conocimiento. Pero todo ocultista sabe bien que este dominio tiene mucha más influencia sobre la evolución espiritual que las conquistas de la inteligencia y la práctica de ejercicios artificiales.

Sería fácil engañarse y llegar a creer que, para combatir el temor, es necesario convertirse en un ser locamente audaz, y que para vencer los prejuicios de raza o de clase no se debe hacer ninguna distinción entre los hombres. Se trata más bien de tener un juicio recto, lo que no es posible mientras se obedece a las prevenciones. Ya la simple reflexión nos muestra que, por ejemplo, el miedo a un fenómeno impide juzgarlo con claridad; de la misma manera, un prejuicio racista impide penetrar en el alma de un hombre. Esta simple reflexión debe ser meditada por el discípulo con finura y penetración.

Otro obstáculo para el entrenamiento en el ocultismo consiste en hablar sin haber aclarado previamente, mediante la reflexión, lo que se quiere decir, y aquí es preciso considerar un punto que sólo un ejemplo puede iluminar bien.

Si alguien me dice una cosa a la cual yo debo replicar, es preciso que me esfuerce en tener en cuenta su opinión, sus sentimientos, incluso sus prejuicios, antes que el argumento que me viene al espíritu. Hay en esto un refinamiento del tacto al que el discípulo debe consagrar sus más atentos cuidados. Debe aprender a discernir la importancia que tendrá para su interlocutor la respuesta que él le va a dar. No se trata de renunciar a lo que uno mismo piensa; no es ésta la cuestión en este momento; pero es preciso escuchar tan atenta y exactamente como sea posible lo que dice el otro y no dar forma a la propia réplica hasta después de haberle escuchado bien. En semejante caso, un pensamiento se viene siempre al espíritu del discípulo, y si dicho pensamiento se convierte en un rasgo de carácter, sabe que está sobre el buen camino. El pensamiento a que me refiero es el siguiente: “Lo importante no es que yo tenga una opinión distinta a la de este hombre, sino que él encuentra por sí mismo la verdad, gracias a lo que yo le puedo aportar.” A través de pensamientos semejantes, el carácter y la manera de actuar del discípulo adquieren una cierta *dulzura*, que es uno de los resortes esenciales de la disciplina oculta. Por el contrario, la *dureza* aparta de uno las formaciones astrales que deben

despertar la mirada del alma. La dulzura benevolente disipa los obstáculos y abre los órganos espirituales.

Con la dulzura se afianza muy pronto otro rasgo del carácter: la *atención* simpática y tranquila, dirigida sobre todos los matices de la vida interior de los seres que nos rodean, gracias al *silencio* perfecto de nuestros propios movimientos interiores. Si un hombre llega a este resultado, entonces lo que anima las almas que le rodean actúa sobre él de tal suerte que interiormente crece y se estructura, como la planta bajo la luz del sol. Dulzura y silencio, acompañados de verdadera paciencia, hacen que el alma acceda al mundo de las almas, y el espíritu al mundo de los espíritus.

"Espera en calma y el recogimiento, cierra tus sentidos a las impresiones que han recibido antes de que emprendieras tu educación interior. Haz callar entre tus pensamientos aquellos que habitualmente ocupaban tu alma. Haz que el silencio more en ti, y después espera pacientemente. La acción de los mundos superiores comenzará entonces a hacerse sentir, a edificar la mirada de tu alma y el oído de tu espíritu. No esperes ver ni oír enseguida en los mundos del alma y del espíritu. Porque lo que tu haces contribuye sólo a desarrollar tus sentidos superiores. Pero tú no serás capaz de ver con el alma y oír con el espíritu más que cuando poseas este sentido. Si has permanecido así, durante unos instantes, en un estado de espera tranquila y recogida, puedes irte a cumplir con tus obligaciones corrientes, una vez profundamente penetrado del siguiente pensamiento: "Un día me ocurrirá lo que me deba ocurrir cuando esté maduro para recibirlo". Porhíbete severamente toda tentativa de atraer hacia ti las potencias superiores por medio de tu voluntad arbitraria.

Tales son las indicaciones que todo estudiante de ocultismo recibe de su instructor a la entrada del sendero. Si las tiene en cuenta, se perfecciona; si no las observa, trabaja inútilmente. Ellas son difíciles más que para quien carece de paciencia y perseverancia. No existen en absoluto otros obstáculos que los que cada uno se crea a sí mismo y que, si verdaderamente se quiere y se intenta, se pueden evitar. Es necesario recordar sin cesar estas verdades, porque muchas personas se hacen una falsa idea de las dificultades que encuentra el discípulo. En cierto sentido, es más fácil franquear las primeras etapas de este sendero que acabar con las dificultades de la vida diaria si no se ha seguido este entrenamiento.

Además, no debemos hacer conocer aquí más que lo que es incapaz de hacer correr el menor peligro al equilibrio corporal y psíquico. Ciertamente, existen procedimientos más rápidos para llegar a la meta, pero el camino que nosotros indicamos no tiene nada en común con ellos, porque pueden tener ciertos efectos sobre el hombre que ningún ocultista experimentado puede desear. Como determinados aspectos de este procedimiento son entregados continuamente al público, tenemos el deber de poner expresamente en guardia a aquellos que quisieran practicarlos.

Por motivos que solamente un iniciado puede comprender, los procedimientos de esta especie no deberían ser comunicados públicamente bajo su forma verdadera, y en cuanto a los fragmentos que se revelan aquí y allá, no pueden tener ningún buen resultado; muy por el contrario, arruinan la salud, la felicidad y la paz interior. El que no quiere entregarse enteramente a potencias tenebrosas cuyo origen ni cuya verdadera esencia se pueden apreciar, debe evitar cuidadosamente dejarse prender por estos métodos.

Todavía podemos dar algunas indicaciones sobre el medio en que deben ser emprendidos los ejercicios de ocultismo. Porque es el caso que el medio ejerce una cierta influencia. Sin embargo, las condiciones varían para cada individuo. El que las practica en un medio que no esté lleno más que de intereses egoístas, por poner un ejemplo de las formas modernas de la lucha por la existencia, debe saber que esta atmósfera no deja de tener influencia sobre el desarrollo de sus órganos espirituales. A decir verdad, las leyes interiores que gobiernan estos órganos son bastante fuertes para resistir en parte la mala influencia del medio. El terreno más desfavorable no podría hacer que una semilla de flor de lis provocara el nacimiento de un cardo; del mismo modo, las ásperas luchas de intereses de nuestras modernas ciudades no podrían conseguir que un órgano espiritual se convierta en otra cosa que lo que debe ser. Pero, en todo caso, es algo excelente para el investigador rodearse de vez en cuando de la paz silenciosa, de la grave majestad y del encanto que encuentra en la naturaleza. Es particularmente favorable para el estudiante proseguir su desarrollo rodeado de una vegetación plena de verdor o en una comarca montañosa soleada, llena del encanto de una vida sencilla. Un medio semejante imprime en los órganos espirituales un crecimiento armonioso que es imposible realizar en nuestras modernas ciudades. El que, por lo menos en su infancia, ha respirado el aire de los abetos,

contemplando las cumbres nevadas, observando la actividad silenciosa de los insectos y de los animales en el bosque, está ya mejor situado que el hombre de la ciudad. Pero aquél cuyo destino es vivir en una ciudad no debe descuidar alimentar los órganos de su alma y de su espíritu mediante la lectura de páginas inspiradas de los grandes maestros de la sabiduría.

Si tus ojos no pueden seguir día a día la eclosión de la primavera en los jóvenes retoños del bosque, puedes encontrar una compensación alimentando tu corazón con los sublimes pensamientos del Bhagavad Gita, del Evangelio según San Juan, de Tomás de Kempis * y de las descripciones de la ciencia espiritual. Hay muchos caminos para alcanzar las cimas de la clarividencia, pero es preciso elegir entre ellos con discernimiento.

El iniciado tendrá que describir muchos aspectos del camino que pareciesen singulares a los no iniciados. Puede ocurrir, por ejemplo, que alguien haya avanzado mucho por el sendero; que toque, por así decirlo, el momento en que se van a abrir el ojo del alma y el oído del espíritu. Ahora bien, cabe la posibilidad de hacer entonces un viaje por un mar en calma o, a veces, por el contrario, por un mar agitado por la tempestad, y una venda cae de sus ojos. Bruscamente, se despierta a la visión. Otro ha llegado igualmente a un punto en que esta venda está a punto de caer, lo que produce mediante un repentino golpe de fortuna. Sobre otro hombre, este golpe repentino hubiese podido producir el efecto de paralizar su fuerza, adormecer su energía. Para el discípulo, marca el punto de partida de la iluminación. Un tercero espera, desde hace mucho tiempo, con paciencia; he aquí que hace años que espera, sin percibir los frutos de su trabajo; un día, está apaciblemente sentado en su habitación silenciosa, y de repente, se ve envuelto en una luz espiritual; las paredes desaparecen, se vuelven transparentes para la mirada del alma, y un nuevo universo se abre ante su mirada, en adelante es clarividente, y resuena en su oído, en adelante abierto al Espíritu.

*- La imitación de Cristo

LAS CONDICIONES DEL ENTRENAMIENTO OCULTO

Las condiciones que impone un entrenamiento en el ocultismo no han sido arbitrariamente establecidas por nadie. Ninguna persona ha impuesto en este terreno su voluntad personal. Ellas son el resultado de la naturaleza mismo del saber oculto. Así como un hombre no podría llegar a ser pintor si no supiese siquiera sostener un pincel entre sus manos, igualmente nadie podría recibir una formación ocultista si no consiente previamente en cumplir con las condiciones que los maestros de este saber consideran como indispensables. En el fondo, el instructor no podría en ningún caso hacer otra cosa que dar consejos, y es precisamente en este sentido como sería preciso acoger todo cuanto él diga. Y es que él mismo ha pasado ya por estas etapas preparatorias para el conocimiento de los mundos superiores. Por experiencia, sabe lo que es necesario. Por tanto, depende enteramente de la voluntad libre de cada uno recorrer o no estas mismas etapas. Si alguien quisiera recibir las instrucciones de un ocultista sin plegarse a las condiciones necesarias, actuaría como un joven que dijese a un profesor de pintura: “Enséñeme a pintar, pero ahórreme el esfuerzo de tomar un pincel en las manos”.

Por su parte, tampoco el instructor puede proponer nada si la libre voluntad del discípulo no viene a su encuentro. Sin embargo, hay que hacer notar que el vago deseo de poseer un conocimiento superior no es ya de por sí un móvil suficiente. Muchas personas poseen naturalmente este deseo, pero si no cuentan más que con esto, y no con la voluntad de plegarse a las condiciones *particulares* de la disciplina oculta, nada podría obtener. Es esto algo que deberían tener muy presente todos aquellos que se quejan de las dificultades que presenta el entrenamiento. Si usted no puede, o bien no quiere, cumplir con estas condiciones con todo rigor, es preciso que renuncie, al menos *provisionalmente*, a todo progreso dentro del ocultismo. A decir verdad, estas condiciones son *rigurosas*, pero no *duras*, por el

hecho mismo de que se las cumple mediante un acto que no solo debe ser libre, sino que exige esta libertad.

Si no se comprende bien este carácter del progreso oculto, las exigencias del instructor se presentarán fácilmente como un constreñimiento impuesto al alma y al espíritu. Al consistir la disciplina en un cultivo de la *vida interior*, es absolutamente necesario que el ocultista dé consejos que conciernen a esta vida interior. Pero no se debe considerar como un constreñimiento de las obligaciones a las que uno se somete libremente. Si alguien tuviese con un maestro una exigencia como ésta: "Comunícame tus secretos, pero dejándome con las mismas sensaciones, los mismos sentimientos y representaciones que he tenido siempre"; si alguien hiciese esto, estaría realmente reclamando una cosa por completo imposible de realizar. En el fondo, lo que estaría pidiendo sería simplemente que colmasen su curiosidad, su sed de conocimiento. Pero con una disposición semejante no se adquiere la ciencia secreta.

Y ahora debemos enumerar, siguiendo su orden, las condiciones que se imponen al discípulo. Pero, antes de hacerlo, insistamos en que ninguna de ellas exige una realización *total*. Lo único que se pide es el esfuerzo sincero de hacer lo necesario para lograr lo que se busca. Nadie puede cumplir por completo estas condiciones, pero sí depende de la voluntad de cada uno esforzarse para conseguirlo. Lo esencial es la voluntad y la decisión de comprometerse en esta vía.

La primera condición es la siguiente: es absolutamente necesario vigilar con sumo cuidado la salvaguardia de la propia *salud*, tanto la corporal como la espiritual. Naturalmente, no depende de un hombre el sentirse bien pero sí depende enteramente de él hacer lo necesario para conseguirlo. Un conocimiento sano sólo puede provenir de un organismo sano. La disciplina oculta no es que rechace a un candidato por falta de salud, pero sí exige al estudiante que tenga la voluntad de llevar una vida sana.

En este dominio, es necesario que se adquiera la mayor autonomía. Los buenos consejos de otro ___consejos que, lo más a menudo, no se pierden___ resultan, por regla general superfluos. Es a cada uno en particular a quien le toca velar por sí mismo.

Desde el punto de vista físico, se trata sobre todo de apartar de sí las influencias dañinas. Ciertamente, para cumplir con nuestros deberes, debemos imponernos a veces determinados esfuerzos que no son buenos para nuestra salud. Pero ¡cuántas cosas hay a las que se puede

renunciar con un poco de buena voluntad!. El deber sí debe, en muchísimos casos, ponerse por delante de la salud; a menudo inclusive por delante de la vida; pero el placer, *nunca*.

Para el investigador, el placer no debe constituir más que un *medio* de asegurarse la salud y la vida. En este dominio, es absolutamente necesario ser muy sincero y franco consigo mismo. De nada sirve llevar una vida ascética si ello se hace para buscar otros placeres. Es posible que se encuentre en el ascetismo una voluptuosidad semejante a la que otro pueda encontrar en la bebida. Pero, en este caso, no se debe esperar de este género de ascetismo que sirva para alcanzar los objetivos del conocimiento superior.

Muchas personas acusan a las condiciones de su existencia de dificultar su progreso. "En mi situación, suelen decir estas personas, me es absolutamente imposible evolucionar." Ciertamente, puede resultar deseable para muchos mejorar su situación, pero por otros motivos, porque, con vistas al progreso oculto, esta modificación no es en absoluto indispensable. Este objetivo lo que exige sencillamente es que se haga, precisamente en la situación en que uno se encuentra, todo lo necesario para la salud del cuerpo y del alma.

Toda tarea, cualquier trabajo, puede servir al conjunto de la humanidad. Posee ciertamente más grandeza reconocer que un trabajo, por ínfimo que sea, por mucho que se lo deteste, es útil para los demás, que decirse algo como esto: "Este trabajo es demasiado insignificante para mí, yo estoy hecho para otras cosas."

En todo caso, es de una importancia muy particular buscar un equilibrio espiritual perfecto. Un desequilibrio en los sentimientos o los pensamientos nos desvían inexorablemente de los senderos del conocimiento superior. La base necesaria de todo progreso es la calma y la claridad de pensamiento, la seguridad en las impresiones y los sentimientos. Y nada hay más contrario a esto que la atracción por todo lo que es fantástico, por la exaltación, el nerviosismo, la excitación, el fanatismo. Se debe adquirir un gran equilibrio frente a todas las situaciones que se puedan presentar en la vida; hay que saber conducirse con seguridad, y dejar que las cosas influyan y actúen tranquilamente sobre uno. En todo cuanto esto es necesario, se debe uno esforzar por depositar la confianza en la vida. Se debe evitar todo cuanto podría ser exagerado y parcial en los juicios o en los sentimientos. Si no se cumple esta condición, en lugar de penetrar en los mundos superiores reales, el investigador correría el riesgo de

encontrarse en un universo imaginario, donde, en lugar de la verdad, lo que reina son las fantasías y los prejuicios. Más vale un buen sentido, con los pies firmemente asentados en la tierra, que la exaltación o la imaginación desembridada.

La segunda condición es sentirse *miembro* de la vida universal. Cumplir esta condición comporta obligaciones múltiples. Sin embargo, cada persona sólo puede satisfacerlas a su manera.

Si yo soy, por ejemplo, educador, y mi alumno no responde a lo que yo espero de él, en principio no debo culparle a él sino a mí. Debo tener una conciencia tan profunda de ser uno con él, que me pregunte: las debilidades y defectos de mi alumno, ¿no son precisamente una consecuencia de mi manera de ser?. Y, en lugar de ponerme contra él, reflexionaré más bien en lo que debo hacer para que en lo sucesivo él responda mejor a mis exigencias. Este estado de espíritu va modificando poco a poco toda mi manera de pensar, tanto en lo referente a las pequeñas cosas como respecto a las grandes. En estas condiciones, considero por ejemplo a un criminal de otra forma que antes, suspendo mi juicio y me digo: "Yo soy un ser humano igual que él. Quizá solamente la educación que he recibido me ha preservado de seguir su misma suerte." Por este camino, llego a pensar que este hermano en humanidad hubiera podido llegar a convertirse en otra cosa si los maestros que se han preocupado por educarme a mí se hubiesen ocupado de él. Consideraré entonces que he gozado de un beneficio que a él le ha sido negado y que yo debo mi honestidad precisamente a unas circunstancias de las que él ha sido privado. Llegado a este convencimiento, ya no estaría muy alejado de la idea de que yo, miembro del organismo humano, soy solidariamente responsable de lo que le pasa en este organismo.

Esto no quiere decir que este pensamiento deba traducirse inmediatamente, mediante manifestaciones exteriores de agitación. Es por el contrario en el silencio del alma donde es preciso cultivarlo. A partir de entonces, la conducta del individuo empezará a impregnarse lentamente de él. En semejantes dominios, no se debe comenzar sino por reformarse a uno mismo. Nada resulta más estéril que pretender reformar a la humanidad imponiéndole exigencias generales. Es muy fácil tener la idea de lo que se debería hacer; pero el ocultista trabaja de una manera profunda y no superficial. Así pues, no sería justo querer establecer una relación entre esta condición puesta por los maestros y

una regla de conducta exterior; con mayor razón, política, que nada tiene que ver con la disciplina espiritual. En general los agitadores políticos saben muy bien lo que quieren exigir de otro; pero saben menos bien lo que se deben exigir a sí mismos.

Con la segunda condición se relaciona, naturalmente, la tercera. El discípulo debe llegar, a través de su esfuerzo, a ver que sus pensamientos y sus sentimientos tienen tanta importancia para el universo como sus acciones. Le es preciso reconocer que resulta tan nefasto odiar a un semejante como golpearlo. A través de esta conclusión llega naturalmente a comprender que, cuando trabaja en su perfeccionamiento interior, no trabaja únicamente para sí mismo, sino para el universo.

Si mis sentimientos y pensamientos son puros, el mundo saca de ellos tanto provecho como si mi comportamiento es justo. Mientras no tenga fe en la importancia que mi vida interior tiene para el universo, no valgo nada como ocultista. Yo no ejerzo esta fe con la importancia del alma y de la vida interior más que trabajando en desarrollarla como si se tratase de una acción al menos tan real como las acciones exteriores. Porque yo debo saber que cualquiera de mis sentimientos produce tanto efecto como un movimiento de mi mano.

Esta certidumbre encierra ya en sí la cuarta condición: adquirir la convicción de que la verdadera esencia del hombre no reside fuera, sino dentro de sí. El que no se considere más que como un producto del mundo exterior, un resultado de una serie de elementos físicos, no podría sacar de esta noción ningún progreso en ocultismo. Tener conciencia de ser un alma y un espíritu es la base de la disciplina. Si se progresa en este sentimiento, se llega a ser capaz de distinguir entre la obligación interior y el éxito exterior. Se comprende que no se pueda comparar inmediatamente el uno con el otro. El investigador debe encontrar el justo medio entre lo que las circunstancias exteriores le prescriben y lo que él juzga bueno para su comportamiento. Ciertamente no debe imponer a las personas de su entorno algo que éstas no puedan comprender, pero por otra parte, debe estar completamente desprendido del deseo de hacer únicamente lo que conviene a esas personas que le rodean. La confirmación de que está en la verdad no puede alcanzarla más que a través de su alma, si, con valor y lealtad, ella lucha por el conocimiento. Pero debe aprender de quienes le rodean todo cuanto le pueda resultar útil y provechoso. De

este modo, edificará en sí mismo lo que la ciencia oculta llama "la balanza espiritual". Sobre uno de los platillos de esta balanza se encuentra un "corazón ampliamente abierto" a las necesidades del mundo exterior; sobre el otro platillo, una "firmeza interior" y una "resistencia a toda prueba".

Estas condiciones anuncian ya la quinta condición: la perseverancia en el cumplimiento de una decisión una vez tomada. Nada debe hacer al discípulo renunciar a ella, salvo si constata con evidencia que se encuentra en el error. Porque cada resolución es una fuerza, e inclusive si esta fuerza no produce un resultado inmediato allí donde se la esperaba, ella actúa, sin embargo, a su manera. El éxito puede coronar una empresa nacida del deseo; pero las acciones nacidas del deseo y de la pasión no tienen ningún valor para el mundo superior. En este mundo, no hay más que un elemento determinante para la acción, y es el *amor*. En este amor todos los móviles que incitan al investigador a actuar deben tomar una forma viva. Entonces nada le desanimará; continuará infatigablemente transmutando sus resoluciones en acciones, por numerosos que puedan ser sus fracasos. De estos extraerá la lección de no esperar solamente resultados *exteriores* de sus actos, sino a encontrar una satisfacción en la acción misma. Aprenderá de este modo a ofrecer al mundo en sacrificio todas sus acciones e inclusive su ser todo entero, cualquiera que sea la manera en que el mundo acoja este sacrificio. Quien desee convertirse en un ocultista debe declararse dispuesto a llevar esta vida de abnegación.

La sexta condición es desarrollar un sentimiento del reconocimiento de todo lo que ocurra a uno. Hay que saber que la existencia que se ha recibido es un presente del universo entero. ¡Cuántas condiciones son necesarias para que cada uno de nosotros reciba la vida y pueda conservarla! ¡Cuánto debemos a la naturaleza y a nuestros semejantes!. Estos pensamientos deben hacerse naturales a los que quieran seguir la disciplina. El que no las cultive no podrá alimentar en sí el *amor universal* que es necesario para acceder a un conocimiento superior. Algo que yo no ame es incapaz de manifestárseme; y cada revelación debe penetrarme de gratitud, porque mediante ella resulto enriquecido.

Todas las condiciones antedichas deben reunirse en la séptima: concebir cada vez más la vida en el sentido que estas condiciones exigen. El discípulo se das a sí mismo, de este modo, la posibilidad de introducir la unidad en su existencia. Los diversos modos de actividad se armonizan y no se contradicen ya. Es así como se prepara para la calma que debe conquistar desde los primeros tramos del sendero.

Si alguien tiene la voluntad firme y sincera de llenar estas condiciones, que emprenda su entrenamiento espiritual. Está dispuesto a seguir los consejos que le den. Puede que algunos de ellos le parezcan simples formalidades externas. Quizá también no se esperaban formalidades tan rigurosas. Pero todo acto de la vida interior debe expresarse mediante un acto externo y, de la misma manera que a un cuadro no le basta con existir en la cabeza del pintor, igualmente no existe disciplina oculta sin manifestaciones exteriores. En realidad, sólo desprecian las formas exteriores las personas que ignoran que la vida interior debe llegar a expresarse hacia fuera. Cierto que lo que importa es el espíritu y no su forma, pero del mismo modo que la forma sin el espíritu no es nada, asimismo el espíritu que no puede crear una forma a su imagen es estéril.

Las condiciones impuestas al investigador tienen por objeto fortificarle con vistas igualmente a las exigencias ulteriores que la disciplina le debe imponer. Si él no ha cumplido las primeras condiciones, abordará con aprehensión toda nueva obligación; no tendrá la necesaria confianza en los hombres.

Ahora bien, es precisamente sobre la confianza y sobre un real amor por la humanidad sobre lo que se debe edificar toda búsqueda de la verdad. Esta debe, verdaderamente, tener en su base el amor por los hombres, aunque ella no pueda ser engendrada por este amor, sino sólo por nuestra propia fuerza interior. A continuación, el amor por el género humano debe extenderse progresivamente hasta el amor por todo ser, por toda manifestación de vida. El que no cumpla con las condiciones enunciadas no podrá experimentar un amor total hacia todo cuanto crea, edifica, ni toda la correspondiente repulsión por lo que destruye y aniquila. Porque debe uno llegar a ser incapaz de destruir por destruir, y esto no sólo en acción, sino inclusive en palabras, en sentimientos o en pensamientos.

Todo lo que es crecimiento, devenir, debe ser una alegría y no hay que comprometerse en un acto destructivo mas que cuando uno se sienta de este modo capaz de estimular así la eclosión de una vida nueva.

Con esto, no queremos decir que el discípulo tenga que asistir impasible al desencadenamiento del mal; por el contrario, él debe buscar hasta en el mal aquellos aspectos mediante los cuales se le pueda transformar en un bien. Adquiere cada vez más la certidumbre de que la mejor manera de combatir el mal y las imperfecciones es realizar el bien y la perfección. El sabe que nada puede surgir de la nada, sino que lo imperfecto puede ser transformado en perfecto. El que desarrolla en sí la tendencia a la actividad creadora encuentra muy pronto también el medio de comportarse convenientemente frente al mal.

El que se comprometa en el seguimiento de un entrenamiento oculto debe saber que tendrá por objetivo edificar y no demoler. Debe, pues, aportar a dicho entrenamiento una voluntad de trabajo sincera y desinteresada, y no de crítica destructiva. Debe ser capaz de *devoción*, porque cuando no se sabe todavía, hay que aprender y hay que mirar con respeto lo que se abre ante nosotros.

Amor al trabajo y devoción: tales son los sentimientos fundamentales que se le deben exigir al investigador. Más de uno constata que no avanza, o al menos así se lo parece, a pesar del trabajo que se toma. Esto resulta de que no ha comprendido el verdadero sentido del trabajo y de la devoción. Un trabajador tendrá tanto menos éxito cuanto más se le emprenda solamente con vistas al éxito, y el estudio hará avanzar menos deprisa cuanto menos acompañado vaya de la devoción. El único resorte del progreso es el *amor al trabajo*, no el amor al éxito. Si el estudiante intenta tener pensamientos justos y juicios seguros, que no recorte su devoción mediante la duda o la desconfianza.

Si se acoge la comunicación que se le hace a uno no repentinamente y sin meditarlo, por causa de una reacción personal, sino en un estado de ánimo tranquilo, respetuoso y confiado, no se trata en absoluto de una sumisión servil. Los que han obtenido algunos resultados en el conocimiento saben que lo deben todo, no a un juicio personal que se obstina sobre su posición, sino a su decisión de escuchar con calma y de elaborar a continuación lo que se ha recibido.

Se debe tener presente sin cesar en el espíritu que no se puede aprender nada de un hecho que se ha juzgado por adelantado. Si únicamente se quiere juzgar, en principio no se puede aprender ya nada. Es preciso tener la firme voluntad de convertirse en un

"discípulo". Si no se puede comprender algo, más vale abstenerse de juzgar que hacer un juicio falso; la comprensión vendrá más tarde.

A medida que se va ascendiendo por la escala de los grados del conocimiento, más se impone la necesidad de acoger las enseñanzas con calma y respeto. Toda actividad cognoscente, toda vida, toda acción en el mundo espiritual es infinitamente sutil y delicada en estas regiones superiores, comparada con las operaciones del entendimiento ordinario y de la vida en el mundo físico.

Cuanto más se amplía el campo de acción del individuo, más se cargan de sutileza las actividades que lleva entre manos. Y esto ocurre porque los hombres llegan a "opiniones" y a "puntos de vista" tan diferentes en lo concerniente a los mundos superiores. Sin embargo, en realidad no existe más que *una* opinión verdadera en lo que se refiere a las verdades supremas. Se puede acceder a ella elevándose a través del trabajo y la devoción hasta el punto en que se contempla la verdad bajo su real aspecto. Si uno se forma una opinión y mantiene que ésta es la única opinión verdadera, esto prueba que está insuficientemente preparado y que juzga todavía según sus preferencias, sus gustos, sus hábitos mentales.

No hay más que una manera de comprender un teorema matemático y lo mismo ocurre con las verdades del mundo superior. Pero antes que nada es preciso prepararse para poder llegar a tal "opinión". Si se reflexionase suficientemente sobre esto, las condiciones impuestas por el instructor no sorprenderían a nadie.

Es perfectamente exacto que la verdad y la vida superior residen en cada ser humano, y que cada uno puede y debe encontrarlas por sí mismo. Pero ellas se han retirado a una gran profundidad, y sólo después de haber apartado todos los obstáculos es cuando se las puede sacar de allí. ¿Cómo conseguirlo?. Sólo quien tiene la experiencia del ocultismo puede responder a esta pregunta.

La ciencia espiritual da consejos en este sentido. Ella no impone a nadie ninguna verdad ni promulga ningún dogma: indica un camino. En el fondo, cualquiera podría encontrar por sí solo este camino, pero quizá después de un buen número de encarnaciones. Se llega, sin embargo, a recorrer el camino, por medio del entrenamiento oculto. Gracias a él, el hombre alcanza antes el momento de actuar en los mundos en que su trabajo espiritual puede contribuir a la salvación y el desarrollo de la humanidad.

He aquí las primeras indicaciones que es preciso dar sobre la manera de adquirir la experiencia la los mundos superiores. En el siguiente capítulo, esta exposición va a ir seguida de explicaciones sobre el cambio que se produce en el curso de esta evolución en los elementos superiores de la naturaleza humana, es decir, en el organismo psíquico (cuerpo astral) y en el espíritu o cuerpo de pensamiento. Así, las comunicaciones precedentes serán iluminadas por una nueva luz y se podrá penetrar más profundamente su sentido.

ALGUNOS EFECTOS DE LA INICIACIÓN

SEGUNDA PARTE

Uno de los principios de una ciencia esotérica verdadera es que el que se consagra a ella debe hacerlo a plena conciencia. No debe emprender nada, practicar nada, sin saber cuáles son los efectos de lo que lo hace. Un ocultista que da un consejo o hace una indicación, hará siempre, al mismo tiempo, conocer lo que de ello resultará para el cuerpo, para el alma o para el espíritu del que busca el conocimiento superior.

Aquí no vamos a describir más que algunos de los efectos producidos por la disciplina sobre el alma del discípulo que la practica. Solamente quien haya recibido estas informaciones podrá llevar a cabo con plena conciencia los ejercicios que conducen al conocimiento suprasensible y convertirse en un verdadero ocultista. Este, el verdadero ocultista, no debe jamás tantear en la oscuridad. Si no se puede realizar el aprendizaje con los ojos abiertos, se puede uno convertir en un médium, pero no en un clarividente en el sentido que da a este término la ciencia espiritual.

El que pone en práctica los ejercicios indicados en los capítulos sobre la adquisición de los conocimientos suprasensibles, provoca antes que nada determinados cambios en su organismo psíquico. Este organismo sólo es perceptible por el clarividente. Se le puede comparar a una nube de una luminosidad espiritual y psíquica, más o menos grande, y en el centro de la cual se encuentra el cuerpo físico (1)

(1) Se encontrará también una descripción de esta nube en el libro del mismo autor, titulado: Teosofía. Una introducción al conocimiento suprasensible del mundo y del destino.

En este organismo psíquico, la visión espiritual ve desarrollarse los instintos, deseos, pasiones, representaciones, etc. Por ejemplo, el deseo sensual es experimentado en él como irradiación luminosa de un rojo oscuro y de una forma característica. Un pensamiento noble y puro

expresa por una suerte de emanación de un violeta rojizo. El concepto riguroso de un lógico produce la sensación de una forma amarilla de contornos netamente dibujados. El pensamiento confuso surgido de un cerebro nebuloso presenta, por el contrario, unas formas indecisas. Los pensamientos de las personas que se dejan llevar por los prejuicios, obstinadas, limitadas, tienen un dibujo duro, rígido, poco flexible, como fijado. Por el contrario, los de las personas que se abren fácilmente a las opiniones de otros aparecen con contornos móviles y cambiantes... Y así sucesivamente. (1)

(1) En todas las descripciones que siguen, es necesario acordarnos de que, cuando se habla de <<ver>> un color, se trata de una visión espiritual. Cuando el clarividente dice por ejemplo: <<Veo rojo>>, esto quiere decir lo siguiente: <<Experimento en mí espíritu y en mi alma algo que tiene el mismo valor que lo que experimento en mis sentidos físicos bajo la impresión del rojo>> Es solamente por analogía como el clarividente dice con toda naturalidad: <<Veo rojo>>.

Cuanto más trabaje uno en el progreso de su alma, más fácilmente tomará el organismo psíquico una estructura ordenada. La estructura es confusa e inorgánica en los hombres cuya vida interior no esta desarrollada. Pero, inclusive en un organismo psíquico sin estructura, el clarividente puede percibir un sistema organizado que resalta netamente sobre el entorno. Este sistema se extiende desde el interior de la cabeza hasta la mitad del cuerpo físico. Se comporta como una especie de cuerpo autónomo, provisto de determinados órganos. Estos órganos que van a ser descritos ahora se perciben espiritualmente en las cercanías de ciertas partes del cuerpo físico: el primero, entre los dos ojos, el segundo, en la región de la laringe, el tercero, en el corazón. El cuarto, cerca de la cavidad del estómago. Finalmente, el quinto y el sexto tienen su sede en la región abdominal. En lenguaje oculto, se les denomina <<ruedas>> o bien <<flores de loto>>; en sánscrito, <<chakras>>. Y, efectivamente, parecen ruedas o flores.

Pero, naturalmente, es preciso darse cuenta bien de que estas expresiones no son mucho más precisas que las que, por ejemplo, emplea la anatomía cuando habla de las <<alas de los pulmones>> (2)

(2) A esta sensación de <<Rotación>> hay que aplicarle las mismas observaciones que hemos hecho anteriormente respecto a la <<visión de los colores>>

En realidad, no se trata de <<alas>>. En ambos casos, no son más que analogías. En un individuo rudo, estas <<flores de loto>> son de castaño sombrío, fijos, inertes, mientras que en el clarividente están en movimiento y son de colores luminosos. En el médium presentan un aspecto análogo, pero por causas completamente diferentes, que no podemos explicar aquí.

Cuando un estudiante comienza a practicar los ejercicios, el primer efecto que se produce es que las <<flores d loto>> se iluminan; sólo más adelante comenzarán a girar y es entonces únicamente cuando comenzará a despuntar la facultad de clarividencia. Estas flores son, efectivamente, los órganos sensorios del alma y su rotación corresponde al hecho de que se tienen percepciones suprasensibles. (1)

(1) En alemán, <<Lungenflûgel. En español se habla por ejemplo de <<las aletas de la nariz>> (N. del T.)

No se podrá contemplar nada perteneciente al mundo de lo suprasensible antes de que los sentidos astrales se hayan formado de esta manera.

El órgano sensorial de naturaleza espiritual que se encuentra en las cercanías de la laringe permite ver en espíritu la manera de pensar de otro hombre; permite también echar una mirada profunda a las verdaderas leyes que sostienen los fenómenos naturales.

El órgano cercano al corazón abre un sentido clarividente para conocer el estado de ánimo de otro. Quien lo desarrolle puede también descubrir ciertas fuerzas profundas en los animales o en las plantas.

Mediante el sentido que se sitúa en las proximidades de la cavidad estomacal, se perciben las facultades y los talentos de que están dotados los hombres; además, gracias a él se descubre el papel que los animales, las plantas, las piedras, los metales, los fenómenos atmosféricos representan en la economía de la naturaleza.

El órgano cercano a la laringe posee seis <<pétalos>> o <<rayos>>; el de la región del corazón, doce: el de la cavidad estomacal, diez.

Ahora bien, hay determinadas actividades del alma que se relacionan con el desarrollo de estos órganos suprasensibles. Y el que pone manos a la obra con método en estas actividades contribuye a la eclosión de estos órganos espirituales.

En la <<flor de dieciséis pétalos>>, ocho pétalos han sido ya formados en una pasado muy lejano, en una etapa anterior de la evolución. El hombre no ha tomado parte personalmente en esta formación. La ha recibido como un don natural, cuando se estaba todavía en un estado de conciencia vaga y próxima al sueño. En esta etapa de la evolución, los ocho primeros pétalos estaban en actividad. Pero este tipo de actividad no estaba adaptado más a este estado de conciencia oscura. Cuando la conciencia humana se haya iluminado los pétalos se han oscurecido y se ha detenido su actividad. En cuanto a los otros ochos pétalos, es al propio hombre a quien toca desarrollarlos mediante ejercicios conscientes. Toda la flor se vuelve entonces luminosa y móvil.
La adquisición de determinadas cualidades está ligada al desarrollo de cada uno de los dieciséis pétalos. Pero, como ya hemos dicho, no hay más que ocho que el hombre pueda desarrollar conscientemente; los otros ocho aparecen por sí mismos.

El desarrollo se produce de la manera siguiente: hay que dirigir toda la atención y todos los cuidados hacia ciertas actividades del alma a las que habitualmente no se presta atención. Estas actividades son ocho, y son las siguientes:

En primer lugar, la manera de adquirir las representaciones. En este aspecto se tiene la costumbre de abandonarse enteramente al azar. Según lo que se ve o se oye por las buenas se forman ideas y conceptos. Durante todo el tiempo en que se actúe de este modo, la flor dieciséis pétalos permanece inerte. Solamente entra en actividad cuando se toman las riendas de la propia educación en este sentido. Para conseguir esto, es preciso vigilar las propias representaciones. Cada una de ellas debe tomar importancia. Es preciso ver en ellas un mensaje precioso, una información concerniente a las cosas del mundo exterior, y no contentarse con representaciones que no tengan este valor. Toda la actividad conceptual debe tender a ser un fiel reflejo del mundo exterior y es preciso desterrar del alma las representaciones inexactas.

La segunda actividad del alma es la que concierne a la manera de tomar decisiones. Uno no debe determinarse a hacer nada, ni siquiera en las cuestiones insignificantes, sino después de sopesado las razones seria y fundamentalmente. Se debe descartar todo acto irreflexivo, toda

acción sin finalidad. Es preciso tener motivos muy serios para actuar o renunciar a aquello para hacer lo cual no habría razones válidas.

La tercera actividad se expresa en la manera de hablar. Toda palabra que salga de vuestros labios debe tener sentido y significación. Nada aparta tanto del buen camino como la funesta costumbre de hablar por hablar. Es preciso evitar esa banalidad que son las conversaciones en que se sacan a colación y se mezclan todos los temas. Lo cual no quiere decir que se deba cortar toda relación con los semejantes; por el contrario, es precisamente en estos intercambios donde se aprende a dar sentido a las palabras. Se habla y se responde a todos pero no se hace pensando en ello y reflexionando en las consecuencias de lo que se dice. Jamás debe decirse nada a lo que salga y hay que procurar no hablar ni demasiado ni demasiado poco.

La cuarta actividad del alma concierne a la manera de ordenar las acciones exteriores, a fin de que ellas se armonicen con el conjunto del medio y con las acciones de los demás. El estudiante de ocultismo debe renunciar a todo cuanto pueda turbar a los otros, o entrar en contradicción con lo que se hace a su alrededor. Se esfuerza en organizar su vida de manera que ésta se armonice con todo lo que la rodea.. Cuando una motivación exterior lo determina a actuar, debe examinar con cuidado los medios de realizar lo mejor posible su determinación. Cuando actúa por sí mismo, sopesa con la máxima claridad las consecuencias de su comportamiento.

El quinto punto consiste en la organización que hay que dar a la vida entera. El estudiante intenta vivir conforme a las leyes de la naturaleza y del espíritu. Entre la precipitación y la desgana, procura guardar un justo medio. Ve la vida como un medio de trabajo y se comporta en consecuencia. El cuidado que se toma por su salud, las costumbres que contrae, todo ello tiene por objetivo hacer que su vida sea armoniosa.

La sexta actividad concierne a la manera de regular el esfuerzo humano. El discípulo examina concienzudamente sus facultades, sus posibilidades; pero tampoco se olvida de nada de lo que está dentro de los límites de sus fuerzas. Por otra parte, se fija unos objetivos que forman parte integrante del ideal y de los deberes superiores del ser humano. No acepta representar, en la maquinaria social, el papela de un engranaje ciego, sino que intenta comprender cuales son sus tareas y a ver por encima de la vida de todos los días. En este sentido se

esfuerza por atender a sus obligaciones de una manera cada vez mejor y más perfecta.

Mediante la séptima actividad, se esfuerza por aprovechar lo mejor posible las lecciones de la vida. En nada se compromete o con nada se relaciona sin buscar en ello la ocasión de adquirir una experiencia preciosa. Si ha actuado de una manera injusta o imperfecta, se sentirá impulsado a enderezar sus errores en otra ocasión. Con este mismo fin, mirará las acciones de otros. Por este medio, intentará recoger un precioso tesoro de experiencias del que poder extraer consejos en lo porvenir; y no hará nada sin referirse a las experiencias que puedan prestarle algún apoyo en las decisiones que tenga que tomar o en su manera de actuar.

Finalmente, en el octavo lugar, el estudiante de ocultismo debe hacer, de vez en cuando, un examen de su alma, sumergirse en sí mismo, pedirse consejo a sí mismo, establecer y examinar los principios que dominan su existencia, pasar revista a sus conocimientos, sopesar sus deberes, en una palabra, meditar sobre el sentido y el fin de su existencia. Ya hemos hablado de todas estas cosas en lo que precede; ahora volvemos sobre ello en función con el desarrollo de la <<Flor de dieciséis pétalos>>. Veracidad, rectitud, lealtad, son fuerzas constructivas; mentira inveterada, falsedad, deslealtad son fuerzas destructivas que obstaculizan en particular la eclosión de la flor de dieciséis pétalos.

En este dominio el discípulo debe saber no solamente cuenta la buena intención, sino los hechos, las realidades. Si yo pienso o digo algo que no se corresponde con la realidad, destruyo uno de los elementos de mis órganos espirituales, tan excelente que, por mi parte, pueda parecerme mi intención. Es algo similar a lo que ocurre al niño que se quema porque toca el fuego, aunque haya actuado con ignorancia.

Cuando se estimulan estas actividades del alma de la manera que acabamos de describir, la <<Flor de dieciséis pétalos>> comienza irradiar colores maravillosos y a tomar un aspecto regular. Sin embargo, hagamos notar aquí que el don de clarividencia no puede aparecer antes de que la formación del alma haya alcanzado un determinado nivel. Mientras que cueste trabajo orientar la propia vida en esta dirección, ese don no aparece. Mientras que las actividades que acaban de ser descritas reclaman una vigilancia particular, no se está maduro para la percepción espiritual. Es preciso haber llegado a vivir de esta manera tan espontáneamente como el hombre ordinario vive según

sus costumbres, para que se presenten los primeros rudimentos de la clarividencia. Hay que llegar a encontrar completamente natural esta forma de vivir y a que ella no cueste ya el menor esfuerzo. No se debe ya tener necesidad de recuperar el dominio de sí mismo constantemente ni de constantemente estimularse, para actuar como conviene, esta nueva manera de ser debe convertirse en un hábito.

Hay una especie de <<recetas>> para desarrollar de otra manera la <<flor de dieciséis pétalos>>. Pero la verdadera ciencia oculta las rechaza, porque no son más que el triste resultado de arruinar la salud del cuerpo y de abolir el sentido moral. Ellas quizá más fáciles de poner en práctica que las indicaciones dadas con anterioridad y cuya observación, a veces muy dificultosa, requiere verdaderos esfuerzos; pero conducen con toda seguridad a la finalidad que se busca y fortifican moralmente.

La formación anormal de una <<flor de loto>> tiene por consecuencia no sólo engendrar ilusiones y fantasmas en el caso de que aparezca una cierta clarividencia, sino también toda clase de perturbaciones en la vida ordinaria. Ella puede volverle a uno susceptible, envidioso, arrogante, vanidoso, egoísta, aunque con anterioridad no se tuviese ninguno de estos defectos.

Como ya hemos dicho, ocho de los pétalos de la <<flor de dieciséis pétalos>> han sido ya formados en un pasado lejano y ellos se por sí mismos en movimiento en el curso de la disciplina oculta. Los esfuerzos que se hacen deben pues concentrarse sobre los ocho pétalos. Si el entrenamiento se practica mal, los pétalos desarrollados en el pasado se vuelven a poner de nuevo fácilmente en acción, y los que deberían estar formados permanecen inertes. Es el caso especialmente cuando no se fortifica suficientemente el pensamiento lógico y el buen sentido en el curso del entrenamiento. Es de la mayor importancia que el estudiante en ocultismo tenga un pensamiento abierto y claro y no menos importante es que esta claridad se refleje en lo que dice.

Aquellos que comienzan a entrever algún vislumbre o reflejo de los mundos suprasensibles, parlotean de buena gana sobre estos temas. Con ello no consiguen otra cosa que obstaculizar su evolución normal. Cuando menos se hable, mejor. Sólo el que hubiese alcanzado un cierto grado de claridad debería tener derecho a hablar.

Al principio de la enseñanza, los estudiantes se quedan verdaderamente asombrados de ver que los relatos que ellos hacen de sus experiencias no despiertan apenas curiosidad de los que ya tienen una formación espiritual. Lo más sano para ello sería ciertamente guardar silencio sobre lo que han experimentado y hablar únicamente de la dificultad o de la facilidad que tienen en practicar los ejercicios y seguir las reglas de conducta. Porque, para juzgar sus progresos, aquel que tiene ya una formación espiritual debe acudir a cualesquiera otras fuentes antes que a los que ellos digan de sí mismos. Porque estos relatos tienen por resultado endurecer un poco los ocho pétalos en cuestión, que deberían permanecer esencialmente suaves y flexibles.

Un ejemplo nos va a servir para comprender esto mejor. Para obtener mayor claridad, pidámosla no a la vida suprasensible, sino a la vida ordinaria. Supongamos que me entero de una noticia y que, en seguida, me formo una opinión y hago un juicio sobre el tema. Si, poco tiempo después, tengo otras informaciones sobre el mismo acontecimiento que contradicen la primera, heme aquí forzado a modificar mi juicio. Esta precipitación a la hora de emitir un juicio ejerce una influencia perjudicial sobre mi<<Flor de loto de dieciséis pétalos>>. Las cosas hubiesen sucedido de una manera totalmente distinta, si me hubiese callado—interiormente, en mis pensamientos; exteriormente, en mis palabras—, hasta que hubiese estado suficientemente informado para poder establecer un juicio. Lo que debe ir constituyendo progresivamente una de las características del discípulo es la manera circunspecta de formar y de formular juicios. De este modo se va volviendo cada vez receptivo al respecto a las impresiones y experiencias que deja desfilar silenciosamente por delante de sí, para recoger todos los datos de un juicio, si es que hay verdaderamente lugar para sacar uno.

Esta prudencia hace aparecer, en los pétalos de la <<flor de loto>>, una coloración de un rojo azulado o rosado, mientras que, en el caso contrario, el rojo se vuelve sombrío o anaranjado.

La formación de la <<flor de loto de doce pétalos>> en la región del corazón se lleva a cabo de una manera análoga a la de la flor de dieciséis pétalos. (1)

(1) (En las condiciones indicadas para el desarrollo de la flor <<de dieciséis pétalos>>, se reconocerán las enseñanzas de Buda a sus discípulos con respecto al <<Sendero>>. Pero aquí no nos proponemos enseñar el budismo. Estamos

describiendo las condiciones del desarrollo que emanan de la ciencia espiritual. Si ellas concuerdan con determinadas instrucciones de Buda, ello no impide que sean verdaderas, por sí mismas.)

También en ella la mitad de los pétalos estuvieron en actividad durante una fase anterior de la evolución humana. Estos seis pétalos no tienen pues necesidad de ningún cuidado especial por parte del estudiante. Aparecen y entran en rotación espontáneamente, desde el momento en que él empieza a trabajar sobre los otros seis. Para favorecer este crecimiento, debe dar conscientemente a determinadas actividades interiores una orientación particular.

Hay que darse cuenta bien de que las informaciones suministradas por cada uno de estos sentidos espirituales o psíquicos tienen todas las características diferentes. Las percepciones de los doce pétalos son completamente distintas que las de la flor de dieciséis pétalos. Este percibe formas. Los pensamientos de los hombres y las leyes que rigen un fenómeno natural se le aparecen bajo la forma de unas figuras. Se trata sin embargo de formas inmovibles, pero movedizas y llenas de vida.

El clarividente que ha desarrollado este sentido puede reconocer la forma de cada pensamiento, de cada ley de la naturaleza. Un pensamiento de venganza, por ejemplo, toma una forma acerada, como una flecha; mientras que un pensamiento benevolente tiene a menudo la forma de una flor que se abre, y así sucesivamente. Los pensamientos precisos, llenos de sentido, tienen contornos simétricos y regulares. Los correspondientes a conceptos confusos son indecisos y vagos.

Otras muchas percepciones nacen de la flor de doce pétalos. Se las puede caracterizar de una manera aproximada diciendo que producen una sensación psíquica equivalente a la del calor o del frío. Las figuras que percibe un clarividente cuando posee la flor de dieciséis pétalos le procuran entonces un efecto psíquico de calor o de frío.

Imaginad un clarividente que no posee todavía más que la flor de dieciséis pétalos, pero aún no la flor de doce pétalos. Ante un pensamiento benevolente no verá más que la figura descrita anteriormente. Pero el que haya desarrollado los dos órganos, experimenta además esta emanación que no se puede calificar de otra forma que como calor del alma.

Nótese de paso que, en la disciplina oculta, no se desarrolla jamás un sentido aisladamente, de suerte que el ejemplo que acabamos de poner, completamente excepcional, hay que tomarlo como destinado sólo a hacer comprender mejor.

Mediante el desarrollo de la <<flor de doce pétalos, el clarividente adquiere una comprensión profunda respecto a fenómenos naturales. Todo cuanto expresa un crecimiento, un desarrollo, desprende para él calor psíquico: todo lo que se marchita, languidece y muere hace un efecto de frío psíquico.

Este sentido se cultiva de la manera siguiente:

El primer punto al que el discípulo se debe dedicar es a regular el curso de sus pensamientos. De la misma manera que la flor de dieciséis pétalos resulta estimulada por los pensamientos verídicos y llenos de sentido de la realidad, la flor de doce pétalos resulta influenciada por el dominio, por parte del alma, del curso de la ideas. Los pensamientos vagabundos que se encadenan al azar sin ritmo ni razón deforman la estructura de este órgano. Una sucesión consecuente de pensamientos exentos de todo egoísmo conserva a este órgano en la forma conveniente. Cuando se oye expresar sentimientos ilógicos, se debe uno representar inmediatamente la que sería su forma lógica. No se debe,, por motivos egoístas, romper con un ambiente de personas ilógicas, con intención de favorecer el propio progreso personal. Ni tampoco se debe uno sentir impulsado a corregir sobre la marcha todo lo que parezca ilógico de cuanto hay alrededor. Más bien hay que esforzarse silenciosamente en dar una forma lógica a los pensamientos que se apoderan de uno, provenientes del exterior, y conservar en toda circunstancia esta orientación lógica.

En segundo lugar, se trata de lograr que el propio comportamiento se vuelva también completamente consecuente, en el control del comportamiento. Toda inestabilidad, cualquier discordancia en las actividades, tiene por consecuencia marchitar la flor de loto de la que estamos hablando. Después de una acción, el estudiante de ocultismo cuidará de que la acción siguiente sea la consecuencia lógica de la primera. Nunca podrá adquirir este sentido quien actúe hoy de una manera y mañana de otra.

La tercera cualidad consiste en cultivar la perseverancia. El estudiante no se dejará desviar por ninguna influencia del camino hacia la meta

que persigue, durante un tiempo mayor al que él mismo considere como justo. En lugar de plantearle dificultades, los obstáculos le estimularán.

La cuarta cualidad es la paciencia o la tolerancia para con los demás, los otros seres y también los acontecimientos. El estudiante reprimirá toda crítica superflua, respecto a lo que le parezca imperfecto, indigno o malo. Intentará más bien comprenderlo todo. De la misma manera que el sol no retira su luz al malvado, asimismo la simpatía comprensiva del ocultista se ejerce sobre todo cuanto se aproxima a él. Si se encuentra en presencia de algo que le parezca mal, no se deja llevar enseguida por el deseo de condenarlo, sino que acepta su necesidad e intenta convertirlo en algo bueno en la medida de sus fuerzas. En cuanto a las opiniones diferentes a las suyas, no las considera sólo desde su propio punto de vista, sino que se esfuerza por ponerse en el lugar del otro.

La quinta cualidad es la ausencia de prevención frente a los fenómenos de la vida. A esto se le llama <<fe>> o <<confianza>>. El ocultista se acerca a cada ser humano, a cada ser viviente, con esta confianza de la que impregna todas sus acciones. Jamás se dice, cuando se entera de algo: <<Esto no lo creo, porque es algo completamente contrario a mis opiniones>>. Está, más bien, siempre dispuesto a reconsiderar, y a reformar si es necesario, su propia manera de ver las cosas. Se mantiene en un estado de receptividad frente a todo cuanto se presenta frente a él. Y tiene confianza en la eficacia de lo que emprende, la vacilación y la duda están como desterradas de su carácter. Si concibe un proyecto, tiene confianza en la fuerza de este proyecto. Cien fracasos no conseguirán apagar en él esta confianza; se trata, ni más ni menos, que de la fe que es capaz de mover montañas.

La sexta cualidad consiste en adquirir un cierto equilibrio (igual de humor). El ocultista se esfuerza por conservar su buen humor tanto en la pena como en la alegría. >Pierde la costumbre de oscilar entre el abatimiento sombrío y la alegría inmoderada. La desgracia y el peligro lo encontrarán tan dueño de sí como la dicha y la prosperidad.

Los lectores de obras de ciencia espiritual reconocen sin duda, en lo que acabamos de describir, los <<seis atributos>> que deben desarrollar el candidato a la iniciación. Sería preciso ponerlos en relación aquí con la <<flor de doce pétalos>>

La disciplina oculta puede ofrecer todavía prescripciones especiales para el desarrollo de la flor de loto. Pero inclusive en este caso, la

formación de la estructura normal de este órgano sensorial depende del desenvolvimiento de las cualidades enunciadas más arriba. Si se ha olvidado cultivarlas, este órgano puede resultar completamente deformado y, cuando aparezcan una cierta clarividencia, estas cualidades se pueden convertir no en algo bueno, sino en algo malo. El hombre se puede volver especialmente intolerante, crítico, negativo. Puede, por ejemplo, experimentar los estados de espíritu de otros hombres y, por esta causa, huir de ellos u odiarlos. Puede llegar inclusive, por causa del frío psíquico que le sumerge cuando se encuentra frente a opiniones contrarias a las suyas, a no poder ya ni siquiera oírlas proferir o a echar a correr si las oye.

Si, a todo cuanto hemos dicho, se añade la observación de ciertas reglas que el instructor sólo puede comunicar oralmente al discípulo, el desarrollo de la <<flor>> puede acelerarse; sin embargo, las indicaciones dadas aquí hacen entrar plenamente en la verdadera disciplina oculta. Es extraordinariamente precioso, inclusive para aquel que no quiera o no pueda someterse a esta disciplina, orientar su existencia en el sentido indicado, porque el efecto sobre su organismo psíquico se produce con toda seguridad, aunque lentamente. En cuanto al discípulo, la observación de estos preceptos resulta indispensable para él.

Si trabajase en su formación oculta sin conformarse con estos principios, penetraría en los mundos superiores sin ser capaz de ver claro dentro de ellos; en lugar de percibir la realidad, sería víctima de errores y de ilusiones. Sin duda, se habría convertido en clarividente en un cierto sentido, pero, en el fondo, en más ciego que en el pasado. Porque antes encontraba siquiera una base sólida en el mundo sensible, mientras que, al presente, lo que ve detrás del mundo sensible le hace cometer errores respecto as la realidad física, antes de haber adquirido la seguridad necesaria en los mundos superiores. Podría llegar hasta no distinguir ya lo verdadero de lo falso y a perder toda dirección en su existencia.

Precisamente por esta razón, la paciencia se torna indispensable en este dominio. Hay que pensar siempre la ciencia espiritual no tiene derecho a llegar más lejos en su enseñanza mientras que el discípulo no esté verdaderamente decidido a un desarrollo normal de las <<flores de loto>>. Porque, si estos órganos llegan a desarrollarse antes de haber adquirido, mediante una maduración progresiva y tranquila, la

forma que debe tener, se verán surgir verdaderas caricaturas. Las indicaciones especiales que da la ciencia espiritual llevan a la maduración de estas formas, pero la regularidad de su estructura depende de la manera de vivir que nos hayamos pergeñado.

El cuidado del alma que necesita el desarrollo de la <<flor de diez pétalos>> es de un carácter particularmente delicado, porque aquí se trata de llegar a dominar, a controlar las propias impresiones sensoriales. Este control es particularmente necesario en los inicios de la clarividencia. Solamente así se podrá evitar una fuente de innumerables ilusiones y de acciones arbitrarias en el mundo espiritual.

El hombre generalmente, no se da cuenta exacta de las influencias que determinan las ideas o reminiscencias que le vienen a cada instante; él no ve lo que las ha provocado. Pongamos un ejemplo: una persona viaja en ferrocarril. Está absorbida en una idea, pero, súbitamente, su pensamiento sigue otro derrotero. Se acuerda de una cosa que le sucedió hace mucho tiempo. Este recuerdo hace irrupción en su mente y se mezcla con sus pensamientos actuales. Ahora bien, la persona en cuestión no ha caído en la cuenta de que, cuando miraba por la ventanilla, sus ojos han caído sobre una persona que se parecía a uno de los protagonistas de aquella vieja historia y que ha sido precisamente por eso lo que ésta le ha venido a la memoria. No tiene la menor consciencia de lo que ha visto, sino sólo de las consecuencias de esta rápida impresión. Cree pues, de buena fe, que este recuerdo ha llegado solo a su mente. ¡Cuántas cosas ocurren así en la vida, cuantas veces los recuerdos de nuestras experiencias y de nuestras lecturas vuelven a nosotros sin que seamos capaces de saber por qué! Ocurre por ejemplo que alguien no puede soportar determinado color, pero ha olvidado por completo por qué razón. La razón era cuando era pequeño, el preceptor que le había atormentado, llevaba un traje de ese color. Innumerables ilusiones reposan sobre asociaciones de ideas de este tipo; innumerables impresiones se inscriben en el alma sin llegar a la conciencia.

El caso siguiente se puede asimismo producir: una persona lee en el periódico la noticia de que una personalidad muy conocida ha fallecido y sostiene que ella ha tenido la víspera el presentimiento de esa muerte; aunque no hay visto ni oído nada que pudiera llevarle a esa idea. Y es cierto que, la víspera, le había sobrevenido por sí sola la idea

de que esa personalidad no tardaría en morir. Pero no ha tenido en cuenta un pequeño hecho: algunas horas antes de que ese pensamient6o se le viniera a las mientes, este hombre o esta mujer se encontraba de visita en casa de un amigo o amiga. Había un periódico abierto sobre la mesa. El o ella no lo leyó, pero inconscientemente sus ojos han registrado la noticia de que aquella personalidad estaba gravemente enferma. La impresión han entrado en él o en ella sin que se diera cuenta, pero ha sido precisamente la causa de su <<presentimiento>>

Si se medita sobre estas cosas, se comprenderá hasta qué punto constituyen una fuente abundante de ilusiones y de fantasías. Es preciso conseguir que esta fuente deje de manar, si se quiere ver abrir la <<flor de diez pétalos>>. Porque esta flor permite entrar en las almas humanas para percibir sus cualidades profundamente ocultas. Sin embargo, no hay que tener estas percepciones por verdaderas más que si se está completamente liberado de las ilusiones debidas a las impresiones inconscientes. A tal fin, es necesario adquirir el dominio y el control de las impresiones que nos llegan del mundo exterior. Es preciso llegar, en este dominio y control, hasta el punto de poder ser capaz de cerrarse a aquellas sensaciones a las que obtener más que mediante un reforzamiento de la vida interior. Debe depender de nuestra voluntad que solo los objetos sobre los que dirigimos nuestra atención tengan poder para impresionarnos y de que nos hurtemos al afecto de las impresiones que no queremos tener. Hay que ver lo que se quiera ver y, allá hacia donde dirijamos nuestra atención, no debe en realidad suceder nada para nosotros. Cuanto más enérgico e intenso sea el trabajo interior, más posible será que se alcance esta facultad.

El estudiante en ocultismo no se debe dejar llevar sin pensamiento a ver u oír cualquier cosa. Para él no existe más que lo que él quiera oír o escuchar. Debe ejercitarse a permanecer sordo, en medio del mayor tumulto, a todo cuanto no quiera oír, a cerrar su mirada a los objetos que no observa intencionadamente a todas las impresiones inconscientes.

Deberá dedicarse con un cuidado especial a vigilar directamente, de esta manera, el curso de sus pensamientos. Elegir un pensamiento cualquiera y, a continuación, intentar no seguir con plena conciencia y en perfecta libertad, más que lo ataña a este pensamiento, rechazando toda distracción. Si, ante un pensamiento, se siente tentado de seguir

el rastro de otro, debe buscar cuidadosamente de donde le ha venido este segundo pensamiento.

Puede llegar todavía más lejos. Cuando experimente por ejemplo una antipatía muy caracterizada hacia cualquier objeto la debe combatir e intentar establecer con este objeto una relación consciente. De este modo, entran en su vida interior cada vez menos elementos inconscientes, de este modo, también, mediante esta rigurosa educación de sí mismo, la <<flor de diez pétalos>> adquiere la forma que debe tener. La vida interior del ocultista debe ser vigilante; por el contrario, las cosas ante las que no tiene necesidad de estar atento, deben permanecer fuera de su campo de atención.

Cuando, a esta educación de sí mismo, se añada todavía una meditación inspirada por la ciencia espiritual, se ve madurar de una manera correcta la flor de loto cercana a la cavidad estomacal y, allí donde los sentidos espirituales descritos con anterioridad no había visto más que forma y calor, aparece ahora luz y color. Entonces se desvelan, por ejemplo, los talentos y las facultades del alma, las fuerzas y los atributos ocultos de la naturaleza. Por medio de éstos, deviene visible el aura coloreada de los seres vivos. Todas las cosas que nos rodean nos revelan entonces sus cualidades psíquicas.

Es evidente que, precisamente en esta fase del desarrollo se hace necesario prestar la mayor atención, porque el juego de los recuerdos inconscientes es aquí increíblemente intenso. Si no fuera así, muchas personas poseerían el sentido en cuestión porque surge casi tan pronto como se controlan las impresiones de estos sentidos hasta el punto de someterlos únicamente a la voluntad de prestar o no atención. Sin embargo, este sentido psíquico permanece inerte en tanto la vivacidad de las sensaciones físicas lo ensordece y obnubila.

La <<flor de seis pétalos>>, situada en medio del cuerpo, requiere de unos cuidados que son más difíciles; ella reclama el dominio total y consciente del ser entero, dado que el cuerpo, el alma y el espíritu constituyen una armonía perfecta. Las funciones del cuerpo, las inclinaciones y las pasiones del alma, los pensamientos y las ideas del espíritu, todo debe ser puesto al unísono. El cuerpo debe ser purificado y ennoblecido hasta el punto de que sus órganos no estén sometidos a ninguna presión que no sea la de ponerse al servicio del alma y el espíritu. El alma no debe ser impulsada por el cuerpo hacia pasiones y deseos que contradigan un pensamiento puro y noble, ni por su parte el espíritu debe querer tiranizar el alma mediante sus leyes y sus

exigencias. Es de buen grado cómo el alma se debe someter a lo que el deber exige. El deber se le debe presentar al espíritu, no como un dogma al que obedece a regañadientes, sino como una regla que practica porque le gusta hacerlo. Lo que debe adquirir es un alma libre que se mantenga en equilibrio entre la vida de los sentidos y la vida del espíritu. Debe llegar a ello y a poder confiarse a sus sentidos, porque éstos estén los suficientemente purificados como para haber perdido el poder de rebajarlo. Ya no tiene necesidad de embridar sus pasiones porque éstas toman por sí mismas el buen camino. Mientras le sea necesario mortificarse, el discípulo no podrá superar un cierto grado de desarrollo. Una virtud que sea preciso esforzarse en practicar no tendrá ningún valor en ocultismo en tanto que sobrevivan los deseos inferiores; estos perturban el entrenamiento inclusive cuando uno se esfuerza por no ceder a ellos. En este caso, poco importa que los deseos asciendan del cuerpo hacia el alma. Si, por ejemplo, alguno evita recurrir a un determinado excitante para purificarse mediante la privación de este goce, este ejercicio no le resulta útil más que si su cuerpo no sufre por ello; porque, si el cuerpo sufre, esto prueba que él reclama este excitante y la privación pierde entonces todo su valor. En este caso, puede ser mejor para el individuo renunciar momentáneamente al fin de perseguido y esperar a que aparezcan condiciones más favorables en su organismo sensible, lo que quizá no ocurra sino en otra vida. En ciertos casos, se avanza más si se renuncia razonablemente que si se obstina uno a perseguir un fin inaccesible. Esta renuncia razonable sirve mejor a la evolución que la actitud contraria.

La eclosión de la <<flor de seis pétalos>> permite entrar en relación con seres que pertenecen a los mundos superiores, pero a condición de que su existencia se manifieste hasta en el mundo de las almas. Sin embargo, la disciplina recomienda no desarrollar esta <<flor>> antes de que el ocultista no esté muy avanzado en el camino a través del cual él puede elevar su espíritu hacia una región del universo todavía más alta. Esta penetración en el mundo espiritual propiamente dicho debe acompañar siempre la eclosión de las <<flores de loto>>; de otro modo, el discípulo cae en la confusión y en la incertidumbre. Aprenderá sin duda a ver, pero carecerá de los medios necesarios para saber apreciar lo que haya visto.

Ciertamente, las condiciones necesarias para la eclosión de la flor de seis pétalos constituyen ya por sí una cierta garantía contra la

confusión y la inestabilidad. Porque no será fácil inducir al error a aquella persona que haya establecido un perfecto equilibrio entre sus sentidos (el cuerpo), sus pasiones (el alma) y sus ideas el (espíritu). Sin embargo, hace falta algo más que esta garantía para que la eclosión de esta flor posibilite la percepción de los seres, dotados de una vida autónoma, que pertenecen a un mundo tan profundamente diferente de éste que cae bajo nuestros sentidos físicos.

Para poseer, dentro de esta región, la certidumbre requerida, no es suficiente la formación de las <<flores de loto>>; es preciso disponer de órganos todavía más afinados. Es de éstos de los que debemos hablar ahora. Entonces estaremos en disposición de abordar a continuación el estudio de otras <<flores>> y de la estructura que hay que dar al cuerpo psíquico. **(1)**

(1) Resalta con evidencia que la relación misma que establece la expresión <<cuerpo psíquico>> encierra en sí una contradicción, como ocurre con tantos otros términos utilizados por la ciencia espiritual. Si embargo, empleamos esta expresión porque el conocimiento clarividente percibe algo que, en el campo de lo espiritual comunica la misma impresión que comunica el cuerpo físico en el mundo físico.

La organización del cuerpo psíquico, tal como la acabamos de describir, hace posible al hombre la percepción de los fenómenos suprasensibles. Quien verdaderamente quiera penetrar en el mundo superior no debe sin embargo permanecer allí. No basta con haber impreso un movimiento a las <<flores de loto>>. Hay que estar en estado regular y de controlar por sí mismo, y con plena conciencia, el movimiento de estos órganos espirituales; si no, se convertirá uno en el juguete de las fuerzas y de las potencias exteriores. Para evitar este peligro, hay que ad2quirir la facultad de oír el <<verbo interior>> y desarrollar no solamente el <<cuerpo psíquico>>, sino también el <<cuerpo etérico>>. Este es un cuerpo sutil que se le presenta al clarividente como una especie de doble cuerpo psíquico. (1)

(1) Hay que referirse aquí a las descripciones que el autor ha dado en su obra Teosofía, una introducción...)

Si se está dotado de clarividencia se puede hacer abstracción, con plena conciencia, del cuerpo físico del ser que se tiene delante. Se trata en el fondo del ejercicio de la atención transportado a un plano superior.

De la misma manera que el hombre puede desviar su atención de lo que tiene ante sí, de tal manera que deja de verlo, el clarividente es capaz de eliminar en alguna medida un cuerpo físico para su percepción, hasta tal punto que, para él, se convierte en transparente. Si observa de este modo al ser que tiene ante sí, a la mirada de su alma sólo se le aparece ya lo que se llama cuerpo etérico y el cuerpo psíquico (o astral) que penetra y sobrepasa el ser físico y etérico.

El cuerpo etérico presenta casi prácticamente la misma apariencia y la misma talla que el cuerpo físico, de manera que ocupa aproximadamente el mismo espacio que él. Se trata de un organismo de una naturaleza extremadamente sutil y delicada. (2)

(2) Yo ruego al físico que no se sienta perplejo ante esta expresión de <<cuerpo etérico>>. La palabra éter es simplemente un medio de expresar la sutileza de esta formación. Por el momento, no tiene que ponerse en relación con el éter de que se ocupan las hipótesis científicas.)

Su color fundamental no se parece a ninguno de los siete colores del arco iris. El que concibe percibirlo hace el descubrimiento de un color nuevo que no existe en el campo de la observación sensible. Todo lo más, se le podría comparar con el matiz de la flor del melocotonero recién abierta.

Si se quiere concentrar la observación sólo sobre el cuerpo etérico, hace falta igualmente abstraer el cuerpo astral del campo de observación mediante un ejercicio de atención análogo al que ya hemos descrito. Porque si no se pudiera realizar esta abstracción, el aspecto del cuerpo etérico sería modificado por el cuerpo astral que lo penetra por todas partes.

En el hombre, las menores porciones del cuerpo etérico están sin cesar en movimiento. Innumerables corrientes lo recorren en todos los sentidos. Estas corrientes mantienen y coordinan la vida. Todo cuerpo viviente posee un cuerpo etérico. Las plantas y los animales lo tienen, y el observador atento descubre inclusive sus rasgos en los minerales.

Al principio, estas corrientes y estos movimientos escapan por completo a la voluntad y a la conciencia humanas, mismo del modo que, en el cuerpo físico, las funciones del corazón o del estómago, por ejemplo, no dependen de la voluntad.

En tanto que el hombre no haya decidido desarrollarse para adquirir facultades suprasensibles, esta independencia persiste. Porque, a un cierto nivel, el desarrollo consiste precisamente en añadir otras corrientes que uno pone en acción por sí mismo a las corrientes y movimientos etéricos independientes de la conciencia.

Cuando el entrenamiento oculto alcanza el punto en que las figuras o las flores de loto comienzan a moverse, el estudiante ha cumplido ya con varias de las condiciones que se requieren para provocar en su cuerpo etérico el despertar de determinadas corrientes y movimientos. El objetivo es entonces constituir en las cercanías del corazón físico una especie de centro del que partan corrientes y movimientos que posean formas y colores espirituales infinitamente variados. En realidad, este centro no es un simple punto, sino una formación muy compleja. Un órgano prodigioso. Brilla y cintila espiritualmente con mil colores y engendra formas de una gran regularidad, capaces de modificarse rápidamente. Otras formas y corrientes coloreadas parten de este órgano hacia todas las demás partes del cuerpo; lo sobrepasan inclusive para recorrer el cuerpo psíquico con su forma y sus irradiaciones. Pero las más importantes de estas corrientes van hacia las flores de loto. Circulan por cada pétalo, ordenando la rotación; luego legan a las puntas y, desde allí, huyen hacia fuera para perderse en el espacio. Cuanto más evoluciona un hombre, más se extiende en su torno el campo en el que estas corrientes irradian.

Unas relaciones particularmente estrechas unen a este centro la <<flor de doce pétalos>>. Es hacia ella hacia donde las corrientes van directamente, y es después de haberlas atravesado curando se ramifican para desembocar, por un lado, en las flores de dieciséis y de dos pétalos, y, por otro, hacia la parte baja del cuerpo, hacia las flores de ocho, seis y cuatro pétalos. A causa de esta disposición, la formación de la <<flor de doce pétalos>> reclama una atención muy particular en el entrenamiento espiritual. Si se cometiese una falta, el conjunto se expandiría de una manera anormal.

Después de cuanto acabamos de decir, es fácil darse cuenta de la naturaleza extremadamente íntima y delicada de este entrenamiento. Es preciso conducirse con gran exactitud para que todo evolucione

normalmente. Y, sin ir más lejos, es fácil comprender igualmente que sólo puede dar indicaciones sobre el entrenamiento de las facultades suprasensibles quien haya experimentado en sí mismo lo que debe estimular en otro y, por consiguiente, esté en disposición plena de reconocer si sus indicaciones desembocan verdaderamente en el resultado justo.

Si el estudiante en ocultismo cumple con todo cuanto le haya sido recomendado, provoca en su organismo etérico corrientes y movimientos que estarán en armonía con las leyes y la evolución universales a las que el hombre está sometido. Es por esto por lo que estas recomendaciones están siempre conformes con las grandes leyes de la evolución. Tales leyes aconsejan los ejercicios de meditación y de concentración que ya hemos mencionado, y por otros semejantes, que, bien ejecutados, son capaces de producir los efectos esperados. En momentos elegidos, el estudiante puede penetrarse profundamente del contenido de esos ejercicios, llenar de ellos, en cierto modo, toda su alma. Comienza por ejercicios sencillos y realizados, ante todo, para dar fuerza más densa, más interior, al pensamiento cerebral cuya actividad es todavía intelectual y racional. A través de ellos, el pensamiento se libera, se emancipa de las impresiones y de las experiencias sensoriales. Se concentra de algún modo sobre un punto que tiene en su poder. Así crea un centro provisional para las corrientes del cuerpo etérico. Este punto central no está todavía situado en la región del corazón, sino en la cabeza. Se le aparece al investigador como el instigador de ciertos movimientos.

Solamente una disciplina oculta que comienza por crear este centro alcanza un éxito completo. Si, desde el principio, este punto se hubiera transferido a la región del corazón, el candidato podría muy bien tener ciertos atisbos fragmentarios de los mundos superiores, pero le faltaría la visión de conjunto necesaria para relacionar los mundos superiores con nuestro mundo sensible. Constituye para el hombre, en la actual fase de la evolución, una necesidad absoluta. El clarividente no debe convertirse en un soñador; debe conservar un suelo firme bajo sus pies.

El centro situado en la cabeza, cuando está suficientemente consolidado, es transferido a continuación hacia otras partes más bajas; primeramente, a la región de la laringe. Este desplazamiento es el resultado de la práctica perseverante de los ejercicios de

concentración. En este momento, es de esta región desde la que irradian los movimientos surgidos del cuerpo etérico que van a iluminar el espacio astral, alrededor del ser humano.

Continuando con los ejercicios, el estudiante podrá determinar por sí mismo la posición de su cuerpo etérico. Con anterioridad, esta posición dependía de las fuerzas procedentes del exterior y del cuerpo físico. Mediante el entrenamiento, el hombre se vuelve capaz de hacer que su cuerpo etérico se vuelva hacia todos los lados. Esta facultad se debe a las corrientes que corren poco más o menos a los largo de las dos manos y que tienen su centro en la <<flor de loto de dos pétalos>> situada en la región de los ojos. Esta circulación se produce cuando los rayos que emanan del órgano de la laringe revisten formas redondeadas que se dirigen en parte hacia la <<flor de dos pétalos>>, desde la cual se propagan en ondas hacia las manos.

Otra consecuencia de este ejercicio es la de que estas corrientes etéricas dan nacimiento de la manera más delicada a entroncamientos, y después a ramificaciones, que se entrelazan en una especie de red que constituye el límite del cuerpo etérico. Antes, este cuerpo no poseía ninguna frontera, por así decirlo, con lo exterior, de manera que las corrientes vitales entraban y salían directamente, ligadas al océano universal de la vida. Al presente, los influjos del exterior deben atravesar esta película; de este modo, el ser humano se vuelve sensible a estas corrientes exteriores que, en adelante, le son perceptibles.

Ha llegado el momento de otorgar a la región del corazón el centro de todo este sistema circulatorio de corrientes y de movimientos. Ello se consigue de nuevo continuando los ejercicios de concentración y de meditación; y el ser humano alcanza igualmente el nivel en el que está ya dotado de audición respecto al <<verbo interior>> Todas las cosas revisten para él, de ahora en adelante, un nuevo sentido. Su esencia más íntima deviene, por así decir, audible para el oído espiritual. Ellas hacen oír su verdadero ser. Las corrientes etéricas ponen al ocultista en relación con el interior del universo al cual pertenecen. Comienza a experimentar la vida de las cosas que lo rodean y puede prolongar el eco de esta vida en los movimientos de sus <<flores de loto>>

El hombre entra así en el mundo espiritual, llegado a este punto, se abre para él un sentido nuevo para las palabras pronunciadas por los grandes Maestros de la humanidad. Los discursos de Buda, los Evangelios, por ejemplo, le producen un efecto completamente distinto al que le producían antes. Le hacen sentirse penetrado por la

felicidad cuya existencia ni siquiera sospechaba, porque la resonancia de estas palabras se armoniza con los ritmos y los movimientos que ha hecho nacer en sí mismo. El puede verificar ahora, a través de la experiencia directa, que hombres tales como Buda o los evangelistas no han expresado simples revelaciones personales, sino las que la esencia misma de las cosas vertía en ellos.

Es éste el momento de señalar un hecho que sólo es comprensible a la luz de cuanto acabamos de decir. Para los hombres del nivel cultura actual, las numerosas repeticiones que esmaltan los discursos de Buda resultan sorprendentes. Para el discípulo, ellas vienen a ser como especies de pausas durante las cuales su sentido interior goza de unos momentos de reposo, porque corresponden a determinados movimientos de la naturaleza rítmica del cuerpo etérico y, si se las observa en una calma interior perfecta, los movimientos de este cuerpo vibran al unísono. Y como estos ritmos interiores reproducen determinados ritmos del universo que comportan igualmente en ciertos momentos, la repetición y el retorno a los motivos anteriores, al disfrutar del estilo de Buda, el hombre vive en armonía con los misterios del mundo.

La ciencia espiritual enseña que el hombre debe adquirir cuatro cualidades durante el camino de prueba que lo eleva hasta el conocimiento superior:

La primera es la facultad de distinguir en los pensamientos entre lo real y lo ilusorio, entre la verdad y la simple opinión.

La segunda consiste en saber apreciar con justeza la diferencia existente entre lo verdadero, lo real y la apariencia.

La tercera cualidad consiste en la adquisición de los seis atributos descritos más arriba: control de los pensamientos, control de las acciones, perseverancia, tolerancia, confianza, igualdad de humor.

La cuarta es el amor por la libertad interior.

Una comprensión puramente intelectual de lo que reside en estas cualidades no es de ninguna utilidad. Ellas deben incorporarse al alma hasta el punto de engendrar hábitos interiores.

Tomemos, por ejemplo, la primera: el discernimiento entre la realidad y la apariencia. El hombre debe formarse para distinguir por sí mismo, en un objeto que se le presenta, los elementos accesorios de los que

tienen verdadera importancia. No puede sin embargo, disciplinarse de este modo si no es realizando incansablemente este ejercicio, ante cada observación del mundo exterior, con calma y paciencia. Finalmente, la mirada alcanza la auténtica realidad con tanta naturalidad como antes se contemplaba con la paciencia. <<Todo lo que pasa no es más que símbolo>>. Esta verdad se convierte para el alma en una constatación evidente. Y lo mismo le debe ocurrir con respecto a las otras tres cualidades.

Bajo la influencia de estos cuatro hábitos del alma, la naturaleza sutil del cuerpo etérico se modifica realmente. Discernir entre lo real y la apariencia engendra en la cabeza el centro etérico y prepara el de la laringe. A decir verdad, para la verdadera edificación, es preciso todavía añadir los ejercicios de concentración de los que hemos hablado más arriba y que dan forma a lo que el cultivo de las cuatro cualidades hace madurar.

Cuando el centro cercano a la laringe está preparado, es cuando el cuerpo etérico dispone libremente de sí mismo y cuando forma a su alrededor una red que hace dos veces de epidermis. Lo debe a la facultad de apreciar con justeza el valor de lo real frente a la apariencia. El ser humano que se ha elevado hasta esta apreciación exacta percibe progresivamente los hechos espirituales. No debe sin embargo, creer que ya no pueda cumplir más que acciones lógicamente consideradas como importantes. El acto más mínimo, el más pequeño gesto, tiene un sentido para la economía universal, y se trata sólo de tener conciencia de esta importancia. Es preciso no subestimar las pequeñas cosas de la vida ordinaria, sino estimarlas en su justo valor.

Ya hemos hablado de las seis virtudes que componen la tercera cualidad. Ellas guardan relación con el desarrollo de la <<flor de loto de doce pétalos>> en la región del corazón. Como ya se ha dicho, es hacia aquí hacia donde la corriente vital del cuerpo etérico se debe dirigir.

La cuarta cualidad, esto es, el deseo de adquirir la libertad interior, sirve para hacer madurar el órgano etérico cercano al corazón. Cuando esta disposición se ha convertido en una costumbre fundamental del alma, el hombre se libera de todo cuanto le ata exclusivamente a su naturaleza personal. Deja de considerar las cosas desde su punto de vista particular. Los límites de su pequeño yo, que le encadenan a este punto de vista particular, desaparecen. Los misterios

del mundo espiritual encuentran la manera de acceder a su ser interior; y en esto es en lo que consiste precisamente la verdadera revelación. Porque estas cadenas obligan al hombre a considerar las cosas y los seres bajo el ángulo de su personalidad, y este juicio personal es precisamente el obstáculo del que el estudiante de ocultismo debe independizarse, liberarse.

De cuanto precede, se debe concluir que las reglas dictadas por la ciencia espiritual alcanzan con su acción el trasfondo de la naturaleza humana. Muy especialmente, las que se relacionan con las cuatro cualidades de que hemos hablado. Ellas se encuentran, bajo una u otra forma, en todos los grandes sistemas que tratan del mundo espiritual. Y no ha sido sobre un confuso sentimiento de la verdad como los fundadores de estas visiones del mundo han dado estas reglas a los hombres. Ellos han llegado a las conclusiones a las que han llegado porque eran grandes iniciados y ha sido en el conocimiento más seguro en el que han basado y desde el que han impulsado estas reglas morales. Conocían su acción sobre los elementos sutiles de la naturaleza humana y han querido permitir a quienes la practican conducir poco a poco estos elementos hacia su punto de perfección. Vivir según esta sabiduría es trabajar en su perfeccionamiento espiritual y es el único medio de servir al universo. No es egoísmo querer perfeccionarse, porque el hombre imperfectamente evolucionado no podría ser más que un imperfecto servidor de la humanidad y del universo. Se es tanto más útil a una y otro cuanto más avanzado se está en la evolución. Es aquí donde se verifica el proverbio que dice: <<La rosa que se adorna a sí misma, adorna también el jardín>>.

Los fundadores de grandes sistemas se rebelan precisamente por ser grandes iniciados. Cuanto viene de ellos se expande por las almas humanas, y, como consecuencia del progreso de la humanidad, progresa el mundo entero.

Los iniciados han trabajado con plena consecuencia en esta marcha de la humanidad. No se comprenden sus enseñanzas más que sí se sabe ver que ellos las han impulsado a partir de un conocimiento de las regiones más profundas de la naturaleza humana. Los iniciados eran los grandes sabios, y han extraído de sus conocimientos el ideal que han propuesto a la humanidad. El hombre se acerca a estos grandes maestros cuando, trabajando sobre sí mismo, se eleva progresivamente a su altura.

Para el ser humano que ha emprendido la tarea de dar a su cuerpo etérico la formación que acabamos de describir, comienza un camino completamente nuevo. El debe recibir de la enseñanza oculta, en el momento requerido, las explicaciones que le van a permitir adaptarse a esta nueva existencia. Por ejemplo, cuando percibe, en medio de la <<flor de loto de dieciséis pétalos>>, formas provenientes de un mundo suprasensible, debe darse cuenta de que estas formas difieren las unas de las otras, según las cosas y los seres que las hayan engendrado.

La primera cosa que observa es que determinadas formas están influenciadas por sus propios sentimientos, mientras que otras no lo son, o lo son en muy pequeña medida. Ciertos tipos de figuras se transforman si el observador piensa al apercibirlas: <<Esto es bello>>. Después, prosiguiendo su observación, añade: <<Esto es útil>>. Las fuerzas que emanan de los minerales o de objetos fabricados, sobre todo, tienen la particularidad de transformarse con cada pensamiento, cada sentimiento que atraviesa el alma de quien los mira. Esto ya ocurre menos en el caso de las formas provenientes de las plantas y, menos aún, de las correspondientes a animales. También éstas son móviles y llenas de visa; pero esta movilidad proviene en parte solamente de la influencia ejercida por los pensamientos y las impresiones del observador. Tiene también otras causas, sobre las que el hombre no tiene la menor posibilidad de actuar.

En el seno de este mundo de las formas se encuentra una especie particular que se sustrae en principio completamente a la influencia del hombre. El ocultista puede convencerse que estas formas no emanan ni de los minerales, ni de objetos fabricados, ni de plantas ni de animales. Para darse cuenta de ello claramente, no tiene más que considerar las formas de las que está seguro que han nacido de sentimientos, de instintos y de pasiones provenientes de los hombres. Sus propios sentimientos y pensamientos no ejercen ya sobre estas más que una acción mínima, aunque todavía apreciable. A fin de cuentas, encuentra siempre, en el mundo de las formas, un <<resto>> sobre el cual su influencia no tiene ningún poder. Este <<resto>> constituye incluso, en los principios, una gran parte de lo que percibe. No puede llegar a explicarse este género de percepciones más que cuando se examina a sí mismo. Entonces descubre cuáles son las formas que han sido engendradas por él, porque son sus actos, sus

voliciones, sus deseos propios los que se manifiestan mediante estas formas. Un instinto que reside en él, un deseo que experimenta en su interior, un proyecto que acaricia, todo se aclara bajo esta apariencia. Más aún: su mismo carácter se refleja y se imprime en este mundo de las formas. Así, mediante su pensamiento y sus sentimientos conscientes, el hombre puede ejercer una influencia sobre todas las formas que no ha creado personalmente. En cuanto a las que él mismo engendra en el mundo suprasensible, ya no tiene acción sobre ellas desde el instante en que hayan salido de él.

De cuanto acabamos decir resulta que, para la percepción superior, la vida interior, el hombre, el mundo entero de sus instintos, de sus pasiones, de sus representaciones, se expresa mediante figuras exteriores, exactamente como otros objetos u otros seres.

Para el conocimiento suprasensible, el mundo interior se convierte en una parte del mundo exterior, de la misma manera que, en el mundo físico, si se está rodeado de espejos, uno puede contemplar su forma corporal, así también, en el mundo suprasensible, se encuentra uno cara a cara con su ser psíquico exteriorizado, que se presenta como una imagen en el espejo.

En esta etapa de su evolución, le ha llegado al ocultista el momento de superar la ilusión que nace de las estrechos límites de su personalidad. Lo que acontece en el interior de esa personalidad, lo puede considerar ahora como formando parte del mundo exterior por las mismas razones que lo que, hasta este momento, caía bajo sus sentidos. Esta experiencia le va conduciendo progresivamente a saber tratarse a sí mismo como trataba otras veces los seres que le rodean.

Si su mirada se abriese sobre los mundos espirituales antes de estar lo suficientemente preparado para reconocer a los seres que lo pueblan, se encontrará ante el cuadro que ofrece su alma, en un primer momento, como ante un enigma. Sus instintos y sus pasiones se ofrecerán a su vista bajo formas que le darán impresión de ser, unas veces, animales y otras veces más raras, humanas. De hecho, las formas animales de estas regiones no recuerdan nunca, sino de lejos, a las del mundo físico, pero un observador inexperimentado ve sobre todo las comparaciones que hay que hacer.

Se hace necesario adquirir una forma completamente nueva de juzgar cuando se penetra en estas regiones, porque no sólo los elementos de la vida interior adquieren una forma exterior, sino que también se presentan invertidos, como la imagen de un espejo.

Cuando se lee por ejemplo un número, es necesario leerlo donde dándole vuelta. Si, por ejemplo, en el ámbito de lo astral se ve el número e65, significa en realidad 562. Igualmente, una esfera es percibida como si el observador se encontrase en su centro. Se hace preciso, pues aprender a traducir en consecuencia los datos de esta percepción interior de las cosas. Los fenómenos del alma se reflejan también de una forma invertida. Un deseo dirigido hacia un objeto exterior se presenta como una forma que se vuelve hacia el ser mismo que ha emitido el deseo. La pasiones que tienen su sede en la naturaleza inferior del hombre pueden revestir la forma de animales o de seres del mismo género, que se revuelven violentamente sobre su creador. En realidad, estas pasiones han salido verdaderamente de él y buscan el objeto del mundo exterior en el que puedan saciarse. Pero, dada la propiedad que tiene la sustancia astral de actuar como un espejo, el reflejo de esta tendencia hacia el exterior se proyecta sobre el hombre apasionado como un ataque.

Si se ha aprendido a conocerse a sí mismo a través de una observación tranquila y objetiva, inclusive antes de elevarse a la percepción suprasensible, se encuentra también la fuerza y el valor necesarios para conducirse como conviene en el momento en que las imágenes de la vida interior viene a uno desde fuera. Los que no están lo suficientemente confrontados consigo mismos, mediante este lúcido examen, no se reconocerán ya en la imagen reflejada en el espejo y la tomarán por algo extraño a ellos. Además, este espectáculo les producirá angustia y, como no podrían soportarlo, intentarían persuadirse de que todo aquello no era más que una producción quimérica, que a nada podría conducir. En ambos casos, si se llega a este estadio de la disciplina sin la madurez correspondiente, se producirá una funesta detención en el desarrollo.

Antes de elevarse más, es pues indispensable que la mirada espiritual del discípulo pueda abrir el paso hacia la luz a su propia alma. Porque, en el fondo, es en el interior de sí mismo donde posee esta parte del alma y del espíritu que es él, antes que nadie, a quien corresponde juzgar. Si ha adquirido en un principio, en el mundo físico, un sólido conocimiento de su personalidad y encuentra en los mundos suprasensibles en primer lugar el reflejo de esta personalidad, puede comparar la una con la otra. Está en disposición de relacionar la experiencia superior con un dato conocido y a partir de este modo de un suelo firme. Porque, si no, cualesquiera que fuesen las otras

entidades espirituales que encontrase, no tendría ningún criterio para apreciar su naturaleza ni su realidad. Sentiría entonces, muy pronto, cómo el suelo se hunde bajo sus pies. Por consiguiente, nunca se dirá el suficiente número de veces que la más segura entrada del mundo suprasensible se hace por medio del conocimiento imparcial y profundo de la propia naturaleza.

Imágenes espirituales. Esto es lo que el hombre encuentra en primer lugar en su camino hacia los mundos superiores. En cuanto al prototipo con el que se relacionan estas imágenes, lo tiene en sí mismo. Hace falta por consiguiente que el discípulo esté lo suficiente maduro como para no exigir realidades tangibles en esta primera etapa de la investigación, sino para aceptar que lo que encuentre en este nivel no sean más que... imágenes.

Sin embargo, en el seno de este mundo de imágenes, descubre pronto algo nuevo. Su yo inferior se yergue delante de él; ciertamente como la imagen reflejada en un espejo; pero en este reflejo se proyecta la realidad verdadera del Yo superior. De la personalidad inferior, contemplada así en imagen, se desprende la forma del Yo espiritual y es únicamente de él de donde emanan los lazos capaces de unirle a uno con otras realidades espirituales.

Ha llegado el momento de servirse de la <<flor de loto de dos pétalos>>, situada en la región de los ojos. Cuando empieza a entrar en movimiento, el hombre encuentra, a través de ella, la posibilidad de poner a su Yo superior en contacto con entidades espirituales que están por encima de él. Las corrientes surgidas de esta <<flor de loto>> se dirigen hacia estas entidades superiores, y de tal manera que se tiene plena conciencia de su movimiento. Del mismo modo que la luz vuelve visibles para los ojos los objetos físicos, así las corrientes hacen visibles para el alma a los seres espirituales de los mundos superiores.

Sumergiéndose en las representaciones que extrae de la ciencia espiritual y de las verdades fundamentales que ella contiene, el estudiante de ocultismo aprende a poner en movimiento y a dirigir las corrientes que emite esta<<flor de loto de dos pétalos>>.

Es en esta fase del entrenamiento donde se revela todo el valor de un juicio sano,, de una disciplina clara y lógica. Basta pensar en efecto que el Yo superior, que hasta aquí ha dormido en el hombre, en un estado latente como el de la semilla inconsciente, acaba de nacer a la vida

consciente. Y esto no es un símbolo; se trata realmente de un nacimiento en el mundo del espíritu.

Para ser viable, este ser espiritual debe venir al mundo provisto de todos los órganos, de todos los rudimentos necesarios de su futura existencia. De la misma manera que la naturaleza debe dotar al niño pequeño, recién nacido, de unos ojos, unos oídos, etc., bien constituidos, del mismo modo que las leyes de nuestro desarrollo personal deben cuidar de que él Yo superior venga a la vida con todas las facultades necesarias. Y las leyes que garantizan así la formación de los órganos espirituales no son otras que las sanas leyes de la razón y de la moral, que reinan en nuestro mundo físico.

Este Yo espiritual madura en la persona física del mismo modo que el niño madura en el seno maternal. La salud del niño depende de la acción normal de las leyes naturales en el seno de la madre. Igualmente, la salud del hombre espiritual está determinada por las leyes del entendimiento habitual y de la razón que se ejerce en la vida física. Nadie podría engendrar un Yo superior sano si no vive ni piensa sanamente en el mundo físico. Una vida conforme a la naturaleza y a la razón está en la base de todo verdadero desarrollo espiritual.

En el seno materno, el niño vive ya según las fuerzas naturales cuya acción perciben los órganos sensoriales, después de su nacimiento; del mismo modo el Yo espiritual vive ya conforme a las leyes del mundo espiritual en el seno de la existencia física; y al igual que el niño, guiado por su oscuro instinto vital asimila las fuerzas de la vida, el hombre puede asimilar fuerzas espirituales ante de que su Yo superior haya nacido. Más todavía: debe hacerlo para que ese yo nazca perfectamente conformado.

Sería inexacto decir: yo no puedo aceptar las enseñanzas de la ciencia espiritual antes de ser yo mismo clarividente, porque sin profundizar en esta ciencia espiritual nunca se podrá acceder al verdadero conocimiento superior. Se encontraría acceder al verdadero conocimiento superior. Se encontraría uno entonces en la misma situación que un niño que rechazara tomar, durante su vida embrionaria, lo que le transmite el organismo materno, y quisiera intentar poder procurárselo por sí mismo.

El embrión del niño tiene la confusa sensación de que lo que recibe es bueno para él. El hombre que todavía no ve en espíritu, presiente la verdad de las enseñanzas de la ciencia espiritual. Existe una especie de intuición fundada sobre el sentimiento de la verdad y sobre el juicio de

una razón clara, sana y amplia, que permite penetrar en esta enseñanza, aunque no se perciban todavía las cosas del espíritu. Antes que nada, es preciso adquirir los conocimientos místicos, porque este estudio prepara para la videncia. El que alcance la videncia antes de estar preparado de esta forma para ella, sería como un niño que hubiese venido al mundo con dos ojos y dos orejas, pero sin cerebro. El mundo de los colores y de los sonidos se extendería todo entero ante él, pero él no sabría que hacer con ellos. Así, todo cuanto se haya recibido en la vida física como una evidencia, gracias al sentido de la verdad, a la inteligencia, de la razón, todo esto toma en este estudio un valor de experiencia vivida.

El discípulo posee ahora un conocimiento directo de su Yo superior; y descubre que ese yo está en relación con entidades espirituales de naturaleza trascendente; se hace un todo con ellas. De este modo, constata que su personalidad inferior proviene de un mundo más alto, pero ve que su naturaleza superior lo sobrepasa y la sobrevive. Ahora él puede diferenciar por sí mismo lo pasajero de lo permanente, y esto viene a verificar por experiencia personal lo que se enseñan teóricamente, a saber, que el Yo superior se encarna en una forma inferior. Ve entonces que forma parte de un conjunto espiritual que determina su carácter y su destino. Contempla la ley de su vida, el Karma, y reconoce que su yo inferior, en su existencia actual, no es más que una de las formas que puede adoptar su ser superior. La posibilidad de trabajar desde lo alto de su individualidad espiritual es perfeccionarse cada vez más se le aparece con claridad. Constata las grandes diferencias que separan a los seres humanos en este aspecto. Muchos están por encima de él, pues han alcanzado algunos grados a los cuales él no accederá sino más tarde. Se da cuenta de que sus palabras y sus acciones fluyen de una fuente superior. Todas estas experiencias se las debe a la primera mirada que personalmente puede dirigir hacia el mundo espiritual. Los que llamamos <<grandes iniciados de la humanidad>> van a comenzar a serlo para él precisamente merced a estas realidades.

Tales son los dones que confiere esta fase de su evolución al discípulo: visión del Yo superior, de su encarnación en un yo inferior, de las leyes que ordenan la vida en el mundo físico, según las armonías espirituales (Karma); finalmente, de la existencia de los grandes iniciados.

Es por esto por lo que se dice de un discípulo que ha alcanzado este nivel que la duda ya no existe para él. Si en otro tiempo hubiese

poseído una fe fundada sobre razones lógicas y sobre un pensamiento sano, en el lugar de la creencia aparece ahora un saber integral y una visión intuitiva que nada puede quebrantar.

Las religiones, con sus ceremonias, sus sacramentos y sus ritos, han suministrado símbolos exteriormente visibles, para los seres y los acontecimientos del mundo espiritual. Esto no se puede negar más que si todavía no se han estudiado estos símbolos en toda su profundidad.

El que sumerge directamente su mirada en la realidad espiritual comprende la alta significación de estos actos culturales exteriormente visibles. Alcanza a ver, en el servicio religioso, un reflejo de las relaciones del hombre con el mundo del espíritu.

He aquí en que sentido el discípulo que haya conseguido elevarse a este nivel se convertido realmente en un hombre nuevo. Mediante las corrientes de su cuerpo etérico puede esforzarse ahora en adquirir poco a poco el dominio del principio superior de su vida, alcanzando de este modo un alto grado de libertad respecto a su cuerpo físico.

TRANSFORMACIÓN EN LA VIDA DE SUEÑO DEL DISCÍPULO

Una señal de que el discípulo acaba de alcanzar o está a punto de alcanzar el grado de evolución es la transformación que se produce en su vida del sueño. Anteriormente sus sueños eran confusos, sin continuidad. Ahora comienzan a tener un carácter regular, los cuadros se encadenan en ellos como las representaciones de la vida ordinaria. En su sucesión, se puede encontrar un orden, una relación de causas y efectos. El contenido del sueño se modifica igualmente. Mientras que antes nos se encontraban en ellos los ecos y reminiscencias de la vida cotidiana, desde las impresiones deformes, extraídas del entorno o de los propios estados orgánicos, al presente la imágenes emergen de un mundo hasta ahora desconocido. Al principio, persiste evidentemente el carácter general de la vida del sueño: el sueño se distingue de la representación de la vigilia en que se traduce simbólicamente lo que quiere expresar. Este simbolismo no puede escapar al observador atento de los sueños. Se sueña, por ejemplo, que acaba uno de ser atrapado por un animal repugnante y se experimenta en la mano un sentimiento de disgusto: al despertar, se observa que se tiene la mano prendida por el pliegue de la colcha o de la sabana. La percepción, en casos semejantes, no se expresa sin disfraz: recurre al símbolo. O bien se sueña que alguien nos persigue. Se echa a correr, se siente angustia. Al despertar, se constata que ha sido presa de palpitaciones durante el sueño. El estómago que digiere penosamente es causa de muchas pesadillas. Lo que ocurre en el entorno durmiente se refleja simbólicamente en sus sueños. El tic—tac de un reloj puede evocar la imagen de una tropa que avanza al son del tambor. Una silla que cae puede ser la ocasión de todo un drama; en el que el ruido de la caída se transforma en un cañonazo, por ejemplo: y así sucesivamente.

Cuando el cuerpo etérico comienza a organizarse, el sueño, aun conservando al principio este carácter simbólico, toma un aspecto más ordenado. Pero deja de reflejar simplemente los hechos de la vida física

o de la vida orgánica. Al tiempo que se advierte cómo se ordenan los sueños que tienen su origen en estas impresiones, se ve que se mezclan a ellos imágenes mediante las cuales se expresa otro mundo. De este modo se tienen las primeras experiencias que son inaccesibles a la conciencia normal

No hay que creer, sin embargo, que un verdadero místico toma en ningún momento lo que ve así en sus sueños como comunicaciones muy importantes provenientes del mundo espiritual. Simplemente considera estas experiencias del sueño como la señal precursora de un grado más alto en su evolución.

Pronto sigue a esta señal un hecho nuevo: las imágenes del sueño no están ya, como antes, sustraídas al control de la inteligencia. La reflexión las gobierna y les imprime un cierto orden, como ocurre con las representaciones y las sensaciones que se tienen durante el estado de vigilia. La diferencia entre la conciencia del sueño y el estado de vigilia. La diferencia entre la conciencia del sueño y el estado de vigilia se va borrando cada vez más. El soñador se despierta, en el verdadero sentido de la palabra, durante su vida del sueño: lo que quiere decir que se siente dueño y ordenador de sus representaciones simbólicas.

Mientras sueña, el hombre vive en un medio completamente diferente a aquel al que pertenecen sus sentidos físicos, y si no ha desarrollado sus órganos espirituales no pueden reflejar este medio más que a través de las imágenes caóticas de las que hemos hablado más arriba. Este mundo no existe para él más que podría existir el mundo sensible para un ser que no poseyera más que unos rudimentos de los órganos visuales.

Y esto es así porque ese otro mundo no puede reflejarse más que en imágenes y en proyecciones de la vida ordinaria, como sobre una pantalla. Si se ven estas imágenes en sueños, es porque el alma misma proyecta sus percepciones del día sobre la sustancia de que está conformado en otro mundo. Hay que ver bien, en efecto, que para lealmente a su actividad cotidiana consciente, el hombre ejerce inconscientemente otra en el mundo de que hablamos. Todo cuanto percibe, lo graba en este mundo. Ciertamente, las impresiones obtenidas de este modo son visibles hasta después de que se haya producido la eclosión de las <<flores de loto>>. Pero siempre existen, en todo hombre, ciertos rudimentos de las <<flores de loto>>. En el estado de la conciencia normal, no se podría percibir nada por este medio, porque las impresiones que se reciben durante ella son muy débiles.

Por esta misma razón, no se percibe durante el día el brillo de las estrellas, el cual resulta eclipsado por el resplandor de la luz solar. Asimismo, las débiles impresiones espirituales resultan apagadas por la poderosa acción de los sentidos físicos. Pero durante, cuando los sentidos exteriores se encuentran cerrados, estas impresiones astrales se ponen a lucir, aunque de una manera desordenada. El soñador toma entonces conciencia de las experiencias tenidas en otro mundo.

Sin embargo, como ya hemos dicho, estas experiencias no son, al principio, nada más que las impresiones grabadas en el mundo espiritual por las representaciones debidas a los sentidos físicos. Únicamente el desenvolvimiento de las <<flores de loto>> permite registrar mensajes que sean verdaderamente independientes del mundo físico. A medida que el cuerpo etérico se organiza, se afirma el pleno conocimiento de lo que emana de otro mundo. Y así comienzan las relaciones del hombre con un mundo nuevo.

Ahora debe, siguiendo las indicaciones del entrenamiento, alcanzar un doble objetivo. En primer lugar, debe hacerse capaz de conservar perfectamente en el estado de vigilia, las observaciones hechas durante el sueño. Y cuando ha conseguido este resultado debe ser también capaz de renovar observaciones de idéntica naturaleza durante la vigilia. Para ello sólo hay que tener cuidado para que estas impresiones espirituales no se borren ya ante las impresiones físicas; las primeras persistirán entonces de una manera duradera al lado de las segundas.

Si el discípulo adquiere esta facultad, comienza a aparecer ante su mirada espiritual. En adelante, puede discernir lo que, dentro del mundo espiritual, tiene por causa lo físico, y es así sobre todo como reconoce, en el seno de este mundo, a su Yo superior.

Su primer deber consiste ahora en injertar en este Yo superior todo su desarrollo futuro, es decir, en considerarlo realmente como su ser verdadero y a comportarse en consecuencia. Así se va penetrando cada vez más la idea y del sentimiento vivo de que su cuerpo físico y lo que él llamaba antes su <<yo>> no son más que instrumentos del Yo superior. Frente al yo inferior tiene la misma impresión que experimenta un hombre limitado al mundo sensible frente a una herramienta o a un vehículo del que se sirve. Al igual que este último no considera al coche que le transporta como uno de los elementos de su personalidad, aunque a veces diga: <<yo ruedo>> como diría <<yo camino>>, así el hombre evolucionado que se dice: <<Yo voy hacia la

puerta>>, se representa en realidad esta otra imagen: <<Yo llevo mi cuerpo hacia la puerta>>. Pero esta noción debe ser para él tan evidente que ni sólo un instante pierde el suelo firme del mundo físico, y no deja ningún lugar para el menor sentimiento de alejamiento del dominio de los sentidos.

Si el discípulo no quiere estar <<en la luna>>, en necesario que su conciencia superior no venga a empobrecer su vida en el mundo físico, sino a enriquecerla, de la misma manera que se enriquece su vida con los nuevos adelantos que le permiten, por ejemplo, tomar un tren para desplazarse de un lugar a otro, en lugar de hacerlo a pie.

Si el discípulo ha accedido a esta vía en el mundo superior, e inclusive al estadio en que se asimila esta conciencia, comprende entonces cómo puede despertar la conciencia la fuerza espiritual de percepción de un órgano que se constituye en las cercanías del corazón y hasta que punto puede dirigir esta sensibilidad a través de las corrientes que hemos descrito anteriormente. Esta fuerza de percepción es un elemento de la sustancia espiritual que emana del órgano en cuestión. Luego inunda de belleza luminosa las <<flores de loto>> puestas en movimiento, así como los otros canales del cuerpo etérico evolucionado, irradia hacia fuera en todo el campo espiritual del entorno y lo hace espiritualmente visible, de la misma manera que la luz del sol, al caer sobre los objetos físicos, los hace visibles para los ojos.

No se comprende cómo esta fuerza de percepción se produce en el órgano del corazón, sino a medida que se va perfeccionando.

El mundo espiritual, con todas sus realidades, sólo deviene efectivamente visible si, gracias a su cuerpo etérico, sabe dirigir este órgano de percepción hacia fuera, para iluminar los objetos que hay que percibir.

La percepción consciente de un objeto del mundo espiritual no es pues posible más que si el hombre mismo proyecta luz espiritual. En el fondo, el Yo que produce este órgano de percepción no reside en el interior del cuerpo físico, sino, como acabamos de decir, en el exterior. El órgano del corazón no es sino el lugar donde el Yo viene a iluminar desde fuera este órgano espiritual luminoso. Si, por otra parte, el sólo ilumina este sitio, las percepciones espirituales así producidas no guardarán ninguna relación con el mundo físico. Pero el hombre debe

precisamente poner cada fuerza espiritual en relación con el mundo físico y hacerla actuar en este mundo por sí mismo. Es precisamente mediante el órgano del corazón como el hombre se apodera del yo sensible para tenerlo en sus manos y hacer de él un instrumento de servicio.

De hecho, la sensación que produce un objeto espiritual es muy diferente de la que el mundo terrestre procura al hombre físico. Este tiene conciencia de estar en un cierto lugar del mundo sensible, y percibe los objetos <<fuera>> de sí. Por el contrario, el hombre espiritualmente desarrollado se siente como unido a los objetos espirituales de su percepción y, por ende, en el interior de ellos. Pasa efectivamente de un lugar a otro en el espacio espiritual: es por esto por lo que, en la lengua del ocultismo, se le llama <<el errante>>. Al principio no está en ninguna parte.

Si permaneciese en alguna parte de este mundo, no podría situar con certidumbre ningún objeto en el espacio espiritual: porque en este mundo nuevamente alcanzado, como en el mundo físico, para determinar con precisión un objeto o un lugar, es necesario partir de cierto punto. El discípulo debe pues buscar en alguna parte un lugar que someta una investigación profunda del que, por así decir, tome posesión espiritual. En este lugar, debe fundarse un hogar espiritual, y relacionar con él todos sus descubrimientos. De la misma manera, en el mundo físico se perciben todas las cosas bajo el ángulo del lugar en que vive. Con toda naturalidad, un berlinés describiría Londres de una manera muy distinta a como lo haga un parisino. Sólo hay una diferencia entre el hogar espiritual y el hogar físico, la cual estriba en lo siguiente: al mundo se viene involuntariamente y, durante la niñez y juventud, se toman instintivamente una serie de impresiones que dan por consiguiente a todas las formas una coloración involuntaria. Mientras que el hogar espiritual se lo construye uno por sí mismo y a plena conciencia. Se le elige como punto de partida de los propios juicios en un estado de libertad completa y clara. Esta elección de un hogar espiritual se llama en ocultismo <<construirse una morada>>.

En esta etapa, la mirada del espíritu alcanza en seguida las realidades suprasensibles correspondientes al mundo físico, en la medida en que se encuentran en la esfera astral. En esta esfera se encuentra todo lo que, por esencia, está relacionado con los instintos, los sentimientos, los deseos y las pasiones. En efecto, todos los objetos que nos rodean están animados por fuerzas relacionadas con las fuerzas humanas: por

ejemplo, un cristal está conformado, modelado por fuerzas que, para la mirada espiritual, son comparables con los instintos que actúan en el ser humano. Fuerzas semejantes a esa hacen circular la savia por los vasos de las plantas, crecer los brotes, germinar las semillas. Todas estas fuerzas toman forma y color para los órganos de la percepción espiritual, del mismo modo que lo toman los objetos físicos para los ojos físicos. En esta fase de su evolución, el discípulo percibe no sólo el cristal o la planta, sino también las fuerzas espirituales de las que acabamos de hablar. Ve los instintos de los animales y de los hombres, no sólo como las manifestaciones de los seres, sino también como realidades exteriores, del mismo modo que ve en el mundo físico las mesas o las sillas. El mundo entero de los instintos, deseos, anhelos, pasiones de un animal o de un hombre se convierte en algo así como una nube astral que rodea al ser y que es lo que se llama el aura.

El clarividente que ha alcanzado este estadio de su evolución persigue fenómenos que son imposibles o, por lo menos, muy difíciles de aprender por medio de los sentidos físicos. Por ejemplo, puede notar la diferencia astral que separa un espacio casi enteramente lleno de hombres con instintos bajos y otros en el que están presentes seres de una mentalidad elevada. Un hospital se distingue de una sala de baile por su atmósfera, no sólo física, sino también espiritual. El ambiente astral de una ciudad comercial es completamente distinto del de una ciudad universitaria. Al principio, la percepción clarividente sólo es sensible de una manera muy débil a estos fenómenos. Comparados con las percepciones ordinarias de los sentidos, estas percepciones superiores aparecen al principio como, para el hombre físico, el sueño comparado con el estado de vigilia; después, progresivamente, inclusive en este dominio, la conciencia se ilumina.

La más alta conquista de un clarividente que ha alcanzado este grado, es la manera en que se le revelan las reacciones en lo astral de las pasiones y de los instintos humanos o animales. Una acción llena de amor va acompañada de una forma astral completamente distinta a la que acompaña una acción inspirada por el odio. Un deseo ciego suscita una <<contraimagen>> astral horrible, mientras que un sentimiento elevado produce una imagen astral muy bella. Estas <<contraimágenes>> son débiles durante la vida física, porque la existencia terrestre reduce su potencia. Por ejemplo, el deseo que se tiene de un objeto proyecta en alguna medida su <<contraimagen>> en el mundo astral; pero si el deseo llega a ser satisfecho o, al menos, si

se entrevé la posibilidad de que lo vaya a ser, esta contraimagen resulta muy debilitada. Ella no se manifestará plenamente sino después de la muerte, cuando el alma, conforme a su naturaleza, reviviendo continuamente este deseo, no pueda ya satisfacerlo, porque el órgano y el objeto físico del deseo habrán desaparecido. Por ejemplo, un comilón experimentará todavía después de su muerte el deseo de los goces de la buena mesa; pero ya no podrá satisfacerlos, porque ya en él habrá desaparecido el órgano del gusto. Por consiguiente, el deseo engendrará una contraimagen astral particularmente viva cuya vista atormentará el alma. Esta reviviscencia de las pasiones tenidas en el mundo astral, después de la muerte, en medio de las contraimágenes surgidas en las bajas regiones del alma, constituye lo que se llama la travesía del mundo psíquico y particularmente de la región de los deseos. Ella no cesa más que cuando el alma llega a estar purificada de todo deseo inferior dirigido hacia la vida terrestre. Entonces esta alma pasa a una región más alta que es el mundo espiritual propiamente dicho.

Por débiles que sean estas contraimágenes de los deseos humanos en el hombre que vive aún en la vida física, no por eso existen menos. Estos deseos potenciales lo aureolan y van con él de la misma manera que la cola acompaña al cometa. El clarividente puede percibirlas cuando alcance el grado de evolución correspondiente.

Por todo esto es por lo que pasa el discípulo en este estadio del desarrollo. Todavía no puede elevarse a experiencias más altas; para eso debe realizar todavía nuevos progresos.

COMO SE ADQUIERE LA CONTINUIDAD DE CONCIENCIA

La vida humana pasa alternativamente por tres estados: la vigilia, el sueño con sueños y el sueño profundo sin sueños. Se puede comprender perfectamente cómo se adquiere el conocimiento de los

mundos superiores cuando se hace uno una idea de los cambios que deben sobrevenir en estos tres estados, en el hombre que busca este conocimiento.

Antes de someterse a la disciplina que dicho conocimiento exige, la conciencia se encuentra constantemente interrumpida por los estratos del sueño, durante los cuales el alma ignora el mundo exterior y se ignora a sí misma. De vez en cuando, emergen de este océano de inconsciencia los islotes de los sueños, los cuales se relacionan, o con los acontecimientos exteriores, o con los estados orgánicos. Al principio, no se ve en los sueños, Más que una impresión particular del estado de sueño y, por consiguiente, no se tiene en cuenta, en general, más que dos de los tres estados: el sueño profundo y la vigilia. Pero, para la ciencia oculta, el sueño con sueños tiene su importancia junto con los otros dos estados.

Los sueños pierden su carácter insignificante, incoherente y caótico y progresivamente, van constituyendo un mundo ordenado y coherente En un grado superior de evolución, los sueños no solamente se abren sobre un universo que no le cede en nada a la realidad sensible, sino que también revelan hechos que traducen una realidad superior, en el verdadero sentido de la palabra. Toda clase de enigmas y de misterios permanecen ocultos detrás de la realidad sensible. Este mundo físico muestra bien que es el resultado de determinados hechos de naturaleza superior; pero el hombre, limitado a las percepciones sensibles, no puede alcanzar esas causas. El discípulo ve como se le revelan parcialmente cuando se encuentra en el estado que parte del sueño ordinario, pero muy pronto le sobrepasa.

El no debe, es cierto, tener por válidas estas revelaciones más que cuando le son confirmadas por su percepción consciente en el estado de vigilia. También a esto puede acceder. Y entonces es capaz de traspasar el estado de vigilia las percepciones tenidas durante el sueño: entonces el mundo sensible toma a sus ojos una coloración enteramente nueva. De la misma manera que un ciego que le operan de su ceguera ve, después de la operación, que el mundo físico se enriquece con todos los datos visuales, así también el hombre que se ha vuelto clarividente percibe en cuanto le rodea nuevas cualidades, nuevas cosas y nuevos seres. Ahora ya no tiene la necesidad de esperar a soñar para vivir en otro mundo; cuando o juzgue conveniente, se puede poner en el estado de conciencia necesario para alcanzar la percepción superior. Este estado tiene entonces para él una

importancia análoga a las de las percepciones que se tienen de la vida ordinaria, cuando los sentidos están activos, en comparación con las que se tienen cuando los sentidos están relajados. Literalmente se puede decir que el discípulo abre los sentidos de su alma y contempla las cosas que deben permanecer ocultas para sus sentidos corporales.

Ahora bien, este estado no es todavía más que una transición hacia las etapas superiores del conocimiento. Si el estudiante prosigue con perseverancia su entrenamiento oculto, descubrirá en el tiempo requerido que esta profunda transformación no influye sólo sobre su vida de sueño con sueños, sino también sobre el sueño profundo que antes no contenía ensoñaciones. Advierte entonces que el estado de inconsciencia absoluta en el que hasta el presente se encontraba mientras que dormía está ahora cortado por episodios conscientes. Muy pronto, de las profundas tinieblas del sueño comienzan a emerger percepciones de un carácter que no había conocido con anterioridad. Naturalmente, resulta muy difícil describir estas percepciones. Nuestra lengua, hecha para el mundo sensible, no puede expresar sino lejanamente las cosas que no son de este mundo. Sin embargo, no hay más remedio que recurrir a las palabras para dar una idea de estas realidades y ello no se puede conseguir más que mediante comparaciones simbólicas, a las que se puede recurrir por la razón de que en el universo todo se asemeja. Los seres y las cosas que existen en los mundos superiores se parecen tanto a las del mundo sensible que siempre se puede llegar a representárselas aproximadamente mediante comparaciones, inclusive empleando para ello lenguaje ordinario. Sólo es preciso no olvidar que una buena parte de estas descripciones de los mundos supra-sensibles únicamente pueden ser simbólicas. Es por esto por lo que la disciplina oculta sólo parcialmente recurre a las palabras ordinarias; por lo demás, si se quiere progresar, se está obligado el lenguaje simbólico, que habla por la evidencia: Por eso hay que asimilar ese lenguaje en el curso de la enseñanza oculta. Esto no impide que uno se pueda a hacer una idea aproximada de las realidades espirituales a través de relatos hechos en el lenguaje ordinario, como los que estamos llevando a cabo aquí.

Si se quiere tomar una comparación respecto a las primeras impresiones que emergen del océano de la inconsciencia total en el que se está sumergido durante el sueño profundo, con lo mejor que se podría comparar sería con los fenómenos auditivos. Se puede hablar de la percepción de sonidos y de palabras. Al igual que las experiencias de

sueño se parecen a un género de visión y pueden ser puestas en relación con la percepción visual, así también las realidades del sueño profundo se asemejan a impresiones auditivas. (Advirtamos de paso que, en el mundo espiritual, la visión es igualmente una actividad más elevada que la audición. También los colores son en este mundo algo más elevados que los sonidos o las palabras. Pero lo que el discípulo percibe primeramente en este mundo en el curso de su entrenamiento, no son todavía los fenómenos superiores de colores, sino los fenómenos inferiores de sonidos. Si el hombre percibe en primer lugar los colores, es únicamente porque la línea de conjunto de la evolución lo relaciona más con el mundo que se revela al sueño. Mientras que todavía no está tan bien adaptado al mundo superior que se expresa en el sueño profundo. Este mundo le habla pues al principio en sonidos y en palabras más tarde, el discípulo accederá igualmente a las formas y a los colores).

Desde que el discípulo advierte que tiene experiencias de esta naturaleza en el estado de sueño profundo, su primer deber es volverlas tan claras y precisas como sea posible. La cosa es al principio muy difícil, porque la percepción de lo que vive en este estado es en los primeros momentos extraordinariamente débil. Al despertar, sabe bien que le ha ocurrido algo, pero es incapaz de acordarse de lo que sea con claridad. Durante este período preliminar, lo esencial es permanecer tranquilo y despejado sin dejarse llevar un solo momento por la agitación o la impaciencia, porque este tipo de estado resultaría perjudicial; lejos de acelerar el progreso, lo entorpecerían. Es preciso abandonarse con serenidad a lo que viene hacia uno, sin brusquedades de ninguna clase. Si, en un momento dado, no se puede uno acordar de las experiencias del sueño, hay que esperar con paciencia a que ello se haga posible; y este momento llegará sin la menor duda, y cuanto más tranquilo y paciente se haya mantenido uno, más posibilidades se tendrá de poseer de una manera segura esta facultad de percepción, mientras que, si se fuerzan las cosas, se obtendrá alguna vez cierto resultado, pero la facultad podrá desaparecer después completamente y para largo rato.

Si esta facultad de percepción aparece y las expresiones del sueño resurgen con plana claridad delante de la conciencia, es, necesario dirigir la atención sobre el punto siguiente.

Entre las experiencias, se las distingue de dos clases: las primeras parecen totalmente extrañas a todo cuanto se ha conocido hasta entonces.

Ciertamente, no se puede encontrar desde el principio un tema de alegría; así se trabaja en su edificación, pero más vale por el instante dejarles tranquilos. Ellos son los primeros mensajeros del mundo espiritual superior, al que sólo se accede más tarde. En cuanto a la segunda clase de experiencias, el observador atento descubrirá en ellas un cierto parentesco con el mundo ordinario en el que vive.

Los problemas sobre los que reflexiona en el curso de la existencia, el misterio de las cosas del entorno, que desea taladrar, pero que no puede escrutar con el intelecto ordinario se encuentran iluminadas por estas experiencias del sueño. Durante el día, el hombre reflexiona sobre lo que le rodea; intenta representarse las relaciones existentes entre las cosas; busca hacerse con el concepto de lo que sus sentidos perciben. Es con estas representaciones y conceptos, con lo que se relacionan las experiencias del sueño. Lo que todavía no era más que un concepto obscuro y vago empieza a tomar una sonoridad, una vida que, en el mundo sensible, no se podría comparar más que con sonidos o con palabras. Al discípulo le va pareciendo cada vez más que la solución de los problemas que se plantean vienen de un plano superior mediante sonidos y palabras, y adquiere la posibilidad de religar estas revelaciones de otro mundo a los fenómenos de la vida ordinaria. Lo que no podía esperar más que en pensamiento se torna para él ahora en experiencia vívida, tan concreta como las pertenecientes al mundo de lo sensible. Porque las cosas de las de los seres de este mundo sensible no son únicamente lo que parecen ser para la percepción sensorial; son, en el fondo, la expresión, la emanación de realidades espirituales. Y este mundo espiritual, que hasta ahora permanecía oculto, empieza a resonar, proveniente de todas partes, en torno a uno.

Es fácil comprender que esta facultad de percepción superior no puede resultar beneficiosa más que si se han desarrollado los sentidos espirituales con normalidad y regularidad. Es lo mismo que ocurre con el hombre físico, que no podría exigir a sus instrumentos sensoriales ordinarios observaciones exactas, más que si ellos están normalmente constituidos. Los sentidos espirituales son edificados por el hombre mismo, mediante los ejercicios que le impone la disciplina oculta.

Las reglas que conciernen a estos ejercicios tienen tal importancia y deben ser observadas con tanta exactitud, no por otra razón sino

porque en sí contienen las leyes del crecimiento y la maduración para la naturaleza superior del alma humana. Esta naturaleza debe ser, desde su nacimiento, un organismo construido de una manera armoniosa y justa.

Pero sí algunas de las percepciones, o parte de una de ellas, se observan mal, no es un ser viable, sino un ser inviable, el que nace en el mundo espiritual: el nacimiento fracasa.

Se comprende fácilmente que el nacimiento de esta alma superior tiene lugar durante el sueño profundo, si se piensa que si un organismo tan poco delicado y tan poco resistente apareciera en las condiciones de vida ordinaria, sería incapaz de afirmarse frente a fenómenos demasiado rudos de esta vida. Su actividad resultaría sofocada por la del grupo físico, mientras que en el sueño, durante el reposo de este cuerpo, del que depende la percepción sensible, la actividad del alma superior, casi imperceptible al principio, puede nacer y manifestarse.

Advirtamos, sin embargo, una vez más, que el discípulo no podría considerar estas experiencias del sueño como conocimientos válidos, más que cuando esté en estado de integrar en la conciencia ordinaria del alma superior que acaba de despertarse. Si puede hacerlo, se vuelve igualmente capaz de percibir, en las experiencias físicas y entre ellas, el mundo espiritual en su carácter propio, es decir, de oír con su alma, bajo la forma de sonidos y palabras, los misterios que le rodean.

Llegado a este estado es preciso darse cuenta de que al principio no se trata más que de fenómenos espirituales aislados, más o menos incoherentes. Por esto es por lo que es necesario guardarse de querer edificar aquí todo un sistema de conocimientos; porque fácilmente se encontraría uno arrastrado a introducir en el mundo físico nociones e idea puramente imaginarias, con lo que se construiría un universo sin la menor relación con el verdadero universo espiritual.

El discípulo debe practicar constantemente un control muy riguroso de sí mismo. El mejor método es ir haciendo cada vez más conscientes las experiencias espirituales auténticas que se pueden tener, y esperar pacientemente que se presenten otras espontáneamente y vengan a unirse como por sí mismas a las precedentes.

Bajo la acción del mundo espiritual en el que se acaba de entrar, se produce en efecto, y mediante la práctica de los ejercicios correspondientes, una ampliación siempre creciente de la conciencia durante el sueño profundo. Experiencias cada vez más numerosas emergen de la inconsciencia en la que permanecen atrapados

fragmentos cada vez más reducidos de la vida del sueño. De este modo se agrupan progresivamente unas a otras las percepciones aisladas, sin que esta labor natural de agregación resulte estorbada por combinaciones y asociaciones de ideas que no podría inspirar más que hábitos intelectuales extraídos del mundo sensible.

Cuanto menos se introduzca uno en el mundo espiritual a través de las rutinas del pensamiento, mejor será. Si uno se comporta así, se acerca el momento en que estados que antes permanecían sumergidos en el inconsciente del sueño, se trasmutan en una serie interrumpida de experiencias conscientes, sobre el sendero del conocimiento superior. Durante el reposo del cuerpo, se vive con una vida real como durante la vigilia. Apenas hay necesidad de observar que, durante el sueño, se relaciona uno con una realidad completamente distinta a la del medio sensible en el que se encuentra el cuerpo. Para que el discípulo no pierda nunca pie en este medio sensible, debe a toda costa establecer un lazo entre las experiencias profundas del sueño y el entorno sensible, inclusive si al principio la naturaleza de lo que se revela durante el sueño resulta ser un descubrimiento completamente nuevo.

La etapa importante que consiste en adquirir la conciencia durante el sueño se llama, en ciencia oculta, <<continuidad de conciencia>> (1)

Para aquél que haya alcanzado ese grado, la facultad de percepción no se suspende durante los períodos, en que su cuerpo físico reposa y en que los órganos de los sentidos no transmiten a su alma ninguna del exterior.

(1) Lo que describimos aquí es, en cierta etapa de la evolución, una especie de <<ideal>> que llega al final de una larga ruta. Lo que el discípulo conoce primeramente son estos dos estados en primer lugar, la conciencia relativamente despierta en lugar de los sueños incoherentes; en segundo lugar, el sueño sin conciencia y sin ensoñaciones.

DISOCIACIÓN DE LA PERSONALIDAD EN EL CURSO DEL ENTRENAMIENTO OCULTO

Durante el sueño, el alma no recibe informaciones de los órganos físicos de los sentidos. En este estado, las percepciones del mundo exterior no le alcanzan. Ella está verdaderamente, en cierto aspecto, fuera de esta parte de la naturaleza humana que se llama el cuerpo físico y que, en el estado de vigilia, transmite las percepciones sensoriales y el pensamiento. Ya no está religada más que a los cuerpos sutiles (etérico y astral), los cuales escapan a la observación física.

Ahora bien, la actividad de estos cuerpos sutiles está lejos de pararse durante el sueño. De la misma manera que el cuerpo físico está en relación con las cosas y los seres del mundo físico sobre los cuales actúa y los cuales a su vez actúan sobre él, así también el alma vive en el mundo superior y esta vida no es interrumpida por el sueño. Porque, el hombre no puede saber de esta actividad en tanto que él no posee saber de esta actividad en tanto que él no posee órganos de percepción espiritual, gracias a los cuales pudiera observar durante el sueño que le rodea y lo que él mismo hace, tan bien como, durante el estado de vigilia, observa el mundo físico con sus sentidos. La disciplina oculta consiste precisamente como hemos de ayudar al surgimiento de estos sentimientos espirituales.

Ahora bien, si el hombre consigue, a través de esta disciplina, transformar el carácter del sueño, se encuentra con la posibilidad de seguir conscientemente todo lo que pasa a su alrededor cuando se encuentra en este estado, y puede conducirse a su antojo en este medio como lo hace durante el estado de vigilia con ayuda de los sentidos.

Es conveniente sin embargo, hacer notar que la percepción consciente del medio físico ordinario supone ya un grado superior de clarividencia. Mientras que, al principio del entrenamiento, el

estudiante en ocultismo percibe sólo las realidades de otro mundo sin poder encontrar su lazo de unión con los objetos de su medio familiar.

Las características particulares del sueño y de la ensoñación se encuentran constantemente durante toda la vida. El alma vive sin interrupción en contacto con los mundos superiores, y en ellos desarrolla su actividad. Allí hace actuar los impulsos mediante los cuales no cesa de actuar sobre su cuerpo físico.

En el hombre ordinario, esta vida en el mundo espiritual permanece inconsciente. El ocultista toma conciencia de ella, y es esto lo que hace que se transforme su existencia. Durante todo el tiempo en que el alma no es clarividente, es arrastrada por seres que la superan, que la sobrepasan; pero de la misma manera que un ciego de nacimiento, una vez operado ve transformarse su existencia y convertirse en algo totalmente diferente, desde el momento en que pueda ya conducirse sin guía, igualmente la formación oculta metamorfosea la vida del ser humano. En adelante, él ya no tiene necesidad de guía, puede actuar por su cuenta. Por esta causa, corre el riego de cometer muchos errores que la conciencia humana ni siquiera sospecha. Extrae los móviles de sus acciones de una esfera en la que hasta entonces, sin el que él tuviera conciencia de ello, estaba sometido a potencias superiores integradas a la armonía universal. El discípulo se retira pues de esta armonía y ahora es por sí mismo como debe cumplir una serie de actos que el universo realizaba anteriormente por él, sin necesidad de su participación consciente.

Es realmente por esta razón por lo que, en los escritos que tratan de ocultismo, se ha hablado a menudo de los peligros que implica el progreso en los mundos superiores. La descripción de estos peligros parece hacha para llenar de espanto a las almas tímidas ante esta nueva vida. Pero es preciso decir que estos peligros existen sólo para aquellos que no observen las necesarias normas de prudencia. Cuando se observan estas normas y el discípulo ha seguido, punto por punto, los consejos del verdadero ocultismo, entonces si su desarrollo resulta marcado por la experiencia que superan en potencias y en grandeza todo cuanto pue3da imaginar la más audaz imaginación, no se podría, sin embargo, hablar de peligro real ni para la salud ni para la vida.

Ciertamente, el hombre descubre fuerzas terribles que amenazan la vida bajo todas las formas; se vuelve capaz de servirse por sí mismo de determinadas fuerzas y seres que escapan a la percepción sensorial. Es muy grande entonces la tentación de servirse de ellos de una manera

indebida para el interés personal,, o de emplearlos equivocadamente, por falta de ,los conocimientos necesarios. Volveremos a hablar de este problema en el capítulo sobre <<el guardián del umbral>>.

Por otra parte, hay que darse cuenta de que estas fuerzas enemigas de la vida existen, aunque se las ignore. Es verdad que en este caso su relación con la humanidad está sometida a leyes superiores. Es esta relación la que cambia cuando el hombre penetra conscientemente en ese mundo que, hasta el presente, le había permanecido oculto. Sin embargo, el refuerza así su propia existencia y enriquece, de una manera increíble, la esfera de su vida. No hay verdadero peligro más que si el discípulo se impacienta o se sobreestima, o bien se quiere enfrentar demasiado pronto completamente solo con determinadas experiencias, sin esperar que su espíritu se haya penetrado de manera suficiente de las leyes espirituales. La humildad y la modestia no son precisamente palabras vacías, y, en este ámbito, menos aún en la vida cotidiana. Cuando el discípulo posee verdaderamente estas virtudes, puede estar seguro de que su desarrollo en los mundos superiores no comportará ningún peligro para lo que habitualmente se llama la vida y la salud.

Ante todo, hay que evitar las disonancias entre las expresiones superiores y las exigencias de la vida cotidiana. Es sobre esta tierra donde se tienen que cumplir los deberes del hombre, y con toda seguridad sería faltar al propio destino pretender escapar a la obligación de estos deberes terrenales, para evadirse hacia otro mundo.

Pero esto que los sentidos perciben no es, sin embargo, más que una parte del mundo, y las entidades que se expresan a través de los fenómenos sensibles son de naturaleza espiritual. Es necesario participar en la vida del espíritu para ponerse en disposición de transferir las manifestaciones de esos fenómenos a este mundo aquí abajo. El hombre transforma la tierra implantando en ella los gérmenes del espíritu recogido en los mundos superior. En este reside su misión. Debe tender a levarse hacia el nivel del espíritu, precisamente porque el mundo sensible ha nacido de lo espiritual y lo cierto es que no se puede actuar eficazmente sobre esta tierra más que tomando parte de este mundo espiritual que contiene en sí toda energía creadora. Si se aplica en este sentido la disciplina oculta, sin desviarse un solo momento de la dirección que uno se ha fijado, entonces no hay que temer el menor peligro. Por otra parte, ninguna posibilidad de peligro debe desviar a nadie del camino que haya emprendido; por el

contrario, debe animarle a adquirir las cualidades que hacen de alguien un verdadero estudiante del ocultismo.

Tras estas observaciones preliminares, que pueden contribuir a disipar todo tipo de temor, vamos a pasar ahora a la descripción de algunos de estos pretendidos <<peligros>>

Se producen grandes cambios en los cuerpos sutiles del discípulo que resultan de los procesos evolutivos de las tres grandes fuerzas del alma: voluntad, sentimiento y pensamientos. Antes de que se emprenda un entrenamiento espiritual, estas tres fuerzas se encuentran normalmente en una relación que depende de las leyes universales. El hombre no puede sentir, o querer de cualquier forma. Por ejemplo, cuando se patentiza una representación cualquiera en la conciencia, ella se asocia con total naturalidad en un determinado sentimiento, o bien entraña una cierta decisión. Si se entra en una habitación donde el aire es sofocante, se abre la ventana; si se oye pronunciar el propio nombre, se responde a la llamada; si a uno le hacen una pregunta, la responde; si a uno le hacen una pregunta, la responde; se ve un objeto que huele mal, se experimenta un sentimiento desagradable.

Se trata aquí de relaciones sencillas, simples, espontáneas, entre el pensamiento, el sentimiento y la voluntad. Ahora bien, desde que se mira a la vida humana en su conjunto, se constata que ella reposa por completo sobre estos lazos. Más aún: una vida no se presenta como<<normal>> más que si en ella se pueden constatar la presencia de estos lazos naturales entre las fuerzas del alma. Se consideraría que ésta como en contradicción con las leyes de la naturaleza humana que un hombre, por ejemplo, experimentase un sentimiento agradable respirando un olor fétido o que no respondiera a una pregunta que le hiciesen. Los resultados que se pueden extraer de una buena educación o de una enseñanza correcta son precisamente los de afirmar en un alumno esos lazos naturales entre el pensamiento, el sentimiento y la voluntad. Las nociones que se inculcan en un niño están destinadas a estar sólidamente religadas en lo porvenir por una red constituida por su sensibilidad y su vida voluntaria.

La causa de esto es que, en los<<cuerpos>> sutiles del alma, los centros de estas tres fuerzas coinciden entre sí para formar un todo coherente. Esta misma unión se encuentra por otra parte también en el cuerpo físico material. Porque también en él los órganos que sirven a

la voluntad se encuentran naturalmente religados a los que expresan el pensamiento y el sentimiento. Es así como tal tipo de pensamiento hace aflorar un determinado sentimiento o al acto volitivo correspondiente.

Ahora bien, llega el momento, en el curso del entrenamiento oculto, en que los lazos que unen entre sí estas tres fuerzas fundamentales no actúan ya. Esta parada no se produce en principio más que en el sutil organismo psíquico; pero la separación repercute, en el estadio siguiente, hasta sobre el cuerpo físico.

El cerebro de un hombre espiritualmente evolucionado disocia, por ejemplo, literalmente en tres elementos distintos. Esta separación no es por otra parte perceptible para los sentidos ordinarios, ni verificable tampoco por los más precisos instrumentos. Se produce, sin embargo, y el clarividente posee los medios necesarios para observarla. El cerebro del clarividente avanzado se disocia en tres naturalezas independientes la una de la otra: el cerebro—pensamiento, el cerebro—sentimiento y el cerebro—voluntad.

Los órganos del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad son en adelante perfectamente autónomos. Ninguna ley innata regula ya sus relaciones y es a la conciencia superior despierta en el hombre a la que corresponde la tarea de armonizarse.

El estudiante de ocultismo constata este cambio; advierte que ya no existe en él ningún lazo entre, por ejemplo, una representación y sentimiento, o entre un sentimiento y una volición... A menos que él mismo cree ese lazo. Ningún impulso le lleca de una idea hacia una acción, si él mismo no la crea en sí. Ahora puede permanecer insensible ante un fenómeno que antes le inspiraba un amor vibrante o un odio violento; se queda sin reacción ante un pensamiento que antes le hubiera llevado a la acción lleno de entusiasmo. Por otra parte, puede realizar voluntariamente actos para los cuales no existe en el hombre ordinario alguna razón de actuar. Ha realizado esta gran conquista de la disciplina oculta: el dominio perfecto de la coordinación entre las tres fuerzas del alma. Pero, a cambio, en adelante él es el único responsable de esta coordinación.

El hombre no puede entrar en relaciones conscientes con determinadas fuerzas y determinados seres suprasensibles más que si ha transformado así su naturaleza interna. Porque existe un parentesco entre determinadas fuerzas fundamentales del universo y las fuerzas personales de su alma. Por ejemplo, la que reside en la voluntad puede

actuar sobre seres y objetos precisos del mundo espiritual y percibirlos. Pero no lo puede más que cuando se ha liberado de toda unión íntima en el alma con el sentimiento y el pensamiento. Desde que se rompe este lazo, la acción de la voluntad se exterioriza. Y lo mismo ocurre con las fuerzas del sentimiento y del pensamiento.

Por ejemplo, si un hombre dirige hacia otro un sentimiento de odio, este sentimiento es visible para el clarividente bajo la forma de una ligera nube luminosa de una coloración particular. El clarividente puede detectar este sentimiento de odio de la misma manera que, en el mundo sensible, un hombre físico puede detectar el golpe que le amenaza. En el mundo superior, el odio se convierte en un fenómeno visible. Y si el clarividente puede percibirlo, es porque es capaz de exteriorizar la fuerza que reside en su sensibilidad, de la misma manera que el hombre físico lanza hacia el exterior la sensibilidad de su ojo cuando quiere ver. Ahora bien, lo mismo ocurre con los hechos, todavía más importantes, de la vida sensible. El hombre puede establecer con ellos una relación consciente, desde que las tres fuerzas fundamentales del alma se tornan independientes la una de la otra.

Esta separación entre el pensamiento, sentimiento y voluntad puede engendrar, si se olvidan las reglas del verdadero ocultismo, tres tipos de peligro, de tal naturaleza como para turbar el progreso del ser humano. El primer desorden puede producirse si los lazos se rompen antes de que la conciencia superior esté lo suficientemente avanzada en el conocimiento como para poder imprimir ella misma la orientación que asegurará el acuerdo libre y armonioso de las fuerzas que se han disociado.

Porque, por regla general, estas tres fuerzas no se encuentran en el mismo momento en idéntico grado de madurez. En unas personas, se desarrolla más el pensamiento o la voluntad. Mientras que la coordinación de las fuerzas permanezca mantenida por las leyes universales, la predominancia de una de ellas no llegaría a provocar ninguna perturbación importante. En el ser que predomina la voluntad, por ejemplo, las leyes universales permiten al pensamiento y al sentimiento compensar los excesos a los que podría llevarle una actividad voluntaria exagerada.. Si este ser al que podríamos llamar voluntarioso decide seguir un desarrollo oculto, esta influencia compensadora del sentimiento y del pensamiento deja, sin embargo, de frenar la voluntad, que se entrega entonces a terribles desbordamientos, y si el hombre no es perfectamente dueño de su

conciencia superior, hasta el punto de restablecer la armonía, entonces la voluntad no conoce ya freno, y no cesa de tiranizar el alma. El sentimiento y el pensamiento se ven reducidos a una total impotencia. Aguijoneado por una actividad voluntaria dominadora, el hombre se convierte en su esclavo, despertándose en él una naturaleza violenta que pasa sin freno ni control de una acción a otra.

La segunda aberración se puede presentar si el sentimiento se desarregla fuera de toda medida. Una persona naturalmente inclinada a la devoción y al respeto de los demás seres puede, por ejemplo, caer en una dependencia total de ellos, hasta el punto de perder su voluntad y pensamientos personales. En lugar de adquirir el conocimiento superior, el alma se debilita y se vacía miserablemente. E igualmente puede, si pone las bridas en manos de una vida afectiva llevada al terreno de la piedad y de los sentimientos religiosos, caer en un misticismo exaltado, completamente desarreglado.

El tercer desorden resultad del desarrollo exagerado del pensamiento. Aparece entonces un estado del alma contemplativo, introvertido, hostil a las manifestaciones de la vida. Para estos seres, el mundo no parece tener ya importancia más que en la medida en que ofrece ocasiones de satisfacer su devoradora avidez de conocimiento. Ningún pensamiento podría ya incitarle a la acción, ni despertar un sentimiento. Observan todas las cosas con frialdad y desasimiento; huyen del contacto con la actividad cotidiana, que les repugna, o, por lo menos, que ha perdido todo sentido para ellos.

En fin, tales son los tres <<impasses>> en los que se puede perder el discípulo: la voluntad de potencia, las exaltaciones del sentimiento y una búsqueda del conocimiento fría y sin amor. Para el observador superficial, e inclusive para la medicina materialista, un ser humano que sea presa de uno de estos errores se asemeja mucho a un loco o, por lo menos, a alguién <<muy nervioso>>. Es evidente que el discípulo debe evitar esta semejanza. Y puede hacerlo si desarrolla las tres fuerzas del alma de una manera armoniosa antes de desatar sus relaciones innatas y situarlas bajo el control único de la conciencia superior.

Porque desde que se ha cometido una falta y una de estas fuerzas fundamentales se ve entregada a sí misma, el nacimiento del alma superior no puede ya producir más que un ser anormal e incompleto. La fuerza desencadenada llena la personalidad entera y ya no será posible, de aquí en mucho tiempo, pensar en volver a restablecer el

equilibrio. En quién no emprende la tarea de perfeccionarse, el hecho de poseer naturaleza voluntarista o sentimental, o bien meditativa, se le aparece como un inofensivo rasgo de carácter. Pero estas predominancias exclusivas toman, en el discípulo, proporciones tales que pierde por su causa la integridad de su naturaleza humana, llegando a encontrarse desamparado en la existencia.

Por otra parte, el peligro no llega a resultar serio hasta el momento en que el discípulo adquiere la facultad de reproducir, en estado de vigilia, experiencias semejantes a las que tiene en el sueño. Mientras no ha superado el estadio en el que el sueño resulta entrecortado de resplandores, la vida sensible gobernada por las leyes cósmicas restablece por sí misma el equilibrio. Es por esto por lo que resulta tan necesario que la vida del discípulo, durante el estado de vigilia, sea una vida normal, sana y regulada en todos los sentidos. Cuanto mejor responda a las exigencias naturales, manteniendo su cuerpo su alma y su espíritu en un estado de vigor y de salud, mejor para él. Por el contrario, si la vida cotidiana contribuye a excitarlo o a desequilibrarlo, y esta perniciosa influencia viene del exterior para añadir un efecto destructor mediante los grandes cambios que se producen en la vida interior, el resultado puede ser verdaderamente malo. Debe, pues investigar todo lo que corresponde al juego normal de sus facultades y de sus fuerzas, y todo cuanto pueda favorecer unas condiciones de vida que se armonicen con su entorno. Por el contrario, debe evitar todo aquello que pudiera turbar esta armonía e introducir en su existencia inquietud o agitación. No se trata tanto de reabsorber las manifestaciones exteriores de esta agitación, cuanto de vigilar para que la vida interior, las ideas, los estados de ánimo, la salud, no sufran choques constantes.

Todo esto no es ya tan fácil de observar cuando se ha emprendido un desarrollo oculto. Porque las experiencias superiores que ahora enriquecen la vida ejercen una acción continua sobre la existencia entera. Y si en estas circunstancia superiores hay algo de anormal, el desorden no acecha y en cualquier momento nos puede arrojar fuera del camino recto. Asimismo, el discípulo no debe olvidar nada de lo que le puede asegurar el dominio sobre todo su ser. Nunca le deben faltar la presencia de ánimo o la calma necesaria para abordar cualquier situación en que la vida le sitúe. Por otra parte, una verdadera disciplina oculta hace nacer, por sí misma, todas estas cualidades. Ella instruye

acerca de todos los peligros, otorgándonos, en el momento requerido, la fuerza necesaria para conjurarlos.

EL GUARDIAN DEL UMBRAL

Los encuentros con el guardián del umbral constituyen experiencias de gran importancia que acompañan la ascensión a los mundos superiores. En realidad, no hay un solo guardián, sino, más exactamente, dos: uno que es el <<pequeño>> y otro que es el <<gran guardián del umbral>>. Se encuentra uno con el primero cuando los lazos que unen entre sí la voluntad, el pensamiento y el sentimiento en los cuerpos sutiles (astral) y etérico) comienzan a separarse, de la forma en que lo hemos descrito en el capítulo precedente. En cuanto al gran guardián del umbral, el hombre lo encuentra cuando la ruptura de estos lazos alcanza también a los órganos físicos del cuerpo, especialmente, y en primer lugar, el cerebro.

El <<pequeño>> guardián del umbral es un ser autónomo. Es un ente que no existe para el hombre que todavía no haya alcanzado el estadio de desarrollo donde se encuentra. Aquí no podemos describir más que algunas de sus características esenciales.

En primer lugar, intentaremos representar, de una forma narrativa, el encuentro del discípulo con el guardián del umbral. Este encuentro viene a advertirle que, en él, pensamiento, sentimiento y voluntad escapan a su coordinación primitiva.

Un ser bastante horripilante se yergue delante del discípulo, quien, para sostener la mirada, necesita apelar a todo cuanto ha podido adquirir de presencia de ánimo y de confianza en la excelencia del camino que está siguiendo hacia el conocimiento.

He aquí como el guardián revela el sentido de su ser: <<Hasta aquí, has sido guiado por potencias que permanecían invisibles para tus ojos>>. Es por causa de ellas por lo que, en el curso de tus existencias anteriores, cada una de tus buenas acciones ha tenido su recompensa, y cada una de tus faltas sus molestas secuelas. Bajo su influencia, se ha ido formando tu carácter, marcado por tus experiencias y tus pensamientos. Ellas han decidido tu destino. Ellas han determinado la parte de alegría o de sufrimientos que te debían tocar en suerte en cada una de tus encarnaciones según tu conducta pasada. Ellas han reinado sobre ti bajo la forma de la ley universal del <<Karma>>. Estas

potencias van a renunciar ahora a una parte de su dominio sobre ti. Una parte del trabajo que ellas realizan lo debes realizar tú en adelante. Duros golpes del destino han caído sobre ti hasta ahora y tu no sabías por qué: era la consecuencia de alguna acción dañina realizada por ti en alguno de tus precedentes existencias. Asimismo, aq veces, has encontrado la felicidad y la alegría y la has acogido. También ellas eran igualmente efecto de antiguas acciones. En tu carácter hay sin duda partes buenas, pero también partes odiosas; eres tú mismo quien ha creado las unas y las otras mediante tus actos y tus pensamientos anteriores. Hasta ahora, has conocido los efectos sin ver las causas. Pero ellas, las potencias kármicas, han escrutado todas tus acciones pasadas, tus pensamientos, tus sentimientos más secretos, y, según esto, han determinado tu manera de ser actual y el curso de tu vida.

<<Al presente se te van a revelar directamente todos los buenos y todos los malos aspectos de tus encarnaciones precedentes. Estas causas estaban hasta aquí tejidas en tu propia naturaleza; estaban en ti y tu no podías verlas, de la misma manera que no podrías ver tu propio cerebro con tus ojos físicos. Ahora, todo este pasado se desprende de ti mismo y se separa de tu persona. Adquiere una forma autónoma a la cual puedes mirar como miras las piedras y las plantas del mundo exterior. Y yo mismo soy el que se ha configurado un cuerpo con todo cuanto hay en ti de noble o de vil. Mi apariencia fantasmal está hecha de deudas que tú has contraído y que están consignadas en el libro de tu vida. Hasta ahora, me has llevado contigo sin verme. Esta ceguera fue una felicidad para ti. Porque la sabiduría de un destino que estaba oculto ha podido de este modo trabajar sin que tú lo sepas en la desaparición de las manchas odiosas cuyos vestigios ven en mí. Ahora he salido de ti. Esa sabiduría oculta te ha abandonado igualmente. En adelante, ya no se preocupará por ti. Deja su tarea en tus manos. Es preciso que yo llegue a constituirme en un ser perfecto y espléndido, que no caiga en la perdición. Si llegara a ocurrir esta desgracia, te arrastraría conmigo a un mundo oscuro y caído, privado de toda cosa buena. Para evitar esta calamidad, es preciso que tu propia sabiduría sea lo bastante grande como para tomar sobre ella la tarea de la que se encargaba antes la sabiduría escondida que te ha abandonado. Cuando hayas franqueado el umbral que yo guardo, en ningún momento desapareceré ya de tu vista. Cuando hagas algo malo, en seguida percibirás tu falta mediante una transformación de mi forma, que se alterará de una manera demoníaca, horrible. Y sólo cuando

hayas enmendado tus errores pasados y estés lo suficientemente purificado para que hacer el mal te resulte ya imposible, mi ser se revestirá de una belleza radiante y, para el mayor bien de tu futuras actividades, podré unirme a ti para formar contigo un solo ser.

<<Mi umbral está cimentado por los temores y las aprehensiones que todavía experimentas ante la carga entera de ti mismo, la entera responsabilidad de tu conducta y de tu pensamiento. Mientras que no te decidas a dirigir por ti mismo tu propio destino, el umbral no tiene todavía cuanto puede comportar. Mientras que falte en él una sola piedra, tendrás que permanecer allí delante, sin traspasarlo. No intentes franquearlo antes de sentirte enteramente libre de todo temor y dispuesto a cargar con la suprema responsabilidad>>

<<Hasta el momento presente, yo no salía de tu yo personal más que cuanto la muerte ponía fin a una de tus etapas terrestres. Pero inclusive en esos momentos, sin embargo, mi forma permanecía velada para ti. Únicamente me percibían las potencias que vigilaban sobre tu destino. Según mi aspecto, ellas podían modelar, en los intervalos que separan la muerte de un nuevo nacimiento, las fuerzas y las facultades que deberían permitirte trabajar en tu propio progreso, en una nueva encarnación, embelleciendo su forma. Y es también mi imperfección la que obligaba siempre a estas potencias a devolverte a la tierra para otra encarnación. A tu muerte yo estaba allí, y los maestros del Karma decidían sobre tu retorno a la tierra según lo que yo fuese. Era sólo si tú habías llegado inconscientemente, a través de tus sucesivas encarnaciones, a volverme perfecto, cuando las potencias de la muerte no habrían tenido ya posibilidad de acción sobre ti; fundido conmigo, habrías podido por fin entrar en la inmortalidad. Pero hoy me he hecho visible para ti, mientras que siempre he estado cerca de ti a la hora de la muerte, aunque invisible. Cuando hayas franqueado mi umbral, entrarás en las esferas que generalmente no conoces sino después de la muerte física. Vas a entrar en ella con plena, y, al mismo tiempo que continuarás evolucionando sobre la tierra bajo una forma físicamente visible, vas a evolucionar en adelante en el reino de la muerte, es decir, en el reino de la vida eterna. Porque, en realidad, yo soy también el ángel de la muerte, al mismo tiempo que el anunciador de una vida eterna, de una vida superior, inagotable, inextinguible. Viviendo hoy en tu cuerpo, atravesarás por mi la muerte, para renacer a una existencia que ya jamás nada aniquilará>>.

<<La esfera en que penetres te va a revelar seres de naturaleza suprasensible. La felicidad allí será tu herencia, pero tu primer encuentro en este nuevo mundo seré yo mismo, tu criatura. Antes, yo me nutría de tu propia vida; ahora me has despertado a una existencia autónoma, y heme aquí delante de ti, juez visible de tus acciones por venir, quizá como un reproche constante. Tu has podido crearme, pero, al mismo tiempo, has tomado sobre ti la carga de transformarme en un ser perfecto>>.

Esto que hemos presentado aquí bajo una forma narrativa no debe ser considerado como un símbolo, sino como una experiencia de las más reales que pueda tener el discípulo **(1)**

El guardián debe advertir expresamente que no se avance más, si no se siente uno con fuerza necesaria para responder a las exigencias que le acaban de ser reveladas. Por terrible que sea esta aparición, no es, sin embargo, el efecto de la existencia anterior del discípulo; no es más que su propia naturaleza exteriorizada y despierta a la vida autónoma. Este despertar sobreviene cuando se disocian las tres fuerzas: voluntad, pensamiento y sentimiento.

Ya constituye de por sí una experiencia de gran alcance tener, por vez primera, conciencia de que se ha engendrado a un ser espiritual. El discípulo debe preparado para soportar, sin experimentar el menor espanto, ante esta terrible aparición.

Si el discípulo sale felizmente de este primer encuentro con el guardián del umbral, una de las consecuencias de ello será que su próxima muerte física constituirá un acontecimiento completamente distinto que todas las muertes precedentes. Cumplirá conscientemente el acto de morir, despojándose de su cuerpo físico como se despoja uno de un vestido que ya está demasiado usado o al que un desgarrón acaba de dejar inservible. Su muerte física no tiene ya, por así decir, importancia más que para los demás, los que vivían con él y se encuentran todavía detenidos en las percepciones de los sentidos. Para ellos, el discípulo <<muere>>; para él, no se produce ningún cambio demasiado importante en cuanto le rodea. Todo el universo espiritual en el que entra se le ha ofrecido ya idénticamente antes de su muerte; es el mismo universo el que contempla después de la muerte.

(1) De lo que precede se desprende que el guardián del umbral que acabamos de describir es una forma (astral) que se revela a la clarividencia que está en vías de desarrollarse en el discípulo. La ciencia espiritual lleva a este reencuentro suprasensible. Sólo mediante un procedimiento de magia inferior es como se puede volver visible a los sentidos físicos el guardián del umbral. La operación consiste en producir una nube de materia sutil, una especie de aparición humosa, compuesta por una mezcla de diversas sustancias. La fuerza del mago consigue dar forma a este humo y animarlo por medio del Karma, que el discípulo todavía no ha liberado. Si se está suficientemente preparado para la visión espiritual, ya no hay necesidad de semejante evocación sensible. Constituye un peligro verdaderamente grave el ser llamado, sin tener todavía la preparación suficiente, a contemplar, bajo la forma de un ser vivo, sensible, los residuos del Karma <<no liberados>>. Por otra parte, no hay que aspirar a tener esta experiencia. En la novela de Edward Bulwer Lytton, Zanoni, se puede encontrar una descripción novelesca del encuentro con el guardián del umbral materializado de esta forma.

Pero el <<guardián del umbral>> enseña también otra cosa. El hombre pertenece a una familia, a un pueblo, a una raza; él actúa en el mundo en función de su pertenencia a estas comunidades o colectividades; su propio carácter depende igualmente de ello. Ahora bien, lo que compone la familia, el pueblo o la raza, está muy lejos de ser únicamente la suma de todas las acciones cumplidas conscientemente por los individuos. Las familias o los pueblos tienen un destino de la misma manera que tienen unos caracteres distintivos. Estas cosas continúan siendo, son, *nociones generales*, para el hombre ordinario. En cuanto al pensador materialista, lleno de prejuicios, no siente más que desprecio, por el ocultismo, que pretende que el destino de una familia o de un pueblo, el carácter de una tribu o de una raza, existen tan realmente para él como el destino de un individuo. Y es que el ocultista describe realidades superiores, de las que son miembros los simples individuos, de la misma manera que los brazos, las piernas y la cabeza son partes del cuerpo humano.

En la vida de una familia, de un pueblo, de una raza, él ve actuar, además a los individuos, realidades más altas que constituyen verdaderamente el alma de esta familia, de este pueblo, el espíritu de esta raza. Se puede decir que los individuos son, en cierto sentido, más que los órganos ejecutivos de estas almas—grupos, y resulta perfectamente adecuado hablar del alma de un pueblo que se sirve, por ejemplo, de individuos pertenecientes a un país para cumplir determinadas tareas. El alma del pueblo no desciende hasta la materialización sensible, ella vive en los mundos superiores y para actuar en el mundo sensible, se sirve de los individuos como de

órganos físicos. Se comporta como un arquitecto que utiliza mano de obra para construir un edificio.

Todo hombre recibe, el más complejo sentido del término, de estas almas de familia, de pueblo, de raza, la tarea que le corresponde. El hombre limitado a los sentidos no está en absoluto iniciado al plano superior que ordena su acción. Es *inconscientemente* como sirve para realizar los fines asignados por el alma del pueblo o de la raza, mientras que el discípulo, desde que ha encontrado al guardián del umbral, debe no sólo vigilar el cumplimiento de sus deberes personales, sino también colaborar a *sabiendas* en las tareas de su pueblo o de su raza. Toda ampliación de su horizonte agranda también ineludiblemente el campo de sus deberes. Lo que pasa en realidad es que el discípulo añade de alguna manera un nuevo cuerpo psíquico al precedente, como un vestido que se pusiera encima de otro.

Hasta aquí, marchaba por la vida cubierto por los velos que abrigaban su personalidad, y las entidades espirituales que se servían de él tenían cuidado de determinar lo que tenía que hacer por la colectividad. El guardián del umbral le descubre ahora que, en lo sucesivo, estas potencias espirituales se van a retirar de él. El debe emerger de la colectividad, pero se afincaría en un aislamiento y no escaparía a la perdición si no adquiriese ahora los esfuerzos pertenecientes a los espíritus de los pueblos y de las razas.

Hay muchos que pretenden haberse liberado de toda dependencia respecto al pueblo o raza. Suelen decir: <<Me basta con ser un hombre y nada más que un hombre>>. Pero hay que responderles:<< ¿A qué debes tu libertad? ¿No es quizás tu familia quien te ha proporcionado tu lugar en el mundo? ¿No es tu pueblo o tu raza quienes han hecho de ti lo que eres? Ellos te han educado, y si te puedes elevar por encimad e todos los prejuicios, y convertirte en una luz o en un benefactor para tu pueblo o tu raza, ¿no se lo debes a *esta* educación? Inclusive si no eres como dices “nada más que un hombre”, es a los espíritus de las colectividades en el seno de las cuales has nacido a los que le debes lo que has llegado a ser>>.

Sólo el discípulo puede comprender lo que significa ser abandonado por los espíritus del pueblo y de la raza; sólo él puede saber hasta qué punto toda educación recibida significa poco frente a la vida que le aguarda en adelante. Porque todo cuanto le ha sido aportado se disgrega cuando se rompen los lazos entre la voluntad, el pensamiento y el sentimiento. El mira los resultados de toda la educación recibida,

como se mira una casa de paredes agrietadas por todas partes que se trata de reconstruir a partir de unos planos nuevos. Es pues algo más que un símbolo si se dice: después que el guardián del umbral he hecho conocer sus primeras exigencias, entonces, del sitio en que se encuentra se levanta un viento tempestuosos, un viento que paga todas las luces espirituales que hasta ese momento habían iluminado para el discípulo el camino de la existencia. Una oscuridad total se extiende delante de él; una oscuridad, que sólo es rota por el resplandor que emana del guardián del espíritu. Del seno de esa oscuridad surgen nuevas advertencias: <<No franquees mi umbral antes de estar seguro de que vas a comunicar por ti mismo luz a estas tinieblas; no des un paso más si no estás seguro de tener el suficiente aceite espiritual para alimentar en adelante tu propia lámpara. Porque las lámparas de los guías que te han iluminado hasta ahora te faltarán en lo sucesivo>>. Después de estas palabras, el discípulo debe volverse a mirar tras sí. El guardián del umbral parta entonces para él la cortina que ocultaba hasta este momento los misterios profundos de la existencia. Descubre, en su plena actividad, a los espíritus de la familia, del pueblo, de la raza; ve precisamente que hasta allí ha sido guiado y que está claro que, en adelante, ya no lo será. Tal es la segunda advertencia que se recibe del guardián al lado del umbral.

Nadie podrá soportar sin preparación semejante espectáculo si la fuerte disciplina que ha vuelto al individuo capaz de alcanzar el umbral no le permitiera también encontrar, en el momento requerido, las fuerzas necesarias. En determinados casos, es posible que esta disciplina haya sido tan armoniosa, que la entrada en la nueva vida pierda todo carácter impresionante o tumultuoso; entonces las experiencias ante el umbral vienen acompañadas de un presentimiento de esa felicidad que será la nota dominante de la existencia nuevamente adquirida. El sentimiento de la libertad nueva borra todos los demás. Bajo el efecto de ese sentimiento, los nuevos deberes y la nueva responsabilidad de los que se debe uno cargar aparecen como una obligación que toca cumplir necesariamente al hombre que ha accedido a este estadio de su evolución.

LA VIDA Y LA MUERTE
EL GRAN GUARDIÁN DEL UMBRAL

Acabamos de referirnos a la importancia que tiene el encuentro con el que llamamos <<pequeño>> guardián del umbral, porque este encuentro hace tomar conciencia de un ser suprasensible que, por así decir, se ha creado a sí mismo. El cuerpo de este ser es el resultado de nuestras propias acciones, sentimientos y pensamientos cuyas consecuencias eran antes invisibles. Ahora bien, estas fuerzas invisibles se han convertido en las causad determinantes de nuestro destino, de nuestro carácter. El hombre comprende, en este momento, que el mismo, en su pasado, ha plantado las bases de su presente. Por este hecho, su ser se encuentra manifiesto a su mirada hasta un cierto punto. Por ejemplo, ahora puede ver la causa de que haya contraído ciertas tendencias y costumbres. Determinados golpes del destino le han golpeado; pues bien, ahora comprende su origen. Se da cuenta de qué es que le lleva a amar esto u odiar aquello, de por qué una cosa le hace feliz y otra le vuelve desgraciado. El aspecto visible de la vida se le hace comprensible, gracias a las causas visibles, y hasta los grandes acontecimientos de la existencia, tales como la enfermedad y la salud, la muerte y el nacimiento, se desvelan a su mirada. Constata que él mismo ha tejido, *antes* de su nacimiento, toda una red de causas que necesariamente debían conducirle a la existencia. El discierne en sí la entidad que es todavía de naturaleza imperfecta en el mundo visible, pero que, sin embargo, no podría adquirir su perfección más que mediante su paso a este mundo. Porque en ningún otro mundo se encuentra ocasión de edificar esta entidad humana. En fin, se ve que, por el momento, la muerte no puede separarle jamás de la tierra para siempre. Porque debe decirse:<<Hace tiempo, vine por primera vez a este mundo, porque era un ser que tenía imperiosa necesidad de vivir en él para adquirir cualidades que no habría podido adquirir en ninguna otra parte. Y continuaré ligado al mundo terrestre hasta que haya hecho madurar en mí todo cuanto en él haya podido espigar. No podré colaborar eficazmente algún día en la obra que se culmina en

otro mundo, sino después de haber adquirido la facultad en este mundo visible a los sentidos.

Una de las experiencias más importantes por la que puede pasar el iniciado es justamente la de aprender a conocer mejor, a apreciar mejor la naturaleza visible para los sentidos, cosa que no conseguía antes de emprender el entrenamiento espiritual. Esto lo debe a la mirada que sumerge en el mundo suprasensible. Quien no haya adquirido esta mirada tendrá que contentarse, tal vez, con sentir vagamente que las realidades suprasensibles son infinitamente más valiosas que las del mundo sensible, lo que le llevaría a subestimar éste. Pero quien haya practicado esta mirada sabe que si no contara con lo que le aporta el mundo visible, se quedaría sin fuerzas en el mundo invisible. Para vivir en lo invisible le son necesarias, indispensables, facultades y órganos que únicamente se pueden adquirir sobre la tierra. Es preciso que aprenda a *ver* en espíritu para tomar conciencia del mundo invisible. Ahora bien, esta fuerza, esta fuerza de visión en un mundo <<superior>> se crea poco a poco al contacto de las realidades llamadas <<inferiores>>. También resulta imposible nacer al mundo del espíritu con los ojos del espíritu si no se les ha desarrollado en el mundo sensible; como sería imposible para un niño recién nacido nacer con losa ojos físicos, si estos no se hubiesen desarrollado con anterioridad en el seno de la madre.

Desde tal punto de vista, se comprenderá por qué el umbral del mundo suprasensible debe ser admitido a sumergir la mirada en estas regiones antes de estar suficientemente equipado para ello. Es por esto por lo que, en cada una de sus muertes, cuando el hombre, todavía incapaz de actuar en otro mundo, lo penetra, sin embargo, hay un velo que le impide participar en él. No podrá contemplarlo sino después de haber adquirido la madurez necesaria.

Si el estudiante del ocultismo penetra conscientemente en el mundo suprasensible, la vida toma para él una significación enteramente nueva. El ve en lo sensible el terreno propicio para las semillas del mundo superior e inclusive, en un cierto sentido, este mundo <<superior>> le parece incompleto sin el mundo <<inferior>>. Dos perspectivas se abren ante él: una de ellas da por sobre el pasado; la otra, sobre el porvenir. Su mirada se sumerge en el pasado donde el mundo sensible no existía todavía, porque desde hace mucho tiempo está por encima del prejuicio según el cual el mundo suprasensible se habría desarrollado a partir del mundo sensible. Sabe que el mundo

suprasensible está en el origen del mundo sensible. Sin este tránsito, no se hubiese podido continuar evolucionando. Esto no sucede, en efecto, más que cuando los seres se hayan desarrollado en la esfera sensible y hayan adquirido todas las facultades de relación con él, que el mundo suprasensible podrá reemprender su marcha ascendente sobre la senda de la evolución., Ahora bien, estos seres son los seres humanos, y estos seres humanos no son pues, en su vida actual, más que el resultado de un estadio imperfecto de la evolución espiritual, y su finalidad debe ser alcanzar, a través de estas condiciones, la perfección que les permitirá servirse para hacer progresar los mundos superiores. Es entonces aquí donde se abre la perspectiva sobre el porvenir. Ella anuncia un estadio más elevado del mundo suprasensible. En este nivel, los frutos del mundo sensible alcanzarán madurez. Este mundo sensible, en tanto tal, será superado, y los resultados de su labor serán incorporados a una esfera más alta.

Esta visión hace comprender lo que significan la enfermedad y la muerte en el mundo sensible. La muerte expresa simplemente que llegó el tiempo, en el curso de la evolución, en que el mundo suprasensible original había alcanzado un punto en que ya no podía progresar por sí mismo. Habría sido necesariamente golpeado por el aniquilamiento general si hubiese recibido un influjo de vida. Esta vida nueva se presenta como una lucha contra el aniquilamiento universal. Sobre las ruinas de un universo moribundo, esclerotizado, han aparecido los gérmenes de una existencia nueva. Es por esto por lo que conocemos tanto la muerte como la vida. Ambos estados se han ido mezclando lentamente; porque los elementos perecederos que quedan del antiguo mundo se aferran todavía a los gérmenes de vida nueva que han surgido de ellos. Esta dualidad encuentra su expresión más neta en el hombre. El porta consigo, como una especie de vaina o revestimiento, lo que le queda, lo que le viene del antiguo universo, y en esta envoltura germina el ser del porvenir. De este modo, él constituye una entidad doble, a la vez mortal e inmortal. El elemento mortal está en el estadio final de su evolución; el elemento inmortal, en su estado inicial. Y únicamente *en el seno* de este mundo doble, que se expresa en lo físico, es donde el hombre adquiere facultades necesarias para realizar la inmortalidad. Porque esta es verdaderamente su misión; extraer frutos inmortales de lo que es mortal. Si considera se esencia tal como la ha construido en el pasado, se debe decir: <Mi ser encierra dentro de sí elementos que proceden de un universo

moribundo; ellos laboran en mí y sólo progresivamente podría yo quebrantar su potencia gracias a los elementos inmortales que nacen a la vida>>. El hombre sigue pues un camino que procede de la muerte y va hacia la vida. Si, a la hora de su muerte, pudiese hablarse conscientemente a sí mismo, debería decirse: <<Lo que muere en mí fue mi instructor. Perezco por la acción de todo un pasado en el cual estoy implicado, pero este campo de la muerte ha hecho crecer para mí los gérmenes de la inmortalidad. Los llevo conmigo a otro mundo. Si yo no dependiera más que del pasado, ni siquiera hubiera podido nunca llegar a nacer. La vida del pasado se acaba en el nacimiento. A través de los nuevos gérmenes de vida, la vida sensible se sustrae el aniquilamiento universal. El tiempo que separa el nacimiento de la muerte no expresa más que la parte conquistada por el nuevo influjo de vida sobre el pasado que muere; en cuanto a la enfermedad, no es más que la prolongación de la acción de la parte de este pasado que va hacia la muerte>>.

A la luz de estos conocimientos, es posible responder a quienes se preguntan por qué el hombre sólo puede elevarse lentamente del error a la verdad y de la imperfección al bien. Sus acciones, sus sentimientos y sus pensamientos son al principio enteramente dirigidos por las fuerzas que van hacia la muerte. Son ellas las que modelan sus órganos físicos y es por esto por lo que los órganos, así como todo su funcionamiento, están abocados a perecer.

Ni los instintos, ni la presiones, ni los órganos que les obedecen pueden componer el ser inmortal, sino únicamente la obra cumplida por estos órganos es la que puede pretender la inmortalidad. Cuando el hombre haya extraído de su naturaleza mortal todo cuanto le es posible sacar de ella, sólo entonces podrá renunciar a las bases sobre las cuales él se apoya en el mundo sensible.

De este modo, el primer <<guardián del umbral>> representa la imagen del hombre en su doble naturaleza, mezcla de los perecedero y lo imperecedero. Gracias a él, se ve claramente todo lo que le falta todavía al hombre para llegar a esta forma de luz radiante que podrá de nuevo habitar el puro mundo espiritual.

El <<guardián del umbral>> revela igualmente al hombre su grado de implicación en la naturaleza física. Este compromiso con la vida sensible se expresa en principio por medio de los instintos, los deseos

ávidos y personales bajo todas las formas del egoísmo. A continuación se manifiesta mediante la sumisión a un pueblo, a una raza; porque los pueblos y las razas no son todavía sino diferentes etapas en el camino de la pura humanidad. Una raza y un pueblo son tanto más elevados, más plenos y se realizan más y mejor, cuando mejor realizan sus miembros el tipo puro de ideal de la humanidad, y cuanto más han extraído los elementos inmortales que se encuentran en la naturaleza física perecedera. La evolución del ser humano, al pasar a través de las reencarnaciones en pueblos y razas cada vez más avanzados, es, pues, un proceso de liberación al cabo del cual el hombre debe aparecer en armoniosa perfección.

En un sentido análogo, el tránsito a través de las concepciones religiosas o morales cada vez más puras constituye un perfeccionamiento. Porque en cada etapa del progreso moral se encuentra todavía una especie de predilección por lo que es perecedero, al lado del ideal del los gérmenes del porvenir.

El primer << guardián del umbral>> todavía no ha hecho conocer más que las consecuencias de los períodos transcurridos. Respecto al porvenir, no ofrece más que las indicaciones que se pueden sacar del pasado. Pero el hombre debe introducir en el universo espiritual por venir todo cuanto le sea posible extraer del mundo sensible, si no quisiera introducir en él más que lo que ha sido extraído del pasado en la contraimagen que le ofrece el primer <<guardián>> sólo parcialmente habría cumplido su tarea terrestre. Es por esto por lo que algún tiempo después del <<pequeño guardián del umbral>> aparece el segundo: el que hemos llamado <<gran guardián del umbral>>. Una vez más este encuentro debe ser descrito de una manera narrativa.

Desde que el hombre ha reconocido las trabas de las que debe liberarse, ve aparecer sobre su camino una sublime forma de luz, cuya belleza sería inútil intenetar describir con palabras. Este encuentro tiene lugar cuando los órganos del pensamiento, del sufrimiento y de la voluntad se vuelven lo suficientemente independientes, hasta en el cuerpo físico, como para que sus relaciones recíprocas no sean ya instintivas, sino dirigidas únicamente por la conciencia superior, que ahora se ha liberado totalmente de todas las contingencias físicas. Estos centros del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad se han convertido en instrumentos en poder del alma humana que los dirige desde las esferas suprasensibles. A este ser liberado de todos los lazos sensibles, se les aparece el segundo <<guardián del umbral>>, y le

habla en los siguientes términos: <<Tú te has desprendido del mundo de los sentidos. Has conquistado tu derecho de ciudadanía en el universo suprasensible. Será según éste cómo actuarás de ahora en adelante. Ahora ya no tienes necesidad de un cuerpo físico bajo la forma actual. Si no tuvieses ya otra voluntad que la de morar aquí, no tendrías necesidad de retornar al mundo sensible. Pero mírame y comprueba hasta qué punto estoy infinitamente por encima de lo que has podido hacer de ti hasta este momento. Has accedido a tu grado de perfección actual gracias a las facultades que has podido desarrollar en el mundo sensible durante el tiempo que ha sido necesario. Pero ahora comienza para ti una fase en la cual, con las fuerzas liberadas, vas a proseguir tu trabajo en el mundo de los sentidos. Hasta el momento presente, no has pensado más que en salvarte a ti mismo; ahora debes liberar a tus compañeros que están en el mundo sensible. Tus esfuerzos han sido puramente personales; de ahora en adelante, incorpórate al conjunto de los eres humanos, a fin de introducir en las esferas suprasensibles no sólo a ti mismo, sino también a los demás. Llegará el día en que te podrás unir a mí ser; pero no puedo conocer la felicidad celestial en tanto que haya tantos seres desgraciados. Personalmente liberado, querrías entrar desde hoy para siempre en las esferas suprasensibles; serás obligado a ver por debajo de ti a los que todavía no se han liberado y habrás separado tu destino del de ellos. Ahora bien, todos vosotros sois solidarios. La misma ley los obliga a todos a descender al mundo sensible, para sacar de él las fuerzas necesarias para vuestro progreso. Si ordenases a tus hermanos en humanidad, harías un mal uso de las fuerzas que no has podido cultivar más que en comunidad con ellos. Si ellos no hubiesen descendido también al mundo sensible, tú tampoco hubieses podido hacerlo y te habrían faltado las fuerzas para elevarte a la existencia suprasensible. Debes pues compartir con ellos las fuerzas adquiridas *con* ellos. Es por esto por lo que no te dejaré penetrar en las regiones más altas del mundo suprasensible hasta que no hayas utilizado *todas* las fuerzas que has conquistado en la tierra para salvar a tus semejantes. Con lo que ya posees, puedes mantenerte en las regiones inferiores del mundo suprasensible, pero, ante la puerta de las más altas regiones, me situaré yo <<como querubín delante del Paraíso, con la espada de fuego en mano>>, y te prohibiré el acceso a ella en tanto no hayas empleado todas las fuerzas que te quedan para la salvación del mundo sensible. Si no quieres dárselas, otros vendrán que se

servirán de ellas. El mundo sensible superior recogerá los frutos del mundo sensible; en cuanto a ti, el terreno sobre el que tu ser se haya posado se deshará bajo tus pasos. El universo purificado te superará y te sumergirás en una ascensión de la que serás excluido. Tu sendero será el sendero *negro,* y aquellos de los que te hayas separado seguirán el sendero blanco.

De esta forma se revela <el gran guardián del umbral>>inmediatamente después del encuentro del alma con el primer vigilante. El hace conocer con exactitud al iniciado lo que le espera si cede prematuramente a la atracción de una estancia en el mundo suprasensible. Un esplendor indescriptible emana de este segundo guardián. Unirse a él presenta, para el alma que lo contempla, como una meta bien lejana. Pero el iniciado tiene, sin embargo, la certidumbre de que esta unión no será posible más que si él consagra a la liberación y a la redención del mundo sensible todas las fuerzas que ha recibido abundantemente de él. Si se decide a obedecer a este luminoso, contribuirá a la liberación del género humano y sacrificará sus dones sobre el altar de la humanidad. Si, por el contrario, prefiere elevarse personalmente al mundo superior antes del tiempo fijado, será arrastrado por la corriente de la evolución humana. Después de la liberación, no podrá extraer del mundo sensible nuevas fuerzas. Mientras que, si le ofrece su trabajo, lo hará renunciando a sacar de su trabajo venidero todo provecho personal.

Ciertamente, no se podría decir que, situado delante de esta alternativa, el hombre opte con total evidencia por el sendero blanco. Dependerá de su grado de purificación que ningún egoísmo le haga sucumbir a la tentación de asegurar su propia felicidad celestial. Esta tentación es la más grande que se puede imaginar, porque el otro lado no presenta nada que sea seductor. Aquí, nada habla del egoísmo. Lo que el hombre adquiera, si prosigue su evolución hacia regiones todavía más altas del mundo suprasensible, no será un elemento procedente de él, sino que sale de él: el amor a sus hermanos. Por el contrario, todo cuanto pueda desear el egoísmo irá hacia el que se compromete sobre el sendero negro. Más aún: los gozos que se encuentran en él son justamente la satisfacción más perfecta del egoísmo. Si alguien desea la felicidad sólo para sí mismo, elegirá con toda seguridad el sendero negro, que es naturalmente el sendero hecho a su medida.

Que nadie espere pues de los ocultistas del sendero blanco el menor consejo favorables al desarrollo egoísta de su yo personal. Ellos no sienten el menor interés por las facilidades particulares. Los iniciados blancos no tienen por misión servirse de los fines privados. Estos los buscan quienes quieren. La única cosa que ellos desean de verdad es la evolución y la liberación de todos los seres que son los hombres y sus compañeros. Es únicamente para la realización de esta obra colectiva para los que enseñan el medio de desarrollar las fuerzas individuales que pueden contribuir a ello. El don desinteresado de sí mismo y el amor al sacrificio se elevan ante sus ojos sobre todas las demás cualidades. No rechazan a nadie, pues hasta el ser más egoísta es capaz de transformarse. Pero quien no persigan más que fines personales no encontrará el menor apoyo en los ocultistas verdaderos, mientras mantenga ese estado de espíritu. Aunque éstos no le negases su apoyo, el egoísta será el mismo quien se cierre la posibilidad de aprovecharse de él. Quien siga realmente las indicaciones de los verdaderos Maestros de la sabiduría comprenderá por consiguiente, después de haber franqueado el umbral, lo que exige el gran guardián; pero el que no siga a los Maestros no debe esperar siquiera ser ayudado nunca por ellos a franquear el umbral. Su enseñanza conduce al bien, si no lleva a ninguna parte. Guiar a los hombres a una felicidad egoísta. O incluso simplemente hacia la vida suprasensible, no forma en absoluto parte de su misión. Los fines que desde el origen han sido asignados a esta misión les ordena tener al discípulo alejado del mundo supra—terrestre hasta que entre en él con la voluntad de colaborar con abnegación en la obra común.

APÉNDICE A LA UNDÉCIMA EDICIÓN

El camino hacia el conocimiento suprasensible tal y como se ha descrito en esta obra conduce a experiencias del alma para las cuales es de importancia muy particular evitar las ilusiones y los malentendidos. Porque está en la naturaleza del hombre ilusionarse en esta materia.

Una de las ilusiones, y no de las menos graves, consiste en conducir todo el dominio de la experiencia psíquica de que trata la experiencia espiritual al nivel de la superstición, de la ensoñación visionaria, del mediumnisno y de otras desviaciones del esfuerzo humano hacia el conocimiento. Este errror proviene a menudo de lo que los hombres pocos preocupados por el verdadero camino del conocimiento quisieran acceder a las realidades suprasensibles, aunque fuese a través de rutas tortuosas. Y estos hombres son confundidos con los que siguen el camino descrito en esta obra.

Todas las experiencias psíquicas que se han descrito aquí se desarrollan enteramente en el dominio de la pura experiencia espiritual y psíquica. El hombre no puede pues sentirlas más que bajo ciertas condiciones. En ciertos casos, debe hacerse tan libre e independiente de la vida del cuerpo como es en su conciencia ordinaria cuando construye en sí pensamientos sobre lo que percibe externamente o que siente , desea o quiere interiormente.

Estos *pensamientos* no son el fondo producidos directamente por los impulsos voluntarios o los deseos. Hay personas que no creen en la existencia de pensamientos de este género. Ellos dicen: no existe ningún pensamiento que no haya sido extraído de olas percepciones o de los estados interiores condicionados por el cuerpo. Los pensamientos, añaden, no son más que las sombras proyectadas de las percepciones o de las impresiones interiores.

Verdaderamente, no se puede mantener semejante opinión más que si nunca se ha elevado uno a la actividad interior que permite sentir

vivir dentro de sí un pensamiento puro que no reposa más sobre sí mismo. Quien quiera que conozca esta experiencia considera como una verdad de hecho que allí donde, dentro del alma, se ejercita el *pensamiento*, y en la medida que este pensamiento penetra otras funciones psíquicas, el hombre ejerce una actividad en la cual el cuerpo no toma la menor parte. En la vida ordinaria del alma, el pensamiento está casi siempre mezclado con otras funciones: percepción, sentimiento, voluntad, etc. estas otras funciones existen gracias al cuerpo; pero el pensamiento interviene en ellas. Y en la medida en que se produce esta intervención del pensamiento, en el hombre, y a través de él, ocurre algo en lo que el cuerpo no toma parte en absoluto. Los hombres que niegan este hecho caen la ilusión, porque no observan la actividad pensante en su estado puro, sino que la ven siempre mezclada con otras funciones. En la experiencia interior, se puede llegar a elevarse a un nivel en que el pensamiento se aparece como una actividad distinta y separada de los otros. De todo el circuito del alma se puede desprender algo que no es ya más que el pensamiento *puro*; un conjunto de pensamientos que se sostienen por sí mismos y que están despojados de toda influencia que proviene de las percepciones o de la vida orgánica. Los pensamientos *de esta naturaleza* se manifiestan por sí mismos como realidades espirituales, suprasensibles. Y el alma que se une a ellos, que excluye durante esta unión toda percepción, recuerdo y toda otra actividad interior, sabe que ella se encuentra, por este pensamiento, en su dominio suprasensible; ella se siente entonces fuera del cuerpo.

El que adquiere una visión clara de todo este proceso no se puede ya plantear una cuestión como ésta: <<El alma ¿puede tener conciencia de sí misma en un estado suprasensible, cuando ella está fuera del cuerpo? Porque esto sería como poner en duda lo que se sabe por experiencia. La única cuestión que se plantea todavía es ésta: ¿qué es lo que impide al hombre reconocer semejante evidencia? Y la única respuesta a esta pregunta es que esta experiencia no se puede producir si el hombre no se pone por adelantado en una disposición de ánimo que le haga posible recibir esta revelación.

Ahora bien, las personas sienten por lo general una cierta desconfianza respecto a una actividad puramente psíquica que tiene a manifestar un elemento independiente de ellas mismas. Si es necesario prepararse para recibir esta revelación, se dicen, ¿no va uno a sugestionarse? Se querrían encontrar experiencias en que la

participación del hombre sea nula y frente a las cuales se permaneciera como un testigo pasivo. Se puede hacer además que los novicios ignoren las primeras y elementales reglas que exige la aproximación científica de un hecho. Entonces les ocurre lo siguiente: en manifestaciones de la vida interior en que el alma desciende por debajo del nivel de la actividad consciente habitual, ellos creen ver la manifestación objetiva de una realidad *no* sensible. Los visionarios, los médiums tienen experiencias de esta naturaleza.

Las fuerzas que se manifiestan así provienen de un mundo que no está por encima de los sentidos, sino por debajo. La vida consciente de vigilia no se desarrolla enteramente *en el cuerpo*, sino que transcurre, en su parte más consciente, en la frontera entre el cuerpo y el mundo físico exterior. Es lo que ocurre en el caso de las percepciones: lo que se produce en el órgano sensorial es un fenómeno de fuera, que penetra en el cuerpo, desde el momento en que constituye una proyección de actividad del cuerpo hacia este fenómeno. Y es asimismo el caso para la vida volitiva; el ser humano está inserto en la realidad cósmica: el hombre que quiere es al mismo tiempo un elemento del devenir universal. En las experiencias del alma que se desarrollan en el límite del cuerpo, el hombre depende, en un grado muy elevado, de su organismo corporal. Sin embargo, la acción del pensamiento viene a un irse a estas experiencias y, en la medida que esta unión se produce el hombre se vuelve independiente del cuerpo en la percepción y en la voluntad.

Por el contrario, en los fenómenos visionarios y mediúmnicos, el hombre cae enteramente bajo la influencia del cuerpo. Excluye de su vida interior aquello que podría hacerle independiente del cuerpo en la percepción y la voluntad. Y, por esto, las manifestaciones de su vida interior se convierten en una simple expresión de su vida corporal. Los visionarios y los médiums son seres en quienes las actividades de percepción y de voluntad son mucho menos independientes del cuerpo que lo son para el hombre normal. En lo concerniente a la experiencia de lo suprasensible aquí descrita, la evolución del alma debe seguir la dirección exactamente opuesta a la vía seguida por los visionarios y los médiums. El alma se torna progresivamente más independiente del cuerpo de lo que es en la percepción y en la volición normal. Ella adquiere, por parte de una actividad más amplia, la independencia de que antes no gozaba más que para ejercitar el pensamiento puro.

Y, para una actividad del alma en el mundo suprasensible, es de una importancia capital ver muy claramente lo que es esta experiencia del pensamiento puro. Porque en el fondo esta misma experiencia es ya de por sí una actividad suprasensible del alma, aunque ella no permita todavía la visión espiritual. Mediante el pensamiento puro se vive en lo suprasensible; pero sólo *este* pensamiento es experimentado de manera suprasensible, ningún otro. La experiencia de lo suprasensible debe ser la consecuencia de lo que ya ha experimentado el alma al unirse al pensamiento puro. Es por esto por lo que es tan importante poder experimentar correctamente esta unión. Porque es la comprensión de esta unión la que va a revelar bajo su verdadera luz la naturaleza del conocimiento suprasensible. Desde que la vida del alma desciende por debajo del nivel de la consciencia clara que brilla en el pensamiento, ella se desvía de su ruta hacia el verdadero conocimiento suprasensible. Se ve sometida a los fenómenos orgánicos, y todo cuanto experimenta, todo cuanto ella expresa, es una manifestación no de lo suprasensible, sino de la vida orgánica en una región inferior al mundo sensible.

APÉNDICE
A LA ÚLTIMA EDICIÓN-II

Desde que el alma lleva a cabo experiencias que la introducen en la esfera de lo suprasensible, lo que experimenta es de una naturaleza que ya no puede expresarse mediante el lenguaje ordinario, tan bien como se expresan las impresiones nacidas al contacto con el mundo sensible.

Cuando se oye la descripción de alguna experiencia espiritual, hay que tener bien presente que en su realidad están más alejadas de las palabras de lo que pueda estar la descripción de un hecho físico. Es preciso tener muy en cuenta esta diferencia, cuando se emplean determinadas expresiones que no pueden relacionarse con su objeto más que a través de una delicada alusión, una imagen simbólica. En el capítulo de esta obra titulado *Como adquirir conocimientos sobre los mundos superiores*, apartado dedicado a *La calma interior*, decíamos por ejemplo lo siguiente: <<Bajo su forma original, todas las reglas y enseñanzas de la ciencia espiritual son ofrecidas mediante un lenguaje de signos y de símbolos>>. Y en el capítulo titulado La Iniciación nos hemos referido a un <<sistema de escritura particular>>. De esto se podría fácilmente concluir que esta escritura se aprende como se aprenden las letras y los caracteres de una lengua física. Hay, ciertamente, y todavía existen, escuelas y sociedades de enseñanza espiritual que poseen signos simbólicos para expresar los hechos del mundo suprasensible. Los que son iniciados en el sentido de estos símbolos tienen en sus manos un medio para dirigir su alma hacia las realidades suprasensibles en cuestión. Pero para la vida suprasensible lo esencial es más bien que, en el curso de una experiencia tal y como la que puede ocurrir sobre ella la escritura oculta, el alma adquiere, contemplando las realidades superiores, la revelación de estos caracteres simbólicos, y esto por sí misma.

Lo suprasensible enseña al alma algo que ella por sí misma debe traducir en símbolos para poder contemplarla en plena conciencia. De esta escritura se puede decir que lo que ella expresa puede ser

realizado por toda alma. Mientras que el alma hace de este modo una realidad de ello, se producen los resultados que nosotros hemos descrito.

Tómese pues un libro como éste por lo que realmente es: un diálogo entre el autor y el lector. Si se dice: <<el discípulo tiene necesidad de recibir consejos personales>>, es necesario entender que este libro constituye por sí mismo una enseñanza personal.

En los tiempos antiguos, existían razones para reservar esta enseñanza personal para una conversación oral secreta, pero, en el momento presente, la humanidad se encuentra en una etapa de su evolución en que los conocimientos de la ciencia espiritual deben ser repartidos con mayor amplitud que en el pasado. Es preciso hacerlos accesibles a todos en medida mucho más amplia que en otros tiempos. Y es que ocurre que en el momento actual de la historia del libro ha pasado a ocupar el lugar de la antigua enseñanza oral. La creencia de que a cuanto se ha dicho en este libro debe venir a añadirse una dirección personal no está justificada más que en determinados casos. Esta ayuda personal puede tener importancia algunas veces. Pero sería un error creer que hay cosas esenciales que no se encuentren en este libro. Si se lee con atención y a fondo se encontrarán.

Las descripciones hechas en esta obra parece como si fueran consejos sobre la manera de transformar la propia naturaleza de arriba abajo. Pero si se lee con cuidado, se descubrirá que su único fin es describir la actitud que el hombre debe tomar en aquellos momentos de su existencia en que quiera encontrar el mundo suprasensible. Esta actitud interior se convierte en él en algo así como una segunda naturaleza, la primera naturaleza, normal, continua, al igual que en el pasado, el curso de su existencia. Es preciso saber separar con plena conciencia, la una de la otra, estas dos naturalezas, hacerlas alternar como conviene. No se debe, por tanto, hacer imposible en la vida planear por encima de la existencia cotidiana y jugar al ocultista en todo tipo de circunstancias. Es cierto que la manera en que se vivan las experiencias suprasensibles irradiará sobre la personalidad entera; pero esto, lejos de separar al discípulo de la vida terrena, lo hace por el contrario adaptarse a ella mucho mejor.

Si, no obstante, nos hemos visto obligados a hacer en este libro la descripción que hemos hecho, es porque un esfuerzo de conocimiento dirigido hacia el mundo superior concierne al hombre todo entero, de tal manera que él debe comprometerse con todo su ser en semejante actividad. Así como la percepción de un color no compromete en realidad más que al sentido de la vista, a los ojos, o a los nervios que van a parar a los ojos, una percepción superior n3ecesita, por el contrario, la aplicación a ella del individuo completo. El hombre se convierte en o <<todo ojos>> o <<todo oídos>>. Porque esto es así, parece, con razón, que al describir la adquisición de los procesos que acompañan al conocimiento suprasensible se habla de la transformación total del hombre, se dice que el hombre ordinario no es lo que debería ser y se debe convertir en otro completamente distinto.

Con frecuencia al capítulo sobre <<Algunos efectos de la iniciación>>, hay que añadir algunas cosas que,, con matices, son válidas también para otros pasajes de esta obra.

Alguien podría objetar: ¿por qué describir así, en imágenes, las experiencias suprasensibles? He aquí la respuesta: el fin esencial de la experiencia de la realidad suprasensible es que el hombre tome conciencia de sí mismo en esta realidad como ser supersensible. Si no llegara a representarse un ser inmaterial, del que le son descritas determinadas realidades bajo esa forma de las <flores de loto>> y del <<cuerpo etérico>> que se corresponde muy bien con su naturaleza, el hombre tendría de sí, en el estado suprasensible, una consciencia análoga a la que tendría en el mundo sensible si percibiese todo cuanto le rodea, pero sin tener noción de su propio cuerpo. El hecho de auto—contemplarse como ser suprasensible en su cuerpo psíquico y en su cuerpo etérico le permite poseer la conciencia de sí mismo en el mundo superior, del mismo modo que percibiendo su cuerpo sensible, toma conciencia de él en el mundo sensible.